



Stephanie Laurens

The New York Times Bestselling Author

Cuatro bodas por amor

Stephanie
Laurens

Cuatro bodas por amor



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1993 Stephanie Laurens
© 2014 Harlequin Ibérica, S.A., una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Cuatro bodas por amor, n.º 176C - febrero 2017
Título original: Four in Hand
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Este título fue publicado originalmente en español en 1998

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, TOP NOVEL y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-687-9780-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla

Créditos

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Si te ha gustado este libro...

Capítulo 1

El ruido de las anillas de la cortina se asemejó al de un trueno. A pesar de que el cabecero de la cama con dosel seguía envuelto en sombras, Max era consciente de que, por alguna misteriosa razón, Masterton estaba intentando despertarlo cuando ni siquiera sería mediodía.

Tumbado boca abajo entre las cálidas sábanas y con la mejilla descansando sobre una almohada del más suave plumón, Max pensó en hacerse el dormido. Pero Masterton sabía que estaba despierto; a veces, aquel demonio de hombre parecía conocer sus pensamientos mejor que él mismo.

Max levantó la cabeza, abrió un ojo de un azul intenso y vio a su extremadamente correcto mayordomo de pie, inmóvil y con el rostro impasible.

Frunció el ceño y, como respuesta a aquella señal de la ira que se avecinaba, Masterton se apresuró a exponer su asunto. Aunque no era que se tratase de algo suyo en particular. Solamente el voto conjunto de la servidumbre que ocupaba puestos de responsabilidad en Delmere House le había inducido a estorbar a Su Excelencia a la insólita hora de las nueve de la mañana. Sabía muy bien lo peligroso que aquella empresa podía resultar. Llevaba nueve años al servicio de Max Rotherbridge, vizconde Delmere. No parecía muy posible que el reciente ascenso de su señor al grado de Su Excelencia el duque de Twyford hubiera alterado su humor en absoluto. En realidad y, por lo que Masterton había visto, con el asunto de su inesperada herencia su señor había puesto a prueba sus nervios más de lo que lo había hecho en sus treinta y cuatro años de existencia.

—Hillshaw me ordenó que le comunicara que hay una joven que desea verlo, Su Excelencia.

Incluso al mismo Max le sorprendía escuchar su nuevo título en boca de su sirviente y, sin darse cuenta, miró a su alrededor sin saber a quién se estaba dirigiendo. Una dama, pensaba mientras fruncía el ceño.

—No.

—¿Ha dicho no, Su Excelencia?

La confusión en el timbre de voz de su mayordomo quedó clara. A Max le dolía la cabeza pues había estado levantado hasta el amanecer. La tarde empezó mal cuando se vio obligado a asistir a una de las fiestas celebradas por su tía materna, lady Maxwell. Aquellas resultaban demasiado insulsas para su gusto y los lánguidos suspiros que su presencia provocaba entre las jóvenes y dulces muchachas eran suficientes para hacerle perder el control al vividor más empedernido. Y aunque tenía todo el derecho a reivindicar aquel título, lo de seducir debutantes no era su estilo. Al menos no a los treinta y cuatro.

Había abandonado la fiesta tan pronto como le había sido posible, retirándose a la discreta casa de campo donde residía su última amante; pero la bella Carmelita estaba de mal humor. ¿Por qué esa clase de mujeres era siempre tan avariciosa? ¿Y por qué imaginaban que iba a tolerar aquel comportamiento? Habían tenido una pelea tremenda que terminó mal, dándole a la seductora muchacha las vacaciones indefinidas.

Tras eso, había estado en White's y luego en Boodles, en donde se encontró con un grupo de amigotes con los que pasó la velada y parte de la mañana también. En ese momento, la punzada de dolor que sintió en la cabeza le recordó que había bebido demasiado.

Lanzó una especie de gruñido y se incorporó, contemplando a Masterton con la mirada completamente lúcida, algo extraño dado su estado.

—Si hay una mujer que ha venido a verme, no puede ser una dama. Ninguna dama que se precie vendría aquí —Max frunció el ceño de nuevo, arrugando su bello rostro y suspiró largamente mientras hundía la cabeza entre las manos —. ¿La ha visto usted, Masterton?

—Alcancé a ver a la joven dama cuando Hillshaw la hizo pasar a la biblioteca, Su Excelencia.

El hecho de que Masterton hubiera llamado a aquella mujer «joven dama» lo decía todo. Sus criados tenían la experiencia suficiente para saber distinguir entre una dama y el tipo de mujer que podría visitar la residencia de un soltero. Lo que resultaba inconcebible era que una dama llegara a las nueve de la mañana para hacerle una visita al calavera más conocido de todo Londres.

Tomando el silencio de su amo como una señal de aceptación de lo que le había deparado el día, Masterton cruzó el amplio dormitorio hasta el ropero.

—Hillshaw mencionó que la joven dama, una tal señorita Twinning, Su

Excelencia, estaba casi segura de tener una cita con usted.

Max tuvo la convicción repentina de que todo aquello se trataba de una pesadilla. Raramente se citaba con nadie y menos aún con jóvenes damas a las nueve de la mañana.

—¿La señorita Twinning? —el nombre no le sonaba de nada.

—Eso es, Su Excelencia —Masterton volvió a la cama con varias prendas colgadas del brazo, entre las cuales había elegido una chaqueta azul—. Si me permite, creo que esta sería la más apropiada.

Cediendo ante lo que parecía inevitable, Max se sentó en la cama dando un largo bostezo.

En el piso de abajo, sentada en un sillón junto a la chimenea de la biblioteca, Caroline Twinning leía tranquilamente la copia del diario de la mañana de Su Excelencia el duque de Twyford. Si sentía algún reparo por lo correcto de su maniobra, lo disimulaba muy bien.

Su encantador y cándido semblante no mostraba señales de nerviosismo y, mientras ojeaba un artículo abiertamente difamatorio sobre una recepción al aire libre animada por las escandalosas propensiones del ya maduro duque de Cumberland, una atractiva sonrisa se dibujó en sus generosos labios.

La verdad era que tenía ganas de conocer al duque. Ella y sus hermanas habían pasado los dieciocho meses más divertidos de su vida; la libertad de la que habían gozado actuó como un mareante tónico tras su casi monástica existencia. Pero a ellas en especial les había llegado la hora de embarcarse en el serio negocio de asegurar sus respectivos futuros. Para hacerlo necesitaban saltar a la palestra, cosa que hasta ese momento les había sido negada. Para ellas, el duque de Twyford indudablemente tenía la llave para abrir aquella puerta en particular.

Al escuchar unos pasos de hombre aproximándose a la biblioteca, Caroline levantó la cabeza y sonrió confiada.

Para cuando llegó al piso bajo, Max se había quedado sin ideas posibles que pudieran explicar la presencia de la misteriosa señorita Twinning. Había empleado muy poco tiempo en vestirse, pues no tenía la necesidad de colocarse adornos extravagantes para embellecer su ya de por sí fornido y esbelto cuerpo. El cabello, corto y negro como el ébano, enmarcaba un rostro moreno en el cual el paso de los años no había dejado más que un rastro de

mundano cinismo. Despreciando las tendencias a la ornamentación de la época, Su Excelencia el duque de Twyford no llevaba más anillo que un sello de oro. Pero, a pesar de ello, nadie se imaginaría al verlo que no fuera lo que era, es decir, uno de los hombres más elegantes y ricos de la alta sociedad.

Entró en la biblioteca arrugando el entrecejo entre unos ojos de color azul intenso. Se paró, su mirada súbitamente penetrante, desapareciendo cualquier rastro de disgusto mientras contemplaba a su inesperada visitante. Su pesadilla se había transformado en un sueño. Durante unos segundos se quedó inmóvil, contemplándola embelesado, pero poco a poco entró en razón. Desde los cobrizos rizos que le rodeaban el rostro, hasta las puntas de sus diminutas zapatillas, que se asomaban provocativamente por debajo del sencillo aunque elegante vestido, no había nada que le pareciera mal. Tenía una figura bien formada, de generosos pechos y amplias caderas, todo dentro de las proporciones más perfectas.

Cuando su mirada pasó al rostro de la joven, se tomó su tiempo para asimilar la nariz recta, los labios carnosos y el hoyuelo que se asomaba naturalmente en una mejilla, antes de pasar a contemplar el elegante arco de las cejas y las largas pestañas que enmarcaban sus grandes ojos. Finalmente, al fijar su mirada directamente en los iris verde grisáceos fue cuando vislumbró en ella un brillo burlón. Desacostumbrado a suscitar tales reacciones, frunció el ceño.

—¿Quién es usted exactamente? —dijo.

La sonrisa que había estado rondando las comisuras de aquellos invitantes labios finalmente apareció, dejando ver una fila de pequeños y blancos dientes.

—Estoy esperando al duque de Twyford —replicó la aparición en vez de contestar a la pregunta.

Tenía la voz suave y musical. Max, deseando prescindir de las formalidades, contestó con rapidez.

—Yo soy el Duque.

—¿Usted? —durante unos minutos, la expresión de su rostro no fue sino de total confusión.

Caroline no era capaz de ocultar su sorpresa. ¿Cómo podría aquel, de todos los hombres, ser el Duque? Aparte de que era demasiado joven como para haber sido uno de los amigotes de su padre, el caballero que tenía delante era sin duda un calavera de primer orden. No sabía si a definir su carácter le

habían ayudado aquel rostro de duros rasgos, de nariz aguileña y boca y mentón firmes o bien la indolente seguridad con la que había entrado en la habitación. Pero la manera en que sus ojos de mirada azul intensa la habían recorrido desde los bucles hasta los pies la dejaron pocas dudas sobre el tipo de hombre que tenía delante.

Con una creciente sensación de incomodidad, instó a su visita a que se sentara frente a la mesa de caoba mientras él tomó la silla tras de la mesa.

Mostrándose tranquilo por fuera, Max observó su natural y gracioso paso y el seductor bamboleo de las caderas al sentarse. Su mirada descansó especulativamente sobre la belleza que tenía delante. Hillshaw tenía razón, aquella era indudablemente una dama. Pero aquello nunca había logrado echarle para atrás. Y en ese momento en que la miraba más de cerca, observó que no era tan joven.

—¿Quién demonios es usted?

El hoyuelo se dibujó de nuevo.

—Me llamo Caroline Twinning y, si en verdad es usted el duque de Twyford, entonces mucho me temo que sea su pupila.

Su anuncio fue recibido en silencio, seguido de una larga pausa durante la cual Max, inmóvil, miraba fijamente a su visita. Soportó aquel escrutinio durante diez segundos antes de arquear las cejas en cortés y divertido interrogante.

Max cerró los ojos y lanzó un gemido.

—¡Oh, no!

Le había llevado tan solo un segundo darse cuenta de que la única mujer a la que no podría seducir era a su pupila; sin embargo, estaba completamente seguro de que deseaba seducir a Caroline Twinning. Abrió los ojos esperando que ella achacase aquella reacción a la sorpresa y, al encontrarse con sus ojos verde grisáceos mirándolo divertida, ya no estuvo tan seguro.

—Explíquese por favor con un lenguaje simple; no estoy como para averiguar misterios en este momento.

Caroline había notado en sus ojos lo que pensaba que eran punzadas de dolor.

—Si le duele tanto la cabeza, ¿por qué no se coloca una bolsa de hielo? Le aseguro que no me importará.

Max la miró con odio. Parecía que la cabeza le iba a estallar pero ¿cómo se atrevía a notarlo, y aún peor, a mencionarlo? Aun así, tenía toda la razón. Con

mirada sombría alcanzó el tirador de la campanilla.

Hillshaw se presentó y recibió la orden de llevarle una bolsa de hielo.

—¿Ahora, Su Excelencia?

—Por supuesto que ahora; ¿para qué la quiero más tarde? —Max hizo una mueca al escuchar su voz.

—Como mande Su Excelencia —aquel tono de voz sepulcral confirmó a Max la total desaprobación de su mayordomo.

—Puede empezar —dijo Max mientras se cerraba la puerta tras Hillshaw.

—Mi padre era sir Thomas Twinning, un viejo amigo del duque de Twyford, anterior me imagino.

Max asintió.

—Era mi tío. Yo heredé el título de él cuando murió en un accidente hace tres meses junto con sus dos hijos. No esperaba heredar el patrimonio de mi tío, por lo que no estoy familiarizado con cualquiera de los compromisos que su padre pudiera haber hecho con el fallecido duque.

Caroline asintió y esperó a que Hillshaw se marchara, después de haberle llevado a su señor la bolsa de hielo que le había pedido.

—Ya veo. Cuando mi padre murió hace dieciocho meses, mis hermanas y yo fuimos informadas de que nuestro padre nos había dejado bajo la tutela del duque de Twyford.

—¿Hace dieciocho meses? ¿Qué han estado haciendo desde entonces?

—Permanecemos en la finca durante algún tiempo. La heredó un primo lejano y, aunque él estaba dispuesto a que nos quedáramos allí, nos pareció inútil quedarnos enterradas de esa manera. El Duque deseaba que nos trasladáramos a su casa inmediatamente, pero yo lo persuadí para que nos diera permiso para visitar a la familia de nuestra difunta madrastra en Nueva York. Le escribí una carta desde Nueva York diciéndole que le visitaríamos cuando volviéramos a Inglaterra. Él me respondió sugiriéndome que lo visitara hoy y aquí estoy.

De pronto, Max lo vio todo claro. Caroline Twinning era una parte más de su extraña herencia. Por llevar una vida de hedonismo sin límites desde su juventud, Max pronto comprendió que su estilo de vida necesitaba de un capital en que apoyarse. Por ello se aseguró de que sus fincas fuesen administradas eficazmente y con orden. Las fincas de Delmere que había heredado de su padre constituían un moderno modelo de administración de fincas.

Pero su tío Henry nunca había mostrado mucho interés en sus propiedades. Tras el trágico accidente de barco que inesperadamente había hecho que recayeran sobre él las responsabilidades del ducado de Twyford, Max consideró que una puesta al día de las numerosas fincas era totalmente esencial si no quería que le minasen toda la fuerza a las propiedades más prósperas de Delmere.

Los últimos tres meses habían sido problemáticos, con los antiguos criados del difunto duque intentando hacerse con aquel estilo tan distinto del nuevo duque de Twyford. Para Max habían sido tres meses de trabajo interminable. Solo aquella semana había creído terminar con lo peor. Envió a su sufrido secretario Joshua Cummings a casa para que se tomase unas vacaciones bien merecidas. Pero, en ese momento, parecía que el siguiente capítulo en la saga de los Twyford estaba a punto de empezar.

—Ha mencionado hermanas. ¿Cuántas son?

—Son hermanastras mías, en realidad, y en total somos cuatro.

Max sospechó inmediatamente.

—¿De qué edades?

Caroline vaciló antes de contestar.

—De veinte, diecinueve y dieciocho.

—¡Santo Dios! No han venido con usted, ¿verdad?

—No, las dejé en el hotel —contestó Caroline, confundida.

—Menos mal —dijo Max—. Si alguien las hubiera visto entrar, se hubiera corrido la noticia por toda la ciudad y me acusarían de estar organizando un harén.

La sonrisa de Max hizo a Caroline pestañear y, al ver aquella luz en sus azules ojos, se sintió contenta de ser su pupila.

Pero lo que ella no sospechaba era que Max había resuelto despojarse de aquella última responsabilidad heredada lo más rápidamente posible. Aparte de no tener el menor deseo de hacer de guardián de cuatro jóvenes casaderas, necesitaba limpiar de obstáculos el camino que lo llevaría hasta Caroline Twinning.

—Comience por el principio. ¿Quién era su madre y cuándo murió?

—Mi madre fue Caroline Farningham, de los Farningham de Stattfordshire.

Max asintió. Se trataba de una antigua, conocida y bien conectada familia.

La mirada de Caroline recorrió las filas de libros que forraban las estanterías situadas detrás del duque.

—Murió poco después de nacer yo, por lo que nunca la conocí. Tras unos años, mi padre se volvió a casar, esa vez con la hija de una familia del lugar a punto de partir hacia las colonias. Eleanor fue muy buena conmigo y cuidó de todas nosotras muy bien, hasta su muerte hace ahora seis años.

—¿Por qué ninguna de ustedes ha sido presentada en sociedad? Si a su padre le preocupaba el asunto lo suficiente como para asegurarles un guardián, me parece que la solución más fácil hubiera sido entregarlas a los cuidados de un marido.

Caroline no vio razón alguna para no satisfacer una curiosidad que parecía totalmente comprensible.

—Nunca nos presentó en sociedad porque... mi padre no estaba de acuerdo con tales frívolos pasatiempos. Para serle totalmente sincera, a veces creo que le tenía manía a las mujeres en general.

Max pestañeó.

—En cuanto al matrimonio, lo había organizado a su manera. Se suponía que tenía que casarme con Edgar Mulhall, nuestro vecino —involuntariamente su expresión se tornó de disgusto.

Max se estaba empezando a divertir.

—¿Y no era el adecuado?

—Si lo conociera no diría eso, es... —arrugó la nariz mientras pensaba en la descripción más adecuada— recto —pronunció finalmente.

Ante ese comentario, Max se echó a reír.

—Está claramente fuera de cuestión.

Ignorando la provocación en sus ojos, Caroline continuó.

—Papá tenía planes similares para el resto de sus hijas, pero, como nunca se fijó si estaban o no en edad casadera y yo tampoco se lo recordé, al final se le pasó.

Al percibir la evidente satisfacción de la señorita Twinning, Max pensó en cuidarse muy bien de su tendencia a mostrarse manipuladora.

—Muy bien. Una vez aclarado el pasado, vayamos al futuro. ¿Cuál fue el trato que hicieron con mi tío?

—Bueno, en realidad fue idea suya, pero a mí me pareció bastante sensata. Sugirió que fuéramos presentadas a la gente distinguida, por lo que sospecho que tenía la intención de encontrarnos un marido adecuado para cada una y así poder terminar con su tutela —hizo una pausa pensativa—. No estoy muy segura de los detalles del testamento de mi padre pero me imagino que los

tratos terminarían si nos casáramos, ¿no?

—Es lo más probable —asintió Max.

El constante dolor de cabeza había cedido considerablemente. El plan de su tío era loable, pero personalmente prefería no tener a ninguna mujer como pupila y menos a la señorita Twinning.

Sabía que ella lo estaba observando, pero no hizo más comentarios mientras consideraba el paso siguiente.

—Hasta la fecha no sabía nada de este asunto; tendré que pedirle a mis abogados que arreglen todo esto. ¿Qué compañía se ocupa de sus asuntos?

—Whitney & White, de la calle Chancery.

—Bien, al menos eso facilita la cosa puesto que también llevan las fincas de Twyford y las otras mías —dejó la bolsa de hielo a un lado y miró a Caroline—. ¿Dónde se hospedan?

—En Grillon's; llegamos ayer.

A Max se le ocurrió otra idea.

—Oh, ¿de qué han estado viviendo durante los últimos dieciocho meses?

—Ah, pues todas teníamos dinero que nos habían dejado nuestras madres. Decidimos tirar de eso y dejar nuestro patrimonio sin tocar.

Se hizo una pausa durante la cual Max no dejó de mirar a Caroline.

—Iré a ver a Whitney esta misma mañana y arreglaré el asunto; pasaré por su hotel a las dos para informarla de cómo ha salido todo.

Se imaginó a sí mismo encontrándose con la bella y joven dama y conversando con ella en la entrada del exquisito Grillon's, ante la mirada fascinada de los demás clientes.

—Aunque, pensándolo mejor, la llevaré a dar una vuelta por el parque. Así quizá podamos charlar un poco.

Tiró del llamador y apareció Hillshaw.

—Prepare el carruaje; la señorita Twinning regresa a Grillon's.

—Oh, no. No quisiera causarle tantas molestias —dijo Caroline.

—Mi querida niña —dijo Max lentamente—, no voy a permitir que una de mis pupilas atraviese Londres montada en un coche de alquiler. Prepare todo, Hillshaw.

—Sí, Su Excelencia —y por una vez Hillshaw se retiró, totalmente de acuerdo con su señor.

Caroline se topó con aquellos ojos azules que seguían contemplándola con cierto trasfondo de burla. Pero ella no era una dama de poco coraje y le

devolvió la sonrisa con serenidad, sin saber que en ese momento estaba sellando su destino.

Jamás, pensaba Max, había conocido a una mujer tan atractiva. De una forma u otra rompería las obligaciones del tutelaje. Max aprovechó para contemplarla de nuevo con detenimiento cuando ella se puso a examinar las filas de libros forrados en piel. Tenía un rostro joven, lleno de humor y serenidad al mismo tiempo lo cual, según su experiencia, era algo raro de encontrar en las mujeres de entonces. Indudablemente, era una mujer de carácter.

Su fino oído captó el sonido de unas ruedas en la calzada. Se levantó y ella hizo lo mismo.

—Venga, señorita Twinning; su carruaje espera.

La acompañó hasta la puerta de entrada, pero se abstuvo de continuar y dejó que Hillshaw la llevase hasta el coche de caballos. Cuantas menos personas lo vieran con ella, mejor, al menos hasta que hubiera resuelto aquel lío de la tutela.

Tan pronto como el majestuoso Hillshaw cerró la portezuela del coche, Caroline se recostó sobre el respaldo y se distrajo mirando por la ventanilla, mientras el carruaje atravesaba la ciudad.

En vez de la figura serena y paternal, tendría que tratar con un hombre que, si uno podía fiarse de las primeras impresiones, era inteligente, ingenioso y demasiado perspicaz para su gusto. Era absurdo pensar que el nuevo duque de Twyford no sabría cómo manejar a cuatro jóvenes mujeres. Si alguien le pidiera su opinión, Caroline diría que el nuevo duque de Twyford era un especialista en manejar mujeres. De pronto, frunció el ceño y se le nublaron los ojos. No estaba muy segura de si le agradaba mucho aquel giro que habían tomado sus destinos. Pero, al recordar la reciente entrevista con el duque, sonrió: él tampoco se había mostrado demasiado encantado con la idea.

Si existía una manera de hacer variar las condiciones de la tutela, Su Excelencia la encontraría. Inexplicablemente, sintió que la invadía una tremenda desilusión.

Aun así, se dijo a sí misma que no era corriente que pudiera cambiar nada de lo que se había acordado y se inclinó a pensar que estaban totalmente seguras con el nuevo duque de Twyford mientras fueran sus pupilas. Se

permitió a sí misma formularse la pregunta de si deseaba o no estar a salvo del duque de Twyford, para, tras unos minutos, reprocharse por aquellos pensamientos.

Acomodándose en el asiento del lujoso carruaje, se dispuso a ensayar la descripción de lo ocurrido, anticipándose a las ávidas preguntas de sus hermanas.

A los pocos minutos de su marcha de Delmere House, Max había dado una serie de órdenes, una de las cuales urgía al señor Hubert Whitney, hijo de Josiah Whitney, de Whitney & White Abogados, a presentarse en Delmere House poco antes de las once.

El señor Whitney era un hombre seco de edad indefinida y muy correctamente ataviado. Era igual que su padre en muchos aspectos y atendía a todos los clientes más ricos de aquel, que estaba postrado en cama.

Mientras Hillshaw le acompañaba hasta la biblioteca, respiró aliviado por haber sido Max Rotherbridge el heredero de las propiedades Twyford. Sin saberlo Max, el abogado le tenía en particular estima y deseaba con frecuencia que otros de sus clientes fueran tan directos y decididos como él.

Nada más encontrarse con el duque de Twyford se enteró de que este no estaba muy contento después de recibir la noticia de que aparentemente tenía la tutela de cuatro señoritas casaderas. De momento, el señor Whitney se vio perdido, aunque afortunadamente se había llevado consigo todos los documentos de la propiedad Twyford, entre los que se encontraban los del caso Twinning. Viendo que su cliente no tenía intención de reprenderle por no haberle informado de un asunto del que, sabía de más, debería haberle hablado mucho antes, se dispuso a evaluar los términos del testamento del difunto sir Thomas Twinning. Una vez refrescada la memoria en ese tema, empezó a repasar el del difunto duque de Twyford.

Max estaba de pie junto al fuego, despreocupado. Whitney le caía bien porque no se ponía nervioso y hacía bien su trabajo.

—Sir Thomas Twinning falleció antes que su tío y, según las condiciones del testamento de su tío, queda claro que usted hereda toda sus responsabilidades.

Max frunció el ceño.

—Entonces, ¿tengo que hacerme responsable de este asunto de la tutela?

El señor Whitney apretó los labios.

—Yo no diría tanto. La tutela puede ser desestimada, me imagino, pues queda claro que sir Thomas no le tenía en mente a usted personalmente como guardián de sus hijas.

—No creo que nadie pudiera tener dudas al respecto —Max sonrió irónicamente.

—De todas formas, si consiguiera disolver la cláusula tutelar, entonces las jóvenes se quedarían sin protector. ¿Le he entendido bien al pensar que están ahora en Londres y planean permanecer durante toda la temporada?

No hacía falta ser muy inteligente para adivinar adónde iban dirigidas las palabras de Whitney. Exasperado, Max se dirigió a grandes zancadas al ventanal, desde donde se quedó contemplando el patio con las manos agarradas a la espalda.

—¡Santo Dios, hombre! No puedo creer que piense que soy adecuado para ser el protector de cuatro dulces jovencitas.

—Entonces queda el dilema de quién, en su lugar, podría actuar en su nombre —dijo Whitney, sabiendo que el duque era muy capaz de hacer cualquier cosa si se lo proponía.

La idea de lo que podría pasar si dejaba a cuatro damas criadas con tantos cuidados en el ambiente londinense, a merced de las fauces de los lobos que merodeaban por las calles, le horrorizó. Y sobre todo porque él era considerado como el líder de aquella manada. Haciendo un gran esfuerzo para desterrar de su mente la imagen de un par de grandes ojos verdes, se volvió al señor Whitney enfurecido.

—¡Muy bien, maldita sea! Dígame lo que necesito saber.

El señor Whitney sonrió con benignidad y comenzó a relatar la historia de la familia Twinning, tal y como Caroline había hecho aquella misma mañana.

—¡Ya conozco todos esos detalles! Límitese a decirme la renta de cada una en números redondos.

El señor Whitney le dio una cifra que hizo que Max arqueara las cejas y se quedara momentáneamente sin habla.

—¿Cada una?

El otro asintió.

—Sir Thomas era un hombre de negocios muy competente, Su Excelencia.

—¿Entonces cada una de esas chicas es heredera de pleno derecho?

El señor Whitney volvió a asentir.

—Claro que —empezó, consultando los documentos que tenía sobre las rodillas— usted solo será responsable de las tres pequeñas.

Instantáneamente, consiguió llamar la atención de su cliente.

—Oh, ¿y cómo es eso?

—Bajo los términos del testamento de su padre, las chicas Twinning estarán bajo los cuidados del duque de Twyford hasta que cumplan veinticinco años o se casen. De acuerdo con la información que yo tengo, la señorita Twinning va a cumplir veintiséis, por lo que podría, si así lo deseara, asumir sus propias responsabilidades.

El alivio que sintió Max se hizo palpable, pero enseguida le golpeó el reconocimiento de que Caroline había notado su interés por ella. Si se enterase de que ella no era su pupila, le mantendría a raya. Pero, de todas maneras, Caroline Twinning no iba a ser una conquista fácil. Por ello, sería preferible que continuara pensando que el hecho de ser su pupila la protegía de él. De esa manera, no tendría dificultad en acercarse a ella. De hecho, cuanto más pensaba en ello, más ventajosa le parecía la situación.

—La señorita Twinning no sabe nada de los términos del testamento de su padre. Por el momento cree que es, junto con sus hermanastras, mi pupila. ¿Existe alguna necesidad tan imperiosa por la que tengamos que informarla de su cambio de estatus?

El señor Whitney lo miraba con cara de sabiondo, mientras intentaba desvelar los motivos del duque para querer que la señorita Twinning continuara bajo su tutela; sobre todo, después de haber querido anularla del todo.

—Lo digo por el simple hecho de que, bien tenga veinticuatro o veintiséis, sigue necesitando tanta protección como sus hermanas —se apresuró a decir como excusa—. Además, no resultaría apropiado si fuese vista en mi compañía sin ser mi pupila y, como todavía soy el tutor de las otras tres y estas residirán en una de mis casas, la situación podría convertirse en sumamente delicada, ¿no le parece?

El señor Whitney veía claramente la dificultad de la situación.

—Lo que dice es muy cierto. Por el momento no se me ocurre nada que necesite la aprobación de la señorita Twinning, por lo que supongo que no pasará nada si no la informamos de su posición hasta que no se case. Por cierto, ¿cómo piensa hacerse cargo del asunto, si me permite el atrevimiento?

Max ya había estado pensando en cómo introducir a las cuatro jóvenes en la

alta sociedad sin que se desatara ninguna tormenta.

—Me propongo abrir Twyford House inmediatamente para que se hospeden allí. Tengo la intención de pedirle a mi tía, lady Benborough, que sea la madrina de las chicas. Estoy seguro de que le encantará y ello la mantendrá ocupada durante toda la temporada.

El duque se puso en pie, dando así la entrevista por terminada.

Antes de que el abogado partiera, el duque, perro viejo en temas de intriga social, se dispuso a atar un cabo que había dejado suelto.

—Si hay algún asunto que desee discutir con la señorita Twinning, le sugiero que lo haga a través de mí, como si yo fuera en realidad su tutor. Ya que es usted el que lleva los asuntos de nuestras respectivas propiedades, no veo impropio que mantengamos las apariencias, por el bien de la señorita Twinning.

—No veo ningún problema en ello, Su Excelencia —dijo el señor Whitney, haciendo una pequeña reverencia.

Capítulo 2

Cuando el señor Whitney se hubo marchado, Max le dio unas cuantas órdenes a su mayordomo Wilson. Uno de sus lacayos llevó una nota a la calle Half Moon en la que rogaba a su tía paterna, lady Benborough, el favor de concederle una entrevista privada.

Tal y como Max había previsto, la misiva intrigó a su tía. Llegó a su casa después del mediodía y se encontró a su tía vestida con un vestido morado y una nueva peluca a la moda colocada sobre su autoritario rostro.

Max entró y la besó en la mejilla, mirando la peluca con recelo.

Mientras esperaba a que se acomodase en una silla frente a la butaca donde ella estaba sentada, su tía contempló con mirada crítica la elegante figura de su sobrino.

—Espero que estés dispuesto a satisfacer mi curiosidad sin demasiados rodeos.

—Querida tía ¿recuerdas alguna vez que no haya ido directamente al grano?

—Quieres que te haga un favor, ¿no? —le dijo con mirada astuta.

Max sonrió pues, de entre sus numerosos parientes, la hermana pequeña de su padre era su favorita.

Ya viuda hacía muchos años, no se podía por menos que tenerla en cuenta. Continuaba completamente metida en el ambiente de la alta sociedad y todavía se la veía en todas las fiestas y galas que se celebraban. Max sabía que era muy inteligente y que tenía un excelente sentido del humor. En realidad, era lo que necesitaba.

—He venido a informarte de que, entre todas las cargas que he heredado del tío Henry, parece que también me han tocado cuatro pupilas.

—¿A ti? —repitió lady Benborough con los ojos como platos.

Max asintió.

—Sí, a mí; y son cuatro jóvenes damas. Una de ellas, la única que he visto hasta ahora, es la criatura más encantadora que pudiera presentarse esta temporada.

—Dios mío. ¿Quién ha sido el cretino que ha dejado a cuatro muchachas a tu cuidado? —la señora estaba sobre todo escandalizada con la idea, pero de pronto se dio cuenta de la verdadera situación—. ¡Oh, Dios Santo! —se dejó caer sobre los cojines de la butaca muerta de la risa.

Sabiendo que aquella respuesta se iba a repetir en las semanas siguientes, Max suspiró.

—No las dejaron a mi cuidado, sino al de mi difunto tío; aunque, la verdad, no sé de qué les hubiera servido él.

Secándose las lágrimas, lady Benborough consideró aquel comentario.

—Yo tampoco —reconoció—, Henry siempre fue un poco corto de entendederas. ¿Quiénes son?

—Las señoritas Twinning, de Hertfordshire.

Max procedió a hacer un resumen de la historia de los Twinning y terminó por informar a su tía del hecho de que las cuatro chicas eran ricas herederas.

Augusta Benborough estaba impresionada.

—¿Y dices que son tan bellas?

—La que yo conozco, Caroline, que es la mayor, desde luego que lo es.

—Bueno, entonces, ¿qué quieres que haga por ti?

—Lo que me gustaría que hicieras, querida tía, es que seas la acompañante de las muchachas y que las presentes en sociedad —Max hizo una pausa durante la que su tía se quedó callada, con sus azules ojos fijos en la cara de su sobrino—. Mañana voy a abrir Twyford House para ellas; tengo intención de continuar con esto. ¿Lo harás?

No había nada que a Augusta Benborough le gustase más que formar parte del bullicio del juego del matrimonio de nuevo. ¿Pero de cuatro a la vez? Bueno, tenía el apoyo de Max y eso contaba mucho. Pero se planteaban problemas. Su asignación no era demasiado grande y, a pesar de que nunca le había pedido ayuda a Max, mantener el estilo que él esperaba en la acompañante de sus pupilas estaba más allá de sus escasos medios.

—Mi propio ropero... —empezó vacilante.

—Naturalmente, cargarás a mi cuenta todos los gastos que tengas con este asunto.

—¿Puedo llevarme a Miriam a Twyford House? —Miriam Alford era una solterona, prima lejana de lady Benborough, que vivía con ella.

—Claro, puede incluso resultarnos útil con cuatro muchachas a nuestro cargo.

—¿Cuándo podré conocerlas?

—Se hospedan en Grillon's. Esta tarde he invitado a la señorita Twinning a dar un paseo para contarle lo que he decidido hacer. Voy a enviar a Wilson para que os ayude a ti y a la señora Alford a trasladaros a Mount Street. Supongo que será preferible que os mudéis por la mañana para que podáis familiarizaros con el servicio y todo eso. Sugiero que tú y yo recibamos a las Twinning cuando lleguen, digamos... ¿a eso de las tres?

Lady Benborough estaba encantada con la facilidad con la que su sobrino organizaba el servicio de una mansión de un día para otro. Aun así, sabía que teniendo al eficiente Wilson todo iría sobre ruedas. De pronto, la embargó una tremenda emoción al pensar que iba a empezar la temporada con un propósito definido en la vida.

—Muy bien, lo haré.

—Estupendo —Max se puso en pie—. Te enviaré a Wilson esta tarde.

Su tía, ensimismada ya en la tarea de encontrarles marido a las Twinning, añadió:

—¿Has visto a las otras tres?

Max movió la cabeza.

—¡Y espero no verlas en el vestíbulo de Grillon's esta tarde!

Augusta Benborough se echó a reír.

A las dos de la tarde se personó puntualmente en Grillon's y tuvo la agradable sorpresa de encontrar a la señorita Twinning sola en el vestíbulo, sentada en una butaca frente a la puerta. No se enteraría jamás del esfuerzo que le había costado conseguir aquello, aunque le había sido imposible impedir a sus hermanas que vigilaran desde las ventanas de los dormitorios. Ni que decir tiene que les tuvo que describir al duque de Twyford al detalle. Y lo que le había resultado más difícil fue ese aire indefinido que lo rodeaba, persuasivo y apasionante, que nada más verlo le hizo sentir una serie de emociones que una muchacha no tenía por qué comprender, y menos aún sentir.

Al tomarle la mano un instante, sonrió y ella decidió que había valorado poco el atractivo de aquella sonrisa soñolienta.

En menos de un minuto, Caroline se vio en el asiento de un elegante coche de caballos tirado por dos bellos aunque inquietos corceles castaños. Luego partieron, virando en medio del tráfico hacia Hide Park.

—Espero que Grillon's le agrade hasta el momento.

—Oh, sí. Han sido muy amables —contestó Caroline—. ¿Consiguió aclarar el asunto de nuestra tutela?

Max no pudo por menos que reprimir una sonrisa ante su forma tan directa de hablar.

—El señor Whitney me ha asegurado que, ya que yo soy el duque de Twyford, me corresponde a mí ser su tutor —dijo, dejando que su reticencia se escuchase en su tono de voz—. Por ello me gustaría saber cómo ha conseguido hacerse con la moda de París.

Su conocimiento de la moda femenina le dijo que la elegancia de la señorita Twinning se debía en gran parte a los franceses. Pero Francia e Inglaterra estaban en guerra y París ya no era el lugar de diversión de los ricos.

—Le aseguro —comenzó a decir Caroline—, que no nos escapamos a Bruselas en vez de ir a Nueva York.

—Oh, no era eso lo que yo temía —dijo Max—. Si hubieran estado en Bruselas, me habría enterado.

—¿Ah sí? —Caroline lo miró fascinada.

Max le sonrió.

—Tiene razón respecto a la ropa, es parisina. En el barco que nos llevó a Nueva York, conocimos a dos modistas de París que se ofrecieron a vestirnos.

—¿Qué le pareció la sociedad americana?

—La verdad es que nos divertimos mucho allí. Por supuesto, nuestros parientes estuvieron contentos de vernos y organizaron muchas salidas —no hacía falta decir que se lo pasaron de lo lindo—. No es lo mismo que aquí. Hay muchos comerciantes ricos, pero nada que ver con la aristocracia londinense.

Su respuesta alivió de alguna manera a Max. Lejos de imaginar que sus nuevas pupilas se lo habían estado pasando en grande, más bien se preguntaba si tendrían o no experiencia en temas de sociedad. La señorita Twinning le confirmó que al menos sabía lo suficiente como para distinguir los menos aceptables de entre las multitudes.

Al llegar a las puertas del parque, tomaron el camino de carruajes y pronto el coche marchaba al paso bajo los árboles. Una ligera brisa le levantaba las puntas de los lazos del sombrero a Caroline y jugueteaba entre las oscuras crines de los caballos.

—Me temo que ahora no hay mucha gente en el parque. Más tarde, entre las

tres y las cinco, estará lleno. Todavía no ha comenzado la temporada en sí, pero la mayoría de la gente ya habrá vuelto a la ciudad. Hide Park es el lugar idóneo para venir. Todas las viejecitas vienen aquí a intercambiar los últimos cotilleos y todas las jóvenes van mostrando su belleza por los paseos.

—Ya veo —Caroline sonrió para sus adentros mientras se imaginaba cómo ella y sus hermanas encajarían en aquella escena.

Max la vio sonreír y se sintió confuso. Caroline Twinning era decididamente más inteligente que las mujeres a las que normalmente acompañaba. No supo adivinar sus pensamientos y secretamente se sorprendió de desear saber lo que estaba pensando.

Rodearon el lago y tiró de las riendas para que los caballos fueran más despacio.

—Como tutor suyo, he dispuesto algunos preparativos concernientes a su futuro inmediato —notó cómo los ojos grises se volvieron hacia él—. En primer lugar, he abierto Twyford House; en segundo, he organizado todo para que mi tía, lady Benborough, sea su acompañante durante la temporada. Está muy bien relacionada y sabe perfectamente cómo llevar todo. Pueden confiar totalmente en su consejo. Se marcharán de Grillon's mañana; les enviaré a mi mayordomo Wilson para que las ayude a mudarse a Twyford House. Irá a buscarlas a las dos. ¿Tendrán suficiente tiempo para hacer las maletas?

Caroline estaba totalmente sorprendida. A las nueve de la mañana, él todavía no sabía de su existencia. ¿Cómo podría haber organizado todo aquello con tanta rapidez?

Ya que estaba en ello, Max pensó que sería más adecuado aclarar bien las cosas.

—En cuanto a los fondos, presumo que sus planes anteriores son los indicados. De todas formas, si necesita algo más puede pedírmelo directamente a mí, ya que ahora soy el que maneja su patrimonio.

Aquella última afirmación consiguió convencer a Caroline de que no sería correcto subestimar al duque y, a pesar de haber dispuesto de tan poco tiempo, no se le había escapado ningún detalle.

Cada vez se veía a más gente en el parque, paseando por el césped que llevaba hasta el río y juntándose en pequeños grupos en el paseo, riendo y charlando.

Un hombre de corta estatura, que caminaba entre la gente a los lados del paseo, levantó la cabeza mostrándose sorprendido al ver al duque pasar.

—¿Quién demonios era ese? —preguntó Caroline.

—Ese, querida, no es otro que Walter Millington, uno de los petimetres más conocidos. A pesar de su absurda vestimenta, es un tipo bastante anodino, pero con una lengua de víbora por lo que es preferible para las jóvenes no predisponerlo en contra suya. No se ría de él.

Dos viejas damas en un antiguo landó se los quedaron mirando tan fijamente que en otras de clase inferior hubiera resultado grosero.

—Y esas dos son las señoritas Berry, más viejas que la tos y conocen a todo el mundo. Son inofensivas, una de ellas, distraída, la otra, astuta como un zorro.

Dicho esto y habiendo alcanzado una de las puertas del parque, se dispusieron a salir.

Justo en el momento en que se estaban mezclando con el tráfico, un elegante carruaje que iba en dirección al parque frenó momentáneamente a su lado. La delgada mujer de mediana edad y severa expresión, que había estado recostada contra el respaldo del asiento, pegó un respingo al ver al duque; en su rostro había una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¡Twyford!

Max bajó la vista mientras los dos coches se ponían de nuevo en marcha.

—Señora —asintió y seguidamente se vieron engullidos por el tráfico.

Volviéndose, Caroline vio que la señora iba discutiendo con su cochero y se echó a reír.

—Esa, querida pupila, era Sally, lady Jersey. Es la cotilla más empedernida de Londres, de ahí el apodo de Silencio. A pesar de ello, no es tan mala persona.

Continuaron en cordial silencio, abriéndose paso entre las bulliciosas calles. Max iba pensando en la consternación que iba a provocar el haber sido visto por lady Jersey y por Ramsleigh, otro vividor amigo suyo.

Al sentarse en una butaca pudo oírse el frufú de las elegantes telas de la falda de Caroline al rozar unas con otras. Sus tres hermanastras se arremolinaron a su alrededor, ansiosas. Resultaría complicado encontrar tres jóvenes damas tan atractivas como aquellas. Sarah, de veintiún años, con su melena castaña oscura y su tez exageradamente pálida, se sentó en un brazo del sillón. Arabella, se sentó al otro lado, con sus rizos castaño dorados rodeando

su semblante en forma de corazón y con una chispa de travesura reflejada en él. Y Lizzie, la más joven y callada de todas, sentada a sus pies, con sus ojos marrón grisáceos brillantes de juventud y de mirada penetrante.

—Bien, queridas mías, de manera inequívoca y sin ninguna duda somos las pupilas del duque de Twyford.

—¿Cuándo quiere conocernos? —preguntó Sarah.

—Mañana por la tarde. Va a abrir Twyford House y nosotras nos tenemos que mudar allí. Él reside en Delmere House, donde fui esta mañana. Su tía, lady Benborough, será nuestra acompañante; aparentemente, está bien relacionada y deseando apoyarnos. Estará allí también mañana.

Un silencio cargado de emoción recibió la noticia, tras el cual Arabella dijo en voz alta lo que todas estaban pensando.

—¿Ha dispuesto todo eso en un día?

A Caroline le brillaron los ojos y asintió con la cabeza.

Arabella dio un largo suspiro.

—¿Es autoritario?

—¡Mucho! —contestó Caroline—. Pero te pescará si intentas afilar las uñas con él. Es muy inteligente y también experimentado —y estudiando las caras pensativas a su alrededor, añadió—: Cualquier intento de flirteo entre alguna de nosotras y Max Rotherbridge llevaría indudablemente al fracaso. Como pupilas tuyas que somos, nos rechazará si nos acercamos a él con esas intenciones, y me temo que no soportará ni una tontería, os lo advierto.

—Ya veo —Sarah se levantó y paseó hasta la ventana—. ¿Entonces es como tú sospechabas? ¿No será fácil de llevar?

—Me temo, queridas, que cualquier idea que tuviéramos de pasárnoslo en grande al cuidado de un tutor sumiso murieron con el último duque. Pero, a pesar de todo —continuó—, si seguimos las reglas que impone la sociedad y no le causamos problemas, dudo mucho que nuestro nuevo tutor nos dificulte las cosas. Después de todo, estamos en Londres para buscar marido, y eso es, si no me equivoco, lo que Su Excelencia desea que hagamos.

—¿Entonces está de acuerdo con presentarnos para que encontremos marido? —preguntó Lizzie.

De nuevo, Caroline asintió con la cabeza.

—Creo que le preocupa tener cuatro pupilas a su cargo —sonrió recordando la escena en casa del duque—. Y por lo que he visto hasta ahora, creo que el duque actual es mejor que el anterior. Dudo que tengamos que

luchar contra ningún cazafortunas.

Tras unos minutos de silencio, Caroline se levantó, estirándose los faldones y dando unos pasos por la habitación.

—Mañana vendrán por nosotras a las dos y nos llevarán a Twyford House, que está en Mount Street —hizo una pausa para que la implicación en sus palabras calara en sus hermanas—. Como me queréis, os vestiréis con recato y os comportaréis con la debida reserva —miró fijamente a Arabella, quien le devolvió una sonrisa pícaro—. Creo que, teniendo en cuenta las circunstancias, deberíamos hacerle la vida lo más fácil posible a nuestro nuevo tutor. Estoy segura de que podría haber desestimado la tutela si lo hubiera deseado y debemos estar agradecidas de que escogiese honrar las obligaciones de su tío. Por eso no debemos ir demasiado lejos con él.

Pues estaba segura de que iban a poner a prueba su paciencia, pensaba mientras sus hermanas cuchicheaban.

Lady Benborough paseaba por la deliciosamente colorida alfombra persa, esperando con emoción la llegada de las muchachas. Con la mirada reconoció el impecable estado de la habitación, el mobiliario perfectamente organizado, todo en orden y listo. Si no lo hubiera sabido bien, no podría haber creído que, la mañana anterior, Twyford House había estado cerrada y con todos los muebles cubiertos de sábanas. Wilson no tenía precio. Incluso había un florero con dalias frescas sobre la mesa que estaba situada entre los dos ventanales. Estos, que estaban abiertos, daban paso a un cuidado patio flanqueado por arriates de vivos colores. Adornaba el centro una fuente de mármol en la que una figura griega de mujer vertía incesantemente agua de un cántaro.

Una llamada a la puerta principal la interrumpió en la contemplación de la escena. Momentos después escuchó la voz de Max y se tranquilizó. El objeto de sus pensamientos entró en la habitación, como siempre vestido impecablemente. Se inclinó con naturalidad a besarle la mano a su tía mientras sus profundos ojos azules la interrogaban.

—Una gran mejora, tía.

Transcurrió un momento hasta que se dio cuenta de que se estaba refiriendo a su última peluca, una nueva versión del mismo estilo que había llevado durante los últimos diez años.

Lady Benborough disimuló una sonrisa involuntaria como respuesta a su

comentario.

—Wilson se ha marchado a recoger a las chicas; debe de estar a punto de volver.

Observó a su sobrino dar una vuelta por la habitación para finalmente acomodarse en un sillón bajo.

—Espero que todo esté a tu gusto.

Augusta hizo un gesto con la mano, paseándola por la habitación.

—Wilson lo ha hecho maravillosamente; no sé cómo lo consigue.

—Ni yo tampoco —continuó Max—. ¿Y el resto de la casa?

—Igual —le aseguró—. A propósito, he estado pensando en el asunto de buscarles marido a estas mocosas y, pensándolo bien, con el dinero que tienen no creo que tengamos problemas aunque tuvieran granos o fueran bizcas.

—Déjame los cazafortunas a mí.

Augusta asintió y pensó que aquella era una de las cosas que más le gustaban de Max, es decir, que nunca había que explicarle las cosas detalladamente. Además, el hecho de ser las Twinning sus pupilas las pondría a salvo de los halagos de elementos menos deseables.

—Si están listas, he pensado en dar una pequeña fiesta la semana próxima, para que se vaya corriendo la voz. Pero si necesitan ropa o no saben bailar, tendremos que posponerla.

Recordando el elegante vestido de Caroline Twinning, Max tranquilizó a su tía.

—Me apuesto lo que quieras a que también saben bailar.

Augusta sabía que en tales materias podía confiar en Max. Sus correrías por los dormitorios y burdeles de Inglaterra le habían afinado la puntería para todo lo relacionado con el sexo femenino.

—Entonces, lo haremos la semana que viene —dijo ella—. Simplemente vendrán unas cuantas personas que puedan servirnos para algo y algunos de los más jóvenes.

—Espero sinceramente que no me esperes en ese acontecimiento.

—¡Santo Dios, no! Quiero que toda la atención la acaparen tus pupilas, no su tutor... Por cierto, ¿quieres que las lleve con mano dura, que las dé un empujoncito si es necesario o que las deje ir a su antojo?

—Mantén a las tres más jóvenes vigiladas, seguramente necesitarán tu consejo de vez en cuando. Dudo que la señorita Twinning necesite ayuda, a pesar de su edad.

Lady Benborough interpretó aquello como que la belleza de la señorita Twinning, junto con su fortuna, sería suficiente para contrarrestar la lacra de su edad.

Los ruidos que hicieron al llegar se filtraron poco a poco a la salita donde estaban Max y lady Benborough. Se escuchó un parloteo femenino, seguido de un silencio inmediato. Entonces se abrió la puerta y entró Millwade, el nuevo mayordomo, a anunciar a la señorita Twinning.

Caroline entró por la puerta y avanzó unos pasos en la habitación, confiada y brillante.

Max, que se había levantado, pestañeó para luego adelantarse a tomarle la mano. Hizo una leve reverencia, sonriéndole a los ojos con estudiado encanto.

Caroline le devolvió la sonrisa, sabiendo que mientras fuera su tutor podría permitirse el lujo de seguirle el juego. Sus dedos fuertes la guiaron hacia adelante para presentarle a su tía.

Augusta Benborough se había quedado con la boca abierta al ver entrar a la mayor de las hermanas. Para cuando Caroline la tuvo de frente, había recuperado la compostura. Pero, Dios Santo, aquella muchacha era... sin rodeos, endiabladamente atractiva y muy sensual. Al responder automáticamente a la presentación, Augusta vislumbró la expresión divertida en los enormes y amables ojos grises, y entonces se relajó.

—¿Y sus hermanas? —preguntó Max.

—Las dejé esperando en el vestíbulo, pensé que quizá...

Antes de que pudiera continuar Max se había levantado y tirado de la campanilla, a lo que Millwade se presentó inmediatamente para recibir instrucciones de su amo.

Caroline sonrió y se sentó al lado de lady Benborough.

—Observe lo que va a ocurrir —le dijo con ojos sonrientes.

Augusta Benborough la contempló pensativa para volver seguidamente la mirada hacia la puerta que se abría en ese momento. Primero entró Sarah, luego Arabella y después Lizzie.

Se hizo una curiosa pausa cuando tanto Max Rotherbridge como su tía se quedaron visiblemente sorprendidos al ver a las muchachas.

Estas se mostraron desenvueltas y confiadas, saludaron primero a Max y luego a la señora.

Caroline las llamó y se fueron acercando para ser presentadas a un Max que se había quedado sin habla y a una igualmente estupefacta lady Benborough.

Inmediatamente, Max recobró el pleno uso de sus facultades, cerrando y abriendo los ojos repetidamente para ver que no estaba soñando. Ahí las tenía: las tres muchachas más deliciosamente bellas que había visto en su vida; cuatro, incluyendo a la señorita Twinning. Todas de la misma familia y todas ellas bajo su techo. Increíble. Y, además, había que tener en cuenta su sustanciosa herencia. Bastó una mirada a los ojos verde grisáceos de la señorita Twinning para enterarse de que comprendía más de lo suficiente.

—¡Imposible! —dijo, casi temblándole la voz.

Su tía Augusta se echó a reír.

Capítulo 3

—¡No! —Max movió la cabeza con tozudez, frunciendo el ceño con un dramatismo tal que ensombreció su apuesto semblante.

Al recobrar la agilidad mental, lady Benborough había reprimido su regocijo y enviado a las tres muchachas más jóvenes al patio. Sin embargo, tras más de diez minutos de discusión cuidadosamente argumentada, Max permanecía inflexible. De todas formas estaba empeñada en que su sobrino no consiguiera zafarse de sus responsabilidades. Aparte de todo, la situación se le había presentado que ni pintada: a su edad había que aprovechar cualquier oportunidad para llenar sus horas de asueto.

—¡Es imposible! Piensa en el qué dirán, tía.

Augusta abrió mucho los ojos.

—¿Y qué te puede importar? —preguntó—. Por la vida que llevas, nadie pensaría que te importaría el escándalo —miró a Max fijamente—. Además, aunque indudablemente se hablará, nada de esto resultará perjudicial; al contrario, hará que estas muchachas se conviertan en el centro de atención.

Caroline optó sabiamente por no interferir entre ellos dos, sino que permaneció sentada junto a Augusta, con una expresión tan inocente como pudo.

Max la miró y se detuvo en su rostro, entrecerrando los ojos.

A Max le cabía poca duda de que Caroline le había ocultado deliberadamente la verdad sobre sus hermanas, hasta que se había asegurado que no intentaría echarse atrás con el asunto de la tutela. Sabía que debía castigar a aquella que le había manipulado tan sagazmente, pero al zambullirse en aquellos ojos verde grisáceos no fue capaz de decidir qué castigo aplicarle.

Augusta intervino.

—Sea lo que fuera lo que estés maquinando, no vale, Max. Tú eres el tutor de las muchachas y no puedes lavarte las manos así como así. Sé que te resultará algo duro, pero, si no te ocupas tú de ellas, ¿quién lo hará?

A pesar de su reacción al ver a las cuatro hermanas Twinning, Max no había

considerado seriamente abandonar la tutela sobre las chicas.

—¿De verdad te imaginas que alguien de mi reputación pueda ser considerado como un tutor adecuado de cuatro... —hizo una pausa, posando la mirada sobre Caroline— ...atractivas vírgenes?

Caroline abrió mucho los ojos y se le dibujó el hoyuelo en la mejilla.

—¡Todo lo contrario! Quién mejor que tú para actuar como su guardián. Si tú no eres capaz de mantener a los lobos alejados, entonces nadie podrá. La verdad es que no sé bien todavía por qué estás montando todo este lío.

Max tampoco lo sabía. Tras un silencio, se dio media vuelta bruscamente y cruzó el salón hasta las ventanas que daban al patio. Ya sabía antes que aquella era una batalla que estaba destinado a perder. Observó la escena mientras las tres muchachas más jóvenes intentaban poner en funcionamiento la fuente. Aquella visión quitaba el hipo: las gamas variadísimas de los brillantes colores de sus cabellos mezclándose con las flores, su sensual risa y aquella manera con la que inconscientemente balanceaban sus ágiles dedos de un lado al otro, haciendo que Max se estremeciera por dentro. Hasta aquel momento había considerado a las hermanas Twinning en un segundo plano con respecto a la hermana mayor. Pero un solo vistazo había sido suficiente para borrar de un plumazo aquella consideración. Y con todo lo que las Twinning tenían que ofrecer, seguro que todos los hombres de Londres estarían tras ellas.

Caroline se levantó y Max se dio la vuelta en el momento en que ella le ponía la mano en el brazo. Contemplaba a sus hermanas pensativa y al hablar lo hizo con el tono de voz muy bajo.

—Si de verdad le molesta tanto actuar como nuestro tutor, estoy segura de que podremos hacer otros planes —al terminar de hablar levantó la vista hacia él.

Max la contempló con la experiencia que le había dado el extenso trato con las mujeres, pero no vislumbró señal alguna de burla en aquellos transparentes ojos verdes. Sin embargo, no le llevó más de un momento darse cuenta de que si conseguía librarse de la custodia de las hermanas Twinning significaría que Caroline Twinning desaparecería de su alrededor.

Enfrentado a esos ojos gris verdosos, Max hizo lo que no había hecho jamás hasta ese momento: tirar la toalla.

Resignado a lo inevitable, Max salió para que las damas se fueran conociendo mejor. En cuanto se hubo escuchado el ruido de la puerta, lady Benborough se volvió a mirar a Caroline reflexivamente.

—Muy bien hecho, querida. Me ha quedado claro que no necesitas ninguna lección sobre cómo llevar a un hombre.

—Tengo que admitir que he tenido algo de experiencia.

—Bien, pues la necesitarás si vas a vértelas con mi sobrino.

Las tres más jóvenes regresaron en el momento en que se estaba sirviendo el té. Para cuando fue retirado, lady Benborough había satisfecho su curiosidad en todos los puntos de interés y la conversación giró hacia su presentación en sociedad.

—Me pregunto si se habrá filtrado algo de información acerca de vuestra existencia. A lo mejor alguien os ha visto en Grillon's.

—Lady Jersey me vio ayer con Max en su carruaje —dijo Caroline.

—En ese caso, no hay por qué darle largas al asunto. Si Silencio ya sabe la historia, cuanto antes aparezcáis, mejor. Mañana iremos a dar un paseo por el parque. Otra cosa —dijo paseando la mirada de una a otra—; presupongo que todas queréis encontrar marido.

Todas asintieron con entusiasmo.

—¡Bien! Ahora pensemos en la estrategia adecuada. Aunque pienso que vuestra aparición repentina causará un gran alboroto, creo que es la mejor manera de empezar. Y bueno, aparte de todo —continuó pensativa—, vuestra aparición en público como las protegidas del duque de Twyford hará que a Max le sea imposible retractarse de su decisión.

No sabía bien por qué, pero la tutela de Max le mantendría en contacto con la señorita Twinning; y tenía la sospecha de que aquello sería bueno para él.

Al día siguiente por la tarde, la experimentada lady Benborough planeó un breve paseo por el parque, con el propósito de levantar la curiosidad de los paseantes. Como había predicho, la visión de cuatro soberbias damas montadas en uno de los carruajes de los Twyford causó un impacto inmediato. Bajo el suave sol primaveral, parecían como si se hubieran escapado de un reino de hadas, demasiado exquisitas como para ser de carne y hueso. Augusta sonrió ampliamente ante sus imaginativos pensamientos. En ese momento, sus ojos divisaron un landó que estaba parado a un lado del paseo. Levantó el

parasol y golpeó suavemente en el hombro de su cochero.

—Pare allí.

Ocurrió que lady Cowper y Maria, lady Sefton, fueron las primeras en conocer a las hermanas Twinning. A medida que el coche se acercaba, a las dos experimentadas matronas se les pusieron los ojos como platos.

Augusta notó esa reacción con satisfacción y así tomó la oportunidad para presentarlas.

—Las pupilas de Twyford, ya saben —dijo para rematar la presentación.

Esta información, que con tanta naturalidad había dejado caer, claramente dejó estupefactas a ambas damas.

—¿De Twyford? —repitió lady Sefton—. ¿Pero cómo diantres...?

En cuatro palabras Augusta las informó. Una vez que las señoras se habían recuperado del impacto, ambas prometieron regalarles invitaciones a las chicas para que asistieran al baile de Almack's.

Augusta agradecía el apoyo inmediato que le brindaron sus viejas amigas para encontrar cuatro maridos para las Twinning.

Pasaron un buen rato conversando a la orilla del paseo y Augusta se alegró al comprobar que las cuatro chicas conversaban con facilidad.

Cuando finalmente se marcharon, Augusta ordenó que volvieran a Mount Street.

—No quiero que nos precipitemos —explicó a cuatro pares de interrogantes ojos—. Es mejor que los dejemos acercarse a nosotras.

Dos días después, los círculos aristócratas todavía no se habían recuperado del impacto causado por las pupilas del duque de Twyford. Max se había mordido la lengua y lo había intentado soportar, pero las persistentes exigencias de sus amigos para ser presentados a sus pupilas estaban poniendo a prueba su paciencia. No podía hacer nada para que no se enterasen, pero, desde luego, no tenía necesidad de fomentarlo directamente. Por todo ello, cuando salió de su casa aquella soleada mañana de abril acompañado de dos de sus mejores amigos, lord Darcy Hamilton y George, vizconde Pilborough, no lo hizo de muy buen humor.

En el momento en que pasaban del gabinete al vestíbulo, unos golpes a la puerta interrumpieron su conversación. Hicieron una pausa mientras Hillshaw pasaba por delante de ellos para contestar.

—No estoy en casa, Hillshaw.

—Muy bien, Su Excelencia —dijo el otro haciendo una inclinación.

Pero Max había olvidado que Hillshaw todavía no había experimentado a las Twinning en tropel y resistirse fue imposible. Irrumpieron en la casa con sus vestidos de encaje y batista, que al moverse hacían un ruido suave como el de la espuma, sonriendo ampliamente, con los ojos brillantes y los bucles de sus cabellos flotando suavemente alrededor de sus caras.

Inmediatamente vieron a los tres hombres, que se habían quedado clavados al pie de las escaleras.

Arabella fue la primera en llegar hasta Max.

—Querido tutor —suspiró lánguidamente— ¿se encuentra bien? —le colocó la mano sobre el brazo.

Inmediatamente, Sarah se adelantó y se puso a su otro lado.

—Espero que lo esté porque queremos pedirle permiso para una cosa —levantó la cabeza y le sonrió.

Lizzie no hizo más que ponerse delante de él, con sus enormes ojos mirándolo fijamente y una sonrisa que sabía irresistible iluminándole el semblante.

—Por favor.

Max miró a Hillshaw, que se había quedado inmóvil entre el revuelo de muchachas, y le entraron ganas de echarse a reír. Pero ya era lo suficientemente escandalosas ellas mismas como para darles más motivos.

Entonces, sus ojos se encontraron con los de Caroline, que se había quedado algo rezagada observando a sus hermanas. Pero, al sentir su mirada, se adelantó tendiéndole la mano. Max, casi olvidándose de la presencia de todos los demás, la tomó entre las suyas.

—No les haga caso a estas pobres locuelas, Su Excelencia.

—Solo es que nos han dicho que es posible ir a montar a caballo al parque, pero lady Benborough dice que nos tiene que dar antes su permiso —explicó Sarah.

—Por eso estamos aquí. ¿Podemos? —preguntó Lizzie con ojos suplicantes.

—No —dijo Max sin más explicaciones.

La primera regla de seducción consistía en encontrar una oportunidad para hablar a solas con la dama en cuestión. Un paseo a caballo por el parque constituía el escenario ideal.

Caroline arqueó las finas cejas ante su respuesta. Max se dio cuenta de que

las otras tres se volvían hacia su hermana para ver lo que decía antes de lanzarse de nuevo al ataque.

—Oh, no lo dirá en serio.

—¿Y por qué diantres no?

—Todas montamos bien. Yo no he salido a montar desde la última vez que estuvimos en casa.

Arabella se fijó en el vizconde Pilborough con ojos suplicantes.

—No puede haber nada de malo en lo que estamos pidiendo.

Bajo la anonadada expresión del vizconde, pestañeó casi imperceptiblemente y, al bajar la mirada, las larguísimas pestañas le rozaron las rosadas mejillas.

El vizconde tragó saliva.

—¿Y por qué no, Max? Me parece razonable; además, tus pupilas deben estar encantadoras a caballo.

Max, que estaba de acuerdo con eso último, se calló una blasfemia. Ignorando los ojos brillantes de la señorita Twinning, miró con fiereza al vizconde.

Mientras tanto, Sarah se había vuelto y se había encontrado con la mirada de lord Darcy. Aunque no fue un coqueteo tan logrado como el de Arabella, respondió a su cálida sonrisa.

—¿Hay alguna razón de peso que nos impida montar?

Aquella voz, serena y extrañamente musical, hizo que Darcy Hamilton deseara que el vestíbulo de Max estuviera más vacío. Se acercó a Sarah y tomó su mano con pericia. Comprendía bien por qué Max no deseaba que sus pupilas montasen a caballo, pero habiendo conocido a aquella dulce criatura no había nada que le hiciera secundar la opinión de su amigo.

—Mucho me temo Max, querido, que vas a tener que ceder. Parece que la oposición es bastante fuerte.

Max lo miró con furia. Sus ojos se volvieron inmediatamente a Caroline que lo observaba interrogante.

—¡Oh, está bien!

Le sonrió cálidamente, tras lo cual Max le presentó a sus amigos, primero a ella y luego a sus hermanas, una a una.

Caroline se colocó a su lado.

—¿No se habrá enfadado en serio por lo de montar a caballo?

—La verdad es que preferiría que no lo hicieran. A pesar de ello —

continuó, mientras observaba al grupo de las tres hermanas y sus dos amigos, que hacían ya planes para montar aquella tarde—, veo que es imposible.

—No haremos nada malo, se lo aseguro —dijo Caroline sonriendo—. Nos las apañaremos.

Naturalmente, Max se sintió obligado a unirse al grupo aquella tarde. Entre sus establos y los de Darcy Hamilton había conseguido reunir monturas adecuadas para las cuatro chicas. Caroline le había asegurado que, al ser señoritas de campo, sabían montar muy bien. Al llegar al parque, el duque comprobó que no le había mentado. Entonces ya no tendría que preocuparse por que alguna de ellas perdiera el control y fuese lanzada al suelo. Pero, como todas aparecieron tan despampanantes como temió que lo hicieran, elegantemente vestidas en ropa de montar hecha a la medida, sus temores no hicieron sino aumentar.

Al entrar en la amplitud del parque, el duque se quedó algo rezagado para poder observar bien a las tres muchachas más jóvenes. Caroline, que iba a su lado, se quedó con él.

Después de un rato de estar allí y comprobando aliviado que las tres hermanas se las apañaban perfectamente, se volvió a Caroline.

—¿Le ha gustado lo que ha visto de la vida londinense?

—Sí, gracias —contestó sonriéndole con la mirada—. Su tía ha estado maravillosa. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho.

Max frunció el ceño. Lo último que deseaba era que ella le agradeciera nada. Ahí estaba él pensando más o menos en la línea de Darcy y a ella se le ocurría darle las gracias. La miró mientras trotaba a su lado y vio que su expresión era serena. Su presencia le tranquilizaba.

—¿Qué ha hecho el resto de la semana? —preguntó.

—Pues hemos paseado por el parque cada tarde y supongo que continuaremos haciéndolo. Ayer por la tarde asistimos a una pequeña fiesta que dio lady Malling. Su tía dijo que habrá unas cuantas reuniones más la semana próxima a las que deberíamos asistir para soltarnos.

Habían ido haciendo un circuito alrededor del parque y solo entonces se acercaron ya a los límites. El pequeño grupo aumentó casi inmediatamente en

número de alarmantes proporciones, a juicio de Max. Todos los caballeros disponibles se acercaban a las muchachas, pidiendo ser presentados. Pero, para su sorpresa, con un solo gesto que hizo Caroline con la cabeza, las chicas se acercaron obedientemente a su hermana mayor y rechazaron cualquier intento de alejarlas de la protección del duque. Para su sorpresa todas se comportaron con el mayor decoro. Así continuaron hasta llegar a la verja del parque, cuando el grupo ya había vuelto a su número original.

—¿Puede asegurarme que siempre se comportarán con tanta prudencia? ¿O lo han hecho solo por mí?

—Oh, le aseguro que tenemos la suficiente experiencia para saber qué camino tomar —hizo una pausa y, bajando la voz, continuó—: No se nos ocurriría hacer nada que nos desacreditara. Somos, además, muy conscientes de lo que le debemos a usted y a lady Benborough.

Max sabía que aquella respuesta debía complacerlo, pero lo único que hizo fue irritarle. De alguna manera, iba a tener que convencerla de que atenerse a todas las convenciones sociales no era exactamente el pago que él esperaba.

Capítulo 4

Emma, lady Mortland, no tenía derecho a ostentar ese título. Ciertamente era atractiva, pero su conducta dejaba mucho que desear. Nada más entrar en el parque, le había llamado con un gesto de la mano. No era corriente que él fuese al parque, por lo que a la dama le había sorprendido ver su carruaje avanzando por la avenida. Se había visto obligado a frenar si no quería atropellar a aquella tonta. Ella había hecho lo posible por prolongar aquella conversación, él sabía, con la esperanza de que la invitara a pasear a su lado. Finalmente admitió su derrota y lo dejó marchar con aire de superioridad, aunque no sin antes hacerle una velada invitación, la cual no tuvo el más mínimo reparo en rechazar. El duque sabía que abrigaba la esperanza de convertirse en su duquesa. ¿Pero cómo se podía imaginar que tomaría por esposa a una mujer tan falta de principios?

Mientras paseaba bajo los árboles, iba mirando los coches que pasaban, esperando encontrar a sus pupilas. No las veía desde aquel primer paseo en el parque, proeza de autodisciplina ante la cual cualquier otra emprendida antes palidecía.

Fue Darcy Hamilton quien le había metido aquella idea en la cabeza. Su amigo había vuelto con él a Delmere House después de la primera excursión, quejándose de la rebeldía de Sarah Twinning. A Max no le había sorprendido en absoluto que Darcy se explayara así a pesar de hablar de sus pupilas, pues era muy insistente cuando iba a la caza de una mujer.

Había sido Darcy el que había pensado que una corta ausencia haría que la dama se volviera más dócil y había decidido no verlas en al menos una semana.

Hacía ya seis días de aquello. La temporada estaba a punto de comenzar y había llegado la hora de volver a relacionarse con sus pupilas.

Finalmente, vislumbró el coche de Twyford a un lado de la avenida y se paró a su lado.

—Tía Augusta —dijo haciendo un gesto con la cabeza.

Ella le sonrió, encantada de que se hubiera tomado la molestia de buscarlas. Contempló con aprobación a las ocupantes del coche hasta que su mirada descansó sobre la señorita Twinning, quien le sonrió alegremente.

Mientras respondía a la animada charla de su tía, tuvo la oportunidad de llevar a cabo su propósito.

—¿Querrá la señorita Twinning, quizá, venir a dar un paseo? No puedo dejar mis caballos aquí parados —añadió dirigiéndose a su tía.

Inmediatamente le confirmaron que la señorita Twinning lo haría y esta bajó del coche. El duque alargó la mano para ayudarla a sentarse a su lado y seguidamente partieron.

Caroline iba disfrutando de la brisa sobre su piel mientras el coche serpenteaba por el parque; incluso al paso aceptado en el parque, le pareció infinitamente más refrescante que el paso lento al mando de lady Benborough. Sería por ello por lo que se le notaba de repente más animada; incluso el sol parecía más brillante.

—¿No va a montar hoy? —preguntó Max.

—No. Lady Benborough no estimó conveniente abandonar del todo a las matronas.

Max sonrió.

—Cierto; no es bueno irritar a nadie sin necesidad.

Caroline se volvió a mirarlo.

—¿Es acaso esa su filosofía?

Augusta le había contado lo suficiente de su pasado para darse cuenta de que aquello era improbable.

Max puso mala cara; la señorita Caroline Twinning era demasiado lista. Para no contestarle, cambió de tema.

—¿Dónde está Sarah? —preguntó recordando que no la había visto en el carruaje.

—Lord Darcy se la llevó a pasear hace un rato. Igual los vemos por aquí.

Max reprimió el insulto que afloraba a sus labios. ¿A cuántos amigos tendría que abandonar al final de la temporada?

—Lo ha estado viendo mucho.

Caroline le contestó con una profunda carcajada y se acrecentó su inquietud.

—Si quiere decir si nos ha estado o no persiguiendo, la respuesta es no. Por otra parte, parece que está invitado a todos los salones a los que hemos acudido esta semana.

Debería haberse imaginado el comportamiento de su amigo; después de todo, Darcy tenía tanta experiencia como él. Aun así, le diría cuatro palabras cuando se encontrasen la próxima vez.

—¿Ha sido particularmente... atento con ella?

—No —contestó cuidadosamente—, al menos no de manera alguna inaceptable. Lo único que pasa es que es a la única dama a la que hace caso. Si no está con Sarah, o bien se marcha o se retira a jugar a las cartas o bien la mira de lejos.

Aquella descripción era tan diferente a la del Darcy Hamilton que él conocía, que casi pensó que no hablaban del mismo hombre. De pronto, le entró la ligera sospecha de que Darcy pudiera estar seriamente enamorado.

Tras saludar a lady Jersey al pasar, se encaminaron hacia el coche donde iban su tía y las demás.

—¿Cuál es su siguiente compromiso importante? —preguntó Max, tomando una decisión.

—Iremos al primero de los bailes de Almack's mañana y al baile de los Billington la noche siguiente.

Así era el comienzo de la temporada, pero no había manera de que fuese a cruzar el umbral de Almack's. No había asistido al lugar desde hacía años, no estaban entre sus gustos las tiernas y jóvenes vírgenes; claro que no comparaba a la señorita Twinning y sus hermanas con ninguna de ellas. Sin saber qué hacer, se limitó a inclinar la cabeza para mostrarle que la había oído.

Caroline se quedó callada mientras el coche volvía sobre sus pasos. Claramente, su tutor centraba su atención únicamente en su actuación social, lo cual era lo más normal. ¿Por qué entonces se sentía tan desilusionada?

Al llegar al otro coche Sarah ya había vuelto y, con mirarla una vez, Max vio que los planes de Darcy no habían progresado; al menos de momento.

Mientras ayudaba a bajar a Caroline, se dio cuenta de que ella no había dicho nada sobre su ausencia aquella semana y que tampoco había hecho ningún intento de acercamiento a ella durante el paseo. El asunto entre su hermana y su amigo había acaparado toda su atención.

Seducir a una joven mientras actuaba como guardián de sus tres hermanas menores iba a ser más duro de lo que se imaginaba.

Mientras salvaba los escalones de la entrada a Twyford House la tarde noche siguiente, Max todavía dudaba si estaba o no dando el paso apropiado.

Se recordó a sí mismo que tres de ellas eran verdaderamente su responsabilidad y, ante todos, también lo era la señorita Twinning; su deber estaba bien claro.

Al entrar en Twyford House, Max intercambió unas palabras con el mayordomo para ver si todo iba viento en popa. Satisfecho de que así fuera, se dio la vuelta, quedándose quieto en el sitio y con la mente de pronto en blanco. Las hermanas Twinning descendían por la escalera principal y vistas así juntas, elegantemente vestidas para el baile, eran la estampa más encantadora que había visto en su vida.

Sus ojos se posaron admiradores en cada una de ellas, pero al llegar a Caroline se paró. El resto pareció disolverse en una nebulosa mientras su mirada se centró en las precisas líneas de su vestido de seda. Este se ajustaba sugerentemente a su formada figura; el escote llegaba hasta la línea donde comenzaban los generosos pechos. Sintió que las manos le ardían con el deseo de moldear aquellas provocativas curvas. Seguidamente, sus miradas se entrecruzaron mientras ella avanzaba hacia él por el vestíbulo, con la mano extendida. Automáticamente la tomó entre las suyas.

—Gracias por venir —le dijo—. Espero de todo corazón que no se aburra demasiado con divertimento tan insípido.

Lady Benborough, al enterarse de que él las acompañaba, se había emocionado. También le había dicho a Caroline lo mucho que le disgustaban ese tipo de fiestas a su sobrino.

Pero, al contrario de encontrarlo enfadado, reconoció en sus ojos la misma emoción que había detectado el primer día que se conocieron.

—¿Sabe, dudo mucho que me aburra? —murmuró su guardián con malicia.

Caroline se ruborizó con fuerza, aunque gracias a Dios nadie excepto Max se dio cuenta.

Se repartieron en los dos carruajes, con Augusta, Miriam, Arabella y Sarah en uno de ellos y Max, Caroline y Lizzie en el otro.

Pronto estaban cruzando las antiguas puertas de los Salones de Reuniones. Estos, escasamente amueblados, albergaban ya un considerable número de debutantes o jóvenes damas solteras, acompañadas por sus madres con la esperanza de encontrar algún enlace adecuado entre los caballeros sin compromiso que paseaban entre la muchedumbre.

Para terror de Max, las hermanas Twinning fueron asaltadas por un montón de galanes.

Se apartó un poco para comprobar cómo ellas manejaban con arte a sus admiradores. El grupo que se formó alrededor de Caroline le llamó la atención más que ninguno. La vio rodeada de algunos de los hombres más libertinos de la reunión, pero sabía que ninguno intentaría nada escandaloso allí. Poco a poco, se dio cuenta de que las chicas poseían la habilidad innata de escoger a las parejas más aceptables y de despedir a los menos favorecidos con un verdadero despliegue de encanto.

Su tía, que estaba a su lado, le aclaró lo que estaba deseando preguntarle.

—No te preocupes. Esas chicas tienen la cabeza bien colocada sobre los hombros —y al ver la confusión en los ojos de su sobrino, añadió—: Bueno, las cuatro tienen el propósito de encontrar un marido y supongo que tú estarás encantado, pues así te librarás de ellas con mayor rapidez.

—Sí, claro —contestó Max, distraído.

Se quedó junto a sus pupilas hasta que fueron sacadas en el primer baile.

Buscando entre la multitud, finalmente vio a Darcy Hamilton entrando en uno de los salones donde se habían colocado las bebidas.

—Conque ibas a dejar pasar al menos una semana, ¿no?

Darcy casi se atragantó con el trago de limonada que acababa de dar.

—Por favor, no empieces, no necesito ningún sermón por tu parte. De todas maneras, no tienes por qué preocuparte: Sarah Twinning tiene su mente puesta en el matrimonio y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Max no pudo reprimir una sonrisa.

—¿No ha habido suerte?

—¡Nada! —replicó el otro—. Estoy a punto de proponerle matrimonio, pero si me rechazase eso sí que no podría soportarlo.

Max, tomando él también un vaso de limonada, se quedó pensativo.

—¿Sabes lo que me dijo ayer? Dijo que pierdo demasiado tiempo con los caballos y no el suficiente con asuntos de mayor importancia. ¿Puedes creértelo?

Max se echó a reír con ganas. Los establos de lord Darcy eran conocidos en toda Inglaterra como los más grandes y mejores productores de carne de caballo de calidad.

Tras una pausa, Darcy colocó a un lado el vaso.

—Voy a buscar a Maria Sefton para convencerla de que le dé permiso a

Sarah para que baile conmigo un vals. Eso no podrá rechazarlo —y dicho esto se despidió de Max y volvió al salón principal.

Durante unos minutos, Max permaneció en donde estaba, con la mirada fija en la pared de enfrente. Luego, bruscamente, agarró otro vaso lleno y siguió a su amigo.

—¿Y quieres que te dé permiso para bailar con una de tus pupilas? —lady Jersey repitió la petición de Max extrañada.

—En realidad no es algo tan extraño —contestó Max sin inmutarse—. Es algo mayor que el resto y, ya que estoy aquí, parece apropiado.

—Um —Sally Jersey no podía creer que no hubiese otro motivo. Ya le había resultado sorprendente verlo entrar en el salón con ellas y aún más cuando no había hecho ademán de marcharse nada más dejar a sus pupilas bien acompañadas. Pero, después de todo, era Twyford, por lo que si deseaba bailar con su pupila... Se encogió de hombros—. Muy bien, tráemela; esto es, si logras separarla del que la está cortejando.

Caroline se sorprendió de que Max permaneciera en los salones tanto tiempo. Hizo un gran esfuerzo para prestarle atención a sus pretendientes, ya que lo más natural sería que su tutor buscara diversiones menos aburridas en otro lugar. Pero entonces apareció su colosal figura entre la multitud y, tras unos segundos, sus miradas se cruzaron entre las cabezas. Caroline deseó con fervor que el extraño latigazo que sintió al verlo no se reflejara en su semblante. Tras un momento, fue hacia donde estaba ella.

Bajo el ligero flirteo que mantenía con un barón entrado en años, Caroline notó la repentina aceleración del ritmo de su corazón y una presión que parecía cortarle la respiración. Se puso nerviosa a pesar de los esfuerzos que estaba haciendo para evitarlo.

Pero cuando llegó e inclinó la cabeza casi mostrando aburrimiento y se enfrascó con su acompañante en una discusión sobre un acontecimiento deportivo, la desilusión le hizo recuperar la cordura.

Caroline no supo cómo lo había hecho, pero Max consiguió librarse del pretendiente.

—¿Qué es lo que quería decirme?—le preguntó mientras caminaba de su

brazo.

La miró y ella contuvo la respiración. Aquella mirada maliciosa estaba allí de nuevo, calentándola por dentro. ¿A qué demonios estaba jugando?

—Santo cielo, querida pupila. Y yo que pensé que tenía experiencia. ¿No es capaz de adivinar una treta cuando la oye?

Caroline se quedó pensativa, sin saber a qué atenerse en realidad.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a ver a lady Jersey —contestó él, sonriendo.

Al llegar al salón principal, se acercaron a lady Jersey.

—Ah, estás aquí, Twyford. Mi querida señorita Twinning, su tutor me ha pedido que le dé permiso a usted para que baile con él y yo no tengo duda alguna en concedérselo. Y, ya que está aquí, le presento al duque como una pareja adecuada.

Antes de que pudiera recuperarse de la impresión, Max la arrastró a la pista dejando a la señora intrigada, siguiéndolos con la mirada.

Caroline luchó por controlar la enervante sensación de estar en los brazos de su tutor. Él se acercó a ella más de lo necesario, aunque, al tiempo que daban vueltas por el salón, Caroline se dio cuenta de que a los ojos de los demás solo era la perfecta estampa del duque de Twyford haciéndole un favor a la mayor de sus pupilas. Solo ella estaba lo bastante cerca de él como para ver aquel brillo turbador en sus azules ojos y escuchar la calidez de su tono de voz.

—Mi querida pupila, ¡qué bien baila! Dígame, ¿qué otros talentos tiene que todavía me queden por probar?

Caroline no era capaz de apartar la mirada de él. Ninguna respuesta escandalizada afloró a sus labios. En vez de ello, su mente estaba totalmente inmersa en asimilar el increíble hecho de que, a pesar de la relación de tutor y pupila, Max Rotherbridge tenía intención de seducirla. Vio claramente su deseo reflejado en el calor de sus ojos azul profundo, en la manera en que la mano que le agarraba la espalda le quemaba a través de la seda y en las suaves caricias que sintió sobre los nudillos mientras él le daba vueltas alrededor de la habitación, ante la mirada de las personas más cotillas de todo Londres.

Con gran esfuerzo, consiguió bajar la mirada.

—Oh, nosotras las Twinning tenemos muchas habilidades, querido tutor — la voz le salió clara y sin altibajos—, pero tengo el disgusto de reconocer que

todas ellas son desesperadamente mundanas.

Él se echó a reír tras aquel comentario.

—Permítame decirle, querida pupila, que para las habilidades que tengo en mente sus calificaciones son más que adecuadas.

Caroline alzó la mirada rápidamente. No podía creer lo que estaba oyendo, pero Max continuó antes de que pudiera abrir la boca.

—Y, aunque naturalmente le falta experiencia, puedo asegurarle que conseguirá ponerle remedio con facilidad y disfrute.

No podía ser cierto. Caroline se dio por vencida en averiguar los motivos que tenía.

—Esto no está ocurriendo —le dijo claramente.

De momento, a Max le pilló aquel comentario por sorpresa, pero seguidamente hizo gala de su sentido del humor.

—¿Ah, no?

—Claro que no —ella replicó tranquilamente—. Soy su pupila y usted, mi tutor, por lo que es totalmente imposible que diga lo que acaba de decir.

Max admiró de mala gana su coraje al adoptar aquella actitud. Leyendo en sus ojos verde grisáceos una resolución indiscutible, Max, demasiado listo como para llevar las cosas más allá, se rindió con dignidad.

—¿Qué le parece el baile de Almack's?

Caroline agradeció aquella tabla de salvación que le había tendido y continuaron charlando en un terreno no personal.

Al final del baile, Max la entregó a sus admiradores, no sin antes mirarla de tal manera que Caroline estuvo a punto de ruborizarse.

No volvió a verlo hasta la hora de partir, cuando Lizzie le tiró de la manga para decirle que las otras ya se habían marchado.

Max y ella compartían el asiento frente al de Lizzie, que se había acurrucado en un rincón frente a ellos. Los tres iban en silencio. Cuando todavía estaban a algo de distancia de Mount Street, Max le tomó la mano. Sorprendida, se volvió a mirarlo, consciente de aquellos dedos que acariciaban los suyos con tanta suavidad. Deliberadamente, se llevó la mano a los labios y le besó las puntas de los dedos. Un delicioso escalofrío le recorrió todo el cuerpo, seguido de otro aún mayor cuando él le volvió la mano y depositó un prolongado beso en la muñeca. Aunque eso no fue nada comparado con la sorpresa que recibió cuando, sin previo aviso, agachó la cabeza y sus labios encontraron los de ella.

Desde el punto de vista de Max, se estaba comportando con extrema compostura. Sabía que Lizzie estaba completamente dormida y que la mayor de sus pupilas, normalmente con control de la situación, estaba perdida y bien perdida. A pesar de todo, se contuvo y la besó solo ligeramente, acariciándole los labios con los suyos, aumentando la presión poco a poco hasta que los labios de ella se separaron levemente. Saboreó la cálida dulzura de su boca y, mientras se sonreía ante la respuesta que a ella le había resultado imposible ocultar, se apartó de ella mientras la observaba enfocar de nuevo la mirada.

Caroline volvió la cabeza hacia donde estaba su hermana.

—No se preocupe, está completamente dormida —dijo con voz profunda y sensual.

Caroline, asombrada, se sintió reconfortada por aquella voz. Seguidamente notó cómo el coche iba decelerando.

—Y usted ha llegado sana y salva a casa —dijo con un trasfondo burlón en la voz.

Como en un sueño, Caroline ayudó a despertar a Lizzie y, después, Max la escoltó hasta la puerta con la mayor corrección y una sonrisa de satisfacción en los labios.

Arabella sonreía mientras uno de sus pretendientes la arrastraba en un animado vals. En unos días había llegado a la triste conclusión de que ninguno de sus admiradores se ajustaba a sus gustos. Unos eran demasiado jóvenes y el resto demasiado mayores. No podría describir a su hombre ideal, pero sabía que lo reconocería en el instante en que lo viera.

Mientras mantenía una banal conversación con su pareja, Arabella vio a su hermana mayor bailando elegantemente con su tutor. A Arabella le cabían pocas dudas acerca de la causa del brillo en los ojos de su hermana o del ligero rubor de sus mejillas. Aun así, ella confiaba plenamente en el buen hacer de su hermana en esos asuntos. Verdad era que nadie la había afectado tanto como Max Rotherbridge, pero Caroline sabía cómo tratar a los hombres.

Harta de la aburrida conversación, logró librarse de su acompañante diciéndole que se le había roto un volante e iba a arreglarlo. Se dirigió a la puerta, dándose la vuelta para ver si el joven le había dado el recado a la tía Augusta como le había dicho que hiciera. Al volverse de nuevo, colisionó contra un torso de sorprendentes proporciones.

—Oh —exclamó al sentir una especie de mareo.

Al alzar la mirada hacia la cara de la montaña con la que se había chocado, se dio cuenta de que aquel era el impacto que había estado esperando.

Desdichadamente, el hombre no pareció fijarse demasiado en aquel acontecimiento momentáneo.

—Mis excusas, querida; no la he visto.

Su voz la envolvió de abajo a arriba. Era alto, muy alto, y parecía casi igual de ancho. Tenía el pelo rubio y rizado y risueños ojos de color avellana. La sonrisa era la más arrebatadora que jamás había visto y sintió cómo las rodillas comenzaban a temblarle, por lo que se quedó allí plantada mirándolo.

Al caballero pareció divertirse su reacción, pero con una cortés inclinación y otra de aquellas sonrisas maravillosas desapareció. Arabella buscó el baño, donde se estuvo abanicando y luego tomó un vaso de agua fresca para calmar sus nervios.

Ningún caballero se excusaba así sin más y la dejaba plantada; ese era su rol. Arabella no era vanidosa, pero se preguntó qué había más fascinante que su persona que le hubiera hecho marcharse tan bruscamente.

Arabella volvió al salón de baile, empeñada en hacer entrar en vereda a su caballero, pero él no estaba allí. Durante el resto de la noche lo buscó entre la muchedumbre, pero no logró atisbar a su presa.

Entonces, justo antes del último baile, apareció en la puerta saliendo de la sala de naipes.

Rodeada de su corte usual, Arabella estaba radiante. Reía provocativamente, mientras decidía a quién le concedería el último baile. Por el rabillo del ojo, vio cómo el caballero se acercaba y pasaba por delante de ella para sacar a bailar a una chica del montón, vestida con un escandaloso modelo rosa fucsia.

Arabella se mordió el labio, pero logró ocultar su rabia mientras se concentraba en tomar una decisión. Cuando los músicos comenzaron los primeros pases del vals, aceptó al apuesto lord Tulloch como pareja de baile y se entregó con aplicación a coquetear con él durante el resto de la velada.

Capítulo 5

Max estaba muy preocupado. Desde la primera noche en Almack's, la situación entre Sarah Twinning y Darcy Hamilton había degenerado rápidamente a un estado que, por experiencia, sabía que era muy peligroso. Si al principio de la estancia de sus pupilas alguien le hubiera preguntado de qué lado estaba, del de las Twinning o del de los caballeros de Londres, sin dudar un momento se hubiera aliado con sus pupilas, sobre la base de que aquellas encantadoras y exquisitas señoritas necesitarían toda la ayuda posible para defender su virtud con éxito frente a famosos calaveras de la alta sociedad. Un mes después, tras ver los ardides de las Twinning, ya no estaba tan seguro.

Su comportamiento con Caroline la noche del baile de Almack's había sido el equivocado. Se dio cuenta del efecto que había tenido sobre ella durante las semanas que siguieron; de hecho, se había dado cuenta desde el primer día que la viera en la biblioteca de Delmere House. Pero para poder utilizar esa arma correctamente tenía que tenerla sola para él, cosa de la que ella ya se había dado cuenta. Consecuentemente, cada vez que se acercaba a ella la encontraba rodeada bien de admiradores o bien de una o varias de sus hermanas.

Su mirada vagó hasta la tercera de las hermanas Twinning, sentada en una butaca y rodeada por ardientes galanes. Mientras la miraba, le lanzó un comentario a uno de ellos y se volvió para lanzarle una mirada de invitación a un gigante rubio que estaba delante de ella. Max se puso tenso. ¡Por todos los diablos! Iba a tener que poner punto final a aquel juego rápidamente. Reconoció al punto la enorme figura de Hugo, lord Denbigh. Este aprovechó un momento de distracción para inclinarse hacia adelante y decirle algo al oído, que Max podía imaginarse. La mirada con que ella le respondió hizo que Max pusiera mala cara. Luego, Hugo le tendió la mano y Arabella, excusándose ante sus demás admiradores, le permitió llevarla hasta la pista.

Sabiendo que Hugo poco podría hacer en una pista de baile, Max resolvió visitar a su tía y pupilas al día siguiente, firmemente decidido a familiarizarlas con la opinión que le merecía el que le dieran esperanzas a aquella pandilla de

golfos. Incluso mientras se le ocurría aquella idea, empezaba a echarse atrás. ¿Cómo podía decirle a Arabella que dejara de coquetear con Hugo cuando él mismo estaba intentando todo para seducir a su hermana y su mejor amigo estaba ocupado en algo parecido con Sarah?

Esperó de corazón que su persecución de la mayor de las Twinning no le llevase al estado en el que estaba Darcy Hamilton. Llevaba toda la tarde bebiendo y, aunque no estaba borracho, iba camino de ello. Su amistad con lord Darcy venía de quince años atrás, pero en todo ese tiempo no había visto a su amigo tan afectado por el deseo de una mujer en especial. Al igual que él mismo, lord Darcy era un amante experimentado al que le gustaban los romances poco complicados. Si alguna mujer se ponía difícil, lo más natural era que se encogiera de hombros y pasase a empresas más asequibles. Pero con Sarah Twinning no parecía capaz de admitir la derrota.

Y mientras se preocupaba por sus pupilas, seguía planeando cómo tenerla entre sus brazos y a la larga en su cama. Arqueó las cejas burlándose un poco de sí mismo: en el fondo era lo más natural que las chicas los mantuvieran a raya. Las hermanas Twinning nunca les habían dado pie a que pensarán que eran fáciles o que fueran a aceptar otra cosa que el matrimonio.

Sin darse cuenta, su mirada vagabundeó hasta Caroline, que reía y charlaba con varios hombres. Como si hubiera sentido aquella mirada, se volvió y, entre la multitud del salón, sus ojos se encontraron. Ambos se quedaron quietos unos segundos para luego volverse ella a sus acompañantes. Max se adelantó entre la gente, sabiendo que, al igual que Darcy, tampoco él era capaz de reprimirse.

Max se fue deteniendo por los grupos, charlando aquí y allá, con la intención de llegar hasta su tía, sentada a un lado de la pieza. Pero, antes de que pudiera alcanzarla, sintió una mano que se posaba sobre su hombro. Al darse la vuelta se encontró con las angulosas facciones de Emma Mortland.

—Su Excelencia, hace tanto tiempo que no hemos... charlado.

Su tono de voz le irritaba. Casi estuvo a punto de recomendarle que tomara lecciones de Arabella para aprender a coquetear.

—Como sin duda te habrás dado cuenta, Emma, tengo otros asuntos que atender.

Lady Mortland se había dado cuenta perfectamente de lo ocupado que había estado con sus pupilas, particularmente con la mayor. Haría todo lo que estuviera en su mano para tener a Twyford a sus pies, o la diadema de duquesa

se le escaparía de las manos. Era mujer de pocas luces y pensaba que lo mismo que llevó a Max Rotherbridge a su cama, sería suficiente para inducirle a proponerla en matrimonio.

—Querido, lo sé; sé lo que sientes. Todo este asunto de ser el tutor de cuatro muchachas de campo debe resultarle a uno tan aburrido... Pero supongo que, para distraerte, bien podrías pasar un rato conmigo.

Twyford estaba a punto de despedirla cuando, entre las risas de la gente que estaba detrás de ellos, escuchó el cálido y rico tono de la risa de Caroline.

Sobre la marcha se le ocurrió un plan que llevó a la práctica sin consideraciones posteriores.

—¡Qué bien me conoces, cariño! —le contestó a la aliviada lady Mortland.

Con la facilidad nacida de las innumerables horas de experiencia, entabló una conversación del tipo que le gustaban a lady Mortland y enseguida la tenía riéndose alegremente y coqueteando a su gusto, con los ojos y el abanico. Deliberadamente, la guió hasta la pista de baile y cazó al vuelo la sorpresa inocente reflejada en el semblante de Caroline.

Sonriendo maliciosamente, Max condujo a Emma hasta los límites del coqueteo aceptable para después, satisfecho con la escena que había montado, levantar la vista y ver el efecto que la visión de lady Mortland entre sus brazos estaba teniendo en Caroline. Para disgusto suyo, descubrió que ella ya no estaba donde antes. Tras buscarla frenéticamente con la mirada, localizó a Caroline bailando con el señor Willoughby; el mismo Willoughby que estaba duplicando sus atenciones hacia ella.

Tenía la intención de librarse de Emma en cuanto terminara el baile, pero, como al terminar la pieza se quedaron junto a Caroline y su acompañante, Emma tuvo la oportunidad de disfrutar del innegable aunque extraño encanto de Max. Este se inclinó hacia adelante e invitó a Emma a contemplar la belleza del jardín bajo la luna.

—No contéis más conmigo —dijo Darcy Hamilton, lanzando las cartas sobre la mesa.

Los demás jugadores no se sorprendieron al verlo marchar; normalmente era un excelente jugador, pero aquella noche tenía la cabeza en otro sitio.

Ya en el salón de baile, Darcy se paró a buscar a su presa. Como si hubiera notado su presencia, Sarah se volvió mientras se acercaba a ella. Antes de que

podiera abrir la boca, Darcy la había arrastrado a la pista.

Ambos eran excelentes bailarines y, afortunadamente, lograron aparentar una calma que apagó el interés de los curiosos.

Sarah contempló el apuesto semblante que tenía delante y se le encogió el corazón al verlo cansado y triste. No tenía idea de cómo terminaría aquella relación suya, pero parecía que a los dos les estaba haciendo muchísimo daño. Darcy Hamilton llenaba sus pensamientos día y noche, pero, a pesar de que ella le había animado, él se había negado a hablar de matrimonio. Por el contrario, le había ofrecido introducirla a un mundo de ilícitas delicias que irían aumentando con el tiempo. Pero ella no podía, no lo aceptaría. Daría cualquier cosa por ser su esposa, pero no tenía ninguna intención de convertirse en su amante.

Con el mayor tacto posible, lady Benborough le había dejado caer que no él nunca había estado interesado en tener una esposa y una familia, sino que se contentaba con sus amantes y algún romance de vez en cuando. Ella sabía que Augusta iba bien encaminada, por lo que lo mejor sería terminar con aquella historia lo antes posible.

Al ver la tristeza reflejada en las aguas de sus oscuros ojos, Darcy maldijo para sus adentros. Había momentos en que deseaba hacerle daño en pago a los sufrimientos por los que le estaba haciendo pasar, pero cualquier dolor que sintiese parecía rebotar en él. Como muy bien había dicho lady Benborough, él estaba contento con su vida de soltero hasta que conoció a Sarah Twinning. A pesar de la reacción que sabía despertaba en ella, se negaba a los placeres que él estaba ansioso de enseñarle y, a cambio de dichos placeres, le ponía el matrimonio como una pistola en la sien. La idea de sentirse obligado a dar ese paso le horrorizaba. Si continuaba inflexible con él, tendría que abandonar Londres hasta que terminara la temporada, pues estaba seguro de que no podría soportar aquella tortura durante más tiempo.

Al terminar la pieza, Sarah se fue a separar de él, pero este la asió con fuerza, obligándola a girar hacia el otro lado.

—Solo quiero que hablemos; vayamos al jardín.

Hasta el momento, Sarah había intentado no estar a solas con él, pero, al contemplar sus pálidos ojos grises y ver su propia infelicidad reflejada en ellos, consintió asintiendo con la cabeza.

Sin prisa, Darcy la condujo hasta el final de la terraza y escaleras abajo hasta un sendero solitario. Al final de este, había una casita de verano

apartada pintada de blanco, que brillaba entre las sombras de la noche.

El camino que conducía hasta ella serpenteaba de tal manera que quedaba oculta entre los arbustos y las flores. Como Darcy había esperado, la encontraron desierta. Invitó a Sarah a pasar por la estrecha puerta y dejó que se cerrara. Sarah se paró en el medio y se volvió a mirarlo. Darcy también se detuvo, no sabiendo bien por dónde empezar, para después colocarse delante de ella y tomarle las manos. Tras unos momentos frente a frente, Darcy inclinó la cabeza y sus labios se encontraron con los de ella.

Sarah, seducida por el entorno, la luz de la luna y el hombre que tenía delante de ella, permitió que él la tomase, sin resistencia, entre sus brazos. La magia de aquellos labios sobre los suyos la persuadió más de lo que lo había hecho nada hasta ese momento. Atrapada por un torrente de pasión, traspasó las fronteras del pensamiento. Entreabrió los labios y gradualmente los besos se hicieron más profundos hasta que, con la luz de la luna como testigo, él le robó el corazón.

Fue una caricia más íntima lo que de pronto le devolvió a la tierra. Horrorizada, se zafó de sus brazos y echó a correr. Instintivamente lo hizo en dirección contraria a la casa grande, por detrás de los arbustos y flores que rodeaban la casita de verano. Finalmente llegó a un claro donde había un pequeño jardín en medio de los macizos de arbustos. Vislumbró un banco de mármol en medio de un cenador y se sentó allí ocultando la cara entre las manos.

Darcy, que la había seguido poco después guiándose por el ruido de sus pasos, llegó por fin al pequeño jardín donde encontró la desalentada figura acurrucada sobre el banco.

Durante ese tiempo, Sarah había recuperado el raciocinio y más que nada estaba enfadada, consigo misma por ser tan débil que un único beso pudiera vencer sus defensas y con Darcy por haber ingeniado aquella escenita. Mientras afianzaba la fuerza necesaria para no volverlo a ver, se materializó a su lado. Con una exclamación entrecortada, se puso de pie.

Darcy le agarró la mano para que no volviera a escaparse.

—Haga el favor de soltarme, lord Darcy.

Al oír su voz, Darcy se dio cuenta de que estaba furiosa y aquello no hizo más que suscitar su propio enfado.

—Solo si me da su palabra de que no saldrá corriendo. Tenía la intención, querida mía, de hablar con usted acerca de nuestra curiosa relación.

—No creo que haya nada que discutir —dijo, ansiosa de poner fin a la entrevista.

—Entonces, ¿negaría que hay algo entre nosotros?

Su tono sombrío la hizo estremecerse, pero levantó el mentón y volvió la cara hacia el otro lado.

—Lo que haya entre nosotros no está definido.

Aprovechando su posición, Darcy se colocó detrás de ella y la asió por la cintura, pegándose a ella hasta que esta contuvo la respiración.

—Muy bien, querida, parece que ahora hay bastante poco entre nosotros. ¿Qué le parece si nos concentramos en nuestra relación? —Darcy ya estaba en ello pues sus labios descendían ya por su garganta, proporcionándole un sinfín de maravillosas sensaciones las cuales hizo lo posible por ignorar—. Si se convirtiera en mi amante, piense en todas las sendas de gozo que podríamos recorrer juntos.

—¡No quiero ser su amante! —dijo Sarah casi gimiendo—. ¡Darcy, quieto! Sabe que no debería estar haciendo esto.

—Sí, lo sé, pero lo que quiero es hacerle el amor —sus labios seguían pegados a su garganta—. Como de momento no me lo permite, tendré que contentarme con esto.

Después, Darcy no pudo entender cómo había ocurrido. Tenía tanta experiencia con las mujeres como Max y anteriormente jamás había perdido el control como lo hiciera aquella noche. Habría deseado darle solo un atisbo de los placeres que podían disfrutar juntos, pero resultó que ella respondió con mayor fervor del esperado y que su propio deseo era más fuerte de lo que estaba dispuesto a admitir.

¿Cómo demonios iba a librarse de ella?

Max, con lady Mortland del brazo, había atravesado ya la terraza dos veces y no tenía intención alguna de descender a las sombras del jardín.

Por otra parte, lady Mortland esperaba a que comenzaran sus atenciones y estaba sorprendida por su falta de ardor.

Al dar la vuelta en un extremo de la terraza, Max vio a Caroline salir del salón y asomarse por la balaustrada como si buscara a alguien. Emma Mortland, parloteando a su lado, no la vio. Con los reflejos necesarios para ser uno de los vividores más notables de la alta sociedad, Max llevó a lady

Mortland de vuelta al salón por la puerta que estaban a punto de pasar.

—Un tutor nunca está libre durante mucho tiempo, querida —dijo Max casi a punto de largarse.

—Quizá nos veamos mañana en el parque.

Max sonrió.

—Todo es posible.

Bordeó todo el salón de baile para luego salir por la puerta por donde lo había hecho su pupila. Al llegar a la terraza, estuvo a punto de tirarla al suelo cuando ella se dispuso a volver al salón, pero con la cabeza vuelta hacia los jardines.

—Oh —exclamó al encontrarse temporalmente en brazos de su tutor.

Por la expresión en su cara, Max supo que no lo había estado buscando a él. Le colocó la mano sobre su propio brazo y se la cubrió con la suya para reconfortarla.

—¿Qué ocurre?

Caroline no vio manera de evitarlo. Se puso a caminar a su lado, siguiendo inconscientemente sus pasos.

—Es Sarah. Lizzie dice que la vio salir con lord Darcy hace más de veinte minutos. Todavía no han regresado.

En la tenue luz del jardín, Max puso mala cara. Sabía que habría problemas.

—Sé dónde pueden estar. Hay una caseta de verano al fondo de los jardines; creo que es mejor que venga conmigo.

Asintió con la cabeza y se encaminaron hacia la caseta.

Al cruzar la puerta, solo encontraron un trozo del lazo de Sarah que Max levantó del suelo.

—Parece que han estado aquí —comentó Max.

—Pero ¿dónde estarán ahora?

—Probablemente de vuelta a la mansión. No hay lugar alguno en este jardín bueno para los propósitos de Darcy y probablemente su hermana le haya convencido para regresar a lugares menos solitarios.

—Bueno, entonces, será mejor que volvamos —dijo Caroline, sacudiendo el lazo.

—En un instante —contestó Max.

Su tono la avisó al segundo y extendió el brazo para detenerle.

—¡No, esto es absurdo!

A pesar de la mano, Max consiguió arrastrarla a sus brazos con suavidad.

—Absurdo, ¿verdad? Pues siga pensando lo absurdo que es mientras yo continuo deleitándome con la dulzura de sus labios.

Sin saber por qué, Caroline se quedó inmóvil bajo sus labios y al poco entreabrió los suyos, dejando que su lengua se adentrara a explorar con delicadeza, provocando sus sentidos. El tiempo pareció detenerse, sintió que le abandonaba la voluntad al tiempo que se fundía entre sus brazos.

Max sabía que la seducción no era un arte que pudiera desplegar apresuradamente. De mala gana, levantó la cabeza y le sonrió maliciosamente.

—¿Aún le parece absurdo?

Definitivamente, Caroline no estaba ahí en ese momento pues lo contemplaba embobada.

Al verla así, Max se echó a reír y tomándola del brazo la hizo girar hacia la puerta.

—Creo que tiene toda la razón: será mejor que volvamos.

Sarah volvió a la realidad como si le hubieran echado encima un jarro de agua fría. Se levantó y comprobó que su vestido estaba en regla, aunque vio que había perdido un lazo de una manga.

Darcy llevaba ya un buen rato pensando en cómo reaccionaría Sarah. Al levantarse ella, hizo ademán de verle el semblante, pero ella lo apartó obstinadamente. Finalmente, la tomó de las manos y se puso delante de ella.

—Querida, ¿está bien?

Aquella nota de sinceridad en su tono de voz hizo que Sarah perdiera el control.

—¡Pues claro que no estoy bien! ¿Cómo se atreve a aprovecharse de mí?

Enfurecida por su falta de comprensión, le dio una bofetada.

Durante un momento reinó un absoluto silencio. Luego, Sarah empezó a sollozar mientras se daba media vuelta con la cabeza agachada.

—Será mejor que volvamos a la casa —dijo en un tono de voz desprovisto de emoción.

Al llegar al final de las escaleras que llevaban a la terraza, Darcy se volvió.

—Sería preferible que entrara primero.

Sarah asintió sin mirarlo y se fue.

Caroline y Max volvieron al salón e inmediatamente apareció Lizzie del brazo de uno de sus jóvenes acompañantes. Lo despidió muy cortésmente antes de volverse a su hermana y su tutor.

—Sarah regresó poco después de irnos vosotros a buscarla; se ha marchado con lady Benborough y la señora Alford a casa.

—¿Por qué?

Lizzie miró a Caroline y esta asintió.

—Sarah estaba disgustada por algo —dijo mientras Max miraba alrededor del salón—. Lord Darcy volvió poco después de hacerlo Sarah; también se ha marchado.

Con un suspiro, Max se dio cuenta de que no había nada más que hacer esa noche. Buscaron a Arabella y salieron de Overton House. Caroline, en silencio, considerando el problema de Sarah, y Max, preguntándose si iba a tener que esperar hasta que su amigo resolviera aquel dilema antes de que él tuviera el campo libre para dedicarse a sus propios asuntos.

Capítulo 6

Max dio un largo sorbo a su copa de coñac y disfrutó de aquel calor que le bajaba por la garganta. Estiró las piernas y se acomodó en la butaca de suave cuero.

Desde el comienzo de la temporada, aquella noche era la primera que pasaba en casa tranquilamente y en verdad lo necesitaba. ¿Quién le hubiera dicho que cuatro pupilas pudieran cambiar tan radicalmente su hasta entonces ordenada existencia?

Y la única razón por la que estaba en casa aquella noche era porque Sarah, todavía afectada por su encuentro con Darcy la noche anterior, había decidido no salir y Caroline se había quedado con ella.

Sin embargo, todavía no se sabía nada de lo que había pasado entre Darcy y Sarah aunque, conociendo a Darcy, muy bien podía imaginárselo.

Aquel mediodía había salido de Delmere House con la intención de encontrar a lord Darcy y pedirle una explicación. Finalmente consiguió dar con él en Manton, una galería de tiro. Solo con mirarlo una vez había bastado para tranquilizarse. Darcy terminó de tirar, bajó la pistola y se volvió hacia él.

—¿No me preguntes!

Y así se quedó callado. Juntos pasearon por la ciudad y terminaron en un pub, bebiendo ginebra. Solo en ese momento Darcy volvió al tema que los ocupaba a los dos.

—Voy a salir de la ciudad.

—¿Eh?

Darcy se pasó la mano por los primorosamente cortados rizos dorados, despeinándolos por completo.

—Me voy a Leicestershire; necesito tomarme unas vacaciones.

Max asintió extrañado. Sabía que las fincas mayores de lord Darcy estaban en Leicestershire y que, debido al enorme número de caballos que criaba, siempre tenía que estar muy al tanto de todo. Pero, en general, Darcy se las arreglaba para manejar sus negocios desde la ciudad.

—Ahora que lo pienso se me ocurre otra idea mejor. Me iré a Irlanda, que está más lejos.

Como Max sabía, el hermano de lord Darcy residía en las fincas familiares de Irlanda.

Darcy jugueteaba con el vaso, haciéndolo rodar de una mano a otra.

—En lo referente a Sarah...

—¿Sí? —dijo Max mirando fijamente su propio vaso.

—No le hice nada, pero no estoy del todo seguro de que ella sepa lo que ocurrió. Por eso pensé dejarlo en tus manos.

—Muchas gracias —replicó Max—. ¿Cómo demonios quieres que averigüe lo que ella piensa y luego le explique que está equivocada? —le pareció una idea horrible.

—Pensé que podrías hacerlo a través de la señorita Twinning —dijo Darcy, sonriendo por primera vez aquel día.

—No he ido tan lejos con ella como tú. La señorita Twinning y yo tenemos mucho camino por andar antes de poder llegar a tener una discusión tan íntima.

—Muy bien —suspiró Darcy—. Solo espero que tengas mejor suerte que yo.

—¿Estás tirando la toalla?

Darcy se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera —dijo quedándose después en silencio—. Tengo que alejarme un tiempo de aquí.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Quién sabe; todo el que sea necesario, me imagino.

Dejó a Darcy haciendo la maleta en su casa de Hamilton House para volver a la comodidad de la suya propia y pasar una noche en calma, pensando en sus pupilas. A primera vista, se había dado perfecta cuenta de los hombres que las Twinning atraían y no había duda de que ellos respondían a tales hombres. Incluso Arabella parecía empeñada en lidiar con los más vividores. Afortunadamente, Lizzie parecía demasiado callada y amable como para tomar el mismo camino. Tres vividores en la familia serían más que suficientes.

¿Familia? ¿Por qué había pensado en eso?

De pronto se oyó un ruido en la puerta que le sacó de sus cavilaciones. Max echó un vistazo al reloj y frunció el ceño: demasiado tarde para ser una visita. Llegó al vestíbulo a tiempo para ver a Hillshaw y a un lacayo en la puerta.

—Sí, no pasa nada, Hillshaw, no soy un inválido.

Aquella voz hizo que Max se adelantara.

—¡Martin!

El capitán Martin Rotherbridge volvió la cabeza de castaño cabello para saludar a su hermano mayor.

—Hola Max, como puedes ver, he vuelto. Los malditos franceses me hicieron un agujero en el hombro.

Max vio el bulto de vendas que deformaba el abrigo de su hermano mientras le estrechaba la mano con cariño.

—Pasemos a la biblioteca. ¿Hillshaw?

—Sí, Su Excelencia, prepararé algo de comer.

Una vez cómodamente sentados junto al fuego, con un plato de fiambre y una copa del mejor coñac para Martin, Max empezó con sus preguntas.

—No, tienes razón —decía—, no ha sido solo por la herida. Dicen que esta se me curará pasado un tiempo y haciendo reposo —Max esperó pacientemente a que su hermano repusiera fuerzas antes de continuar—. No. Me rendí simplemente porque, ahora que ha pasado toda la acción, es muy aburrido estar allí. La mitad del día nos la pasamos sentados jugando a las cartas y la otra mitad recordando todas las mujeres con las que hemos estado —sonrió en un gesto muy similar al de Max—. Me pareció que se me estaban terminando las anécdotas; por eso decidí volver a casa y aprovisionarme con una reserva nueva.

Max le devolvió la sonrisa. Aparte de la herida del hombro, Martin tenía buen aspecto. Vio unas finas arrugas que no tenía antes de marcharse, pero aquellas no hacían más que señalar que Martin había visto más de veinticinco veranos y que tenía experiencia en muchas cosas. El hermano mayor estaba encantado de saber que había vuelto a la vida de civil, pues aparte de la preocupación por su hermano menor, Martin era ahora el heredero del ducado de Twyford. Las fincas del ducado de Twyford eran problemáticas. Mientras se preguntaba por dónde empezar, Max observaba la esbelta figura de su hermano recostada en la butaca.

Antes de que pudiera abrir la boca, Martin se le adelantó.

—¿Cómo te sienta que te llamen Su Excelencia?

En unas cuantas frases concisas Max se lo contó, para pasar seguidamente a relatarle los problemas que había en torno a las fincas de su difunto tío.

De pronto se dio cuenta de la cara de cansancio que tenía Martin y acertó su información.

—Es hora de irse a la cama, mocososo; estás muy cansado.

—¿Cómo? —dijo Martin con los ojos entrecerrados—. Ah, sí, todavía no he conseguido recuperar fuerzas del todo. Llevo viajando desde el amanecer.

Max ayudó a su hermano a levantarse. Vistos así juntos de pie las similitudes entre los dos hermanos eran muy grandes. Max era todavía algo más alto que su hermano y, al ser nueve años mayor que él, era más ancho de pecho y de hombros. Aparte de eso, no había muchas más diferencias. Martin tenía el pelo algo más claro que su hermano y sus facciones eran más suaves que las de Max, pero la intensidad de los ojos azules de los Rotherbridge brillaba en ambos rostros por igual.

—Es estupendo estar de vuelta a casa —dijo Martin, sonriendo a Max.

—Buenos días, Hillshaw. Soy Lizzie Twinning. He venido a devolver este libro a Su Excelencia.

Mientras cruzaba graciosamente el umbral de Delmere House, guapísima con un vestido color lila, Hillshaw hizo un gran esfuerzo por articular palabra.

—Su Excelencia no está en casa en este momento, señorita, pero a lo mejor su secretario, el señor Cummings, pueda ayudarla.

—Espérame aquí, Henessy —le dijo a su criada mientras Hillshaw la ayudaba a quitarse el sombrero—. No tardaré.

Inmediatamente, el señor Cummings salió de la oscuridad del vestíbulo anterior.

—¿Señorita Lizzie? Me temo que el señor no está en casa —viendo de pronto el libro que Lizzie tenía en la mano, sonrió—. Ah, veo que ha traído los versos de lord Byron. ¿Le gustaría quizá leer su siguiente libro? ¿O a lo mejor una de las obras de la señora Linfield se ajustaría más a su gusto?

Max les había prometido a sus pupilas prestarles cualquier libro que desearan leer. Pero, en vez de permitirles que rebuscaran libremente por la biblioteca, que contenía también un número de ejemplares no aptos para sus ojos, había delegado totalmente la tarea de buscar los libros que desearan a su secretario. Consecuentemente, el señor Cummings se sentía competente para afrontar el asunto.

—¿Sería tan amable de esperar en la sala, señorita?

Con otra de sus arrebatadoras sonrisas, Lizzie le tendió el libro al señor Cummings, diciéndole en voz baja que le encantaría una de las obras de

Linfield. Al volverse para seguir a Hillshaw su mirada se detuvo en una figura que emergía de las sombras de la biblioteca.

Martin, que esperaba impacientemente la vuelta de su hermano para reanudar sus actividades normales, escuchó de pronto una voz femenina en el vestíbulo. Intrigado, había ido a investigar.

Lo primero que pensó fue que su hermano había permitido a una de sus amantes ir a visitarlo a la casa, pero al ver a una criada sentada esperando en el vestíbulo supo que lo que tenía delante era una joven dama. Dio un paso hacia adelante.

Martin se permitió contemplar la deliciosa figura que tenía delante lentamente para no asustarla.

—Hillshaw, creo que será mejor que nos presente.

El mayordomo estuvo a punto de permitirse fruncir el ceño de su imperturbable semblante, pero se contuvo.

—Capitán Martin Rotherbridge, la señorita Lizzie Twinning. La joven dama es la más joven de las pupilas de Su Excelencia.

Sorprendido, Martin se volvió a mirar a Hillshaw.

—¿Pupilas? —la noche anterior no había escuchado muy bien lo que le había estado contando su hermano, pero estaba seguro de que no había mencionado nada acerca de unas pupilas.

Lizzie, liberada de aquella mirada hipnotizadora, habló con un tono de voz tan suave que contrastaba con las voces masculinas.

—Sí, mis hermanas y yo somos las pupilas del duque ¿sabe? —le tendió la mano—. ¿Cómo está? No sabía que el duque tuviera un hermano. Solo me he acercado a dejar unos libros que Su Excelencia nos prestó.

Martin tomó la pequeña mano enguantada y automáticamente se inclinó sobre ella. Al incorporarse, se puso a su lado y le colocó la mano sobre su brazo.

—En ese caso, Hillshaw tiene razón; debería esperar en la sala —el alivio de las caras de Hillshaw y el señor Cummings desapareció al escuchar lo siguiente—. Y yo le haré compañía.

Una vez dentro, sin darse ni cuenta de lo preocupados que se habían quedado los sirvientes de su tutor, Lizzie levantó la cabeza y sonrió a la fuente de aquella preocupación.

—¿Hace mucho que son las pupilas de mi hermano? —preguntó Martin.

En pocas palabras, Lizzie le explicó la historia. Aunque ligeramente

confusa, Martin consiguió adivinar la verdad.

—¿Les gustó América? ¿Estuvieron allí mucho tiempo?

Poco a poco consiguió lo que deseaba; Lizzie se relajó completamente,.

Mientras la escuchaba, Martin se movió ligeramente para colocarse más cómodamente el hombro. Pero Lizzie registró el movimiento y divisó el vendaje, hábilmente escondido bajo la chaqueta.

—¡Está herido! —se inclinó hacia adelante con preocupación—. Le dolerá terriblemente.

—No, no. El enemigo tuvo suerte, eso es todo. Pronto se me curará, se lo aseguro.

—¿Estaba en la Armada? —dijo Lizzie, abriendo mucho los ojos—. ¡Oh! Por favor, cuénteme cómo fue. Seguramente sería emocionante.

Para sorpresa de Martin, se vio a sí mismo relatándole a Lizzie los horrores de la campaña y los ocasionales incidentes graciosos que habían alegrado un poco sus días.

Siempre había pensado que se le daban bien los interrogatorios, pero las persistentes preguntas de ella lo dejaban impresionado. Incluso consiguió arrancarle la razón por la que tenía que salir aquella mañana. Su pronta simpatía lo envolvió con un calor y una especie de sentimiento paternalista que inmediatamente se le subió a la cabeza.

Entonces, llegó el señor Cummings con los libros deseados. Lizzie los miró y los colocó en la mesita que tenía al lado, ignorando abiertamente al secretario del duque, quien claramente se había quedado esperando para acompañarla hasta la puerta.

—Está bien, Cummings. La señorita Twinning se ha compadecido de mí y ha decidido tenerme entretenido hasta que regrese mi hermano.

Lizzie, como si estuviera en casa, sonrió despreocupadamente al señor Cummings, de forma que el hombre no tuvo otra opción que retirarse.

Una hora más tarde, Max cruzaba el umbral de su casa. Lo recibió Hillshaw visiblemente agitado.

—La señorita Lizzie está en la sala con el señorito Martin.

Max se quedó helado y se limitó a asentir a su mayordomo.

—Muy bien, Hillshaw.

Al abrir la puerta de la sala, lo que vio allí dentro no fue ni mucho menos lo

que se esperaba. Martin estaba sentado en una butaca y Lizzie en otra frente a él, encorvada hacia adelante, pensativa con lo que tenía delante sobre una pequeña mesa situada entre ellos. Al darse la vuelta, Max descubrió para su sorpresa que estaban jugando a las damas.

Max levantó la vista.

—¡Oh! Está de vuelta. Estaba entreteniendo a su hermano hasta que volviese —Max pestañeó, pero Lizzie no se enteró de lo que implicaban sus palabras —. ¡Oh, Dios mío! No me he dado cuenta de lo tarde que es; debo marcharme. ¿Dónde están los libros que me ha traído el señor Cummings?

Martin se los alcanzó y, bajo la mirada escéptica de su hermano, la despidió. Max, al ver la expresión en los ojos de su hermano, tuvo ganas de gritar. Aquello era ya demasiado.

Max acompañó a Lizzie a la puerta y después volvió a la biblioteca. Pero, antes de empezar a hablar, Martin se le adelantó.

—No me habías dicho que habías heredado cuatro pupilas.

—Pues bien, así ha sido —dijo Max, acomodándose en una silla frente a su hermano.

—¿Son todas así? —preguntó Martin, tembloroso.

Max contestó con un gemido.

—¡Peor aún!

Martin miró a su hermano pensativo durante unos segundos y después esbozó una amplia sonrisa.

—¡Dios mío!

—Precisamente por ser así las cosas, te sugiero que revises esos planes que estabas haciendo para Lizzie Twinning.

—¿Y por qué? —Martin sonrió aún más ampliamente—. Eres tú el tutor; además, no me irás a hacer creer que si la situación fuera la opuesta tú harías caso alguno a lo que me acabas de decir ¿no? Además, está como una ciruela madura, en su punto para comer.

—Permíteme informarte —empezó Max—. Para empezar, tengo nueve años más que tú y no hay nada en estos menesteres que yo no conozca. Sin embargo y, aparte de todo eso, puedo asegurarte que las hermanas Twinning, por muy en su punto que estén, no es probable que caigan en manos de nadie sin una previa proposición de matrimonio.

A Martin le cambió de momento la cara, pues no dudaba de la veracidad de las palabras de su hermano. Le había gustado mucho Lizzie Twinning y no

quería renunciar a llevarla a su terreno.

—¿En serio? —dijo levantando la cabeza hacia su hermano.

Max le contó con pelos y señales el caso de Darcy Hamilton, cuya reputación en asuntos amorosos Martin conocía bien.

—Por eso te digo, hermano, que si deseas enredarte con una de las Twinning, te sugiero que pienses primero cuánto te vas a jugar en esa mano.

El pesado carruaje de los Twyford se balanceaba tras el endeble coche de Delmere. Lady Benborough se colocó la peluca que se había movido ligeramente al dar una curva particularmente cerrada. Por primera vez desde que se embarcara en la cruzada de encontrarles marido a las hermanas Twinning, Augusta Benborough se sintió algo nerviosa. Estaba jugando con fuego y lo sabía, pero aun así no se arrepentía de ello.

El ver juntos a Max y a Caroline en el vestíbulo de Twyford House había hecho que se estremecieran sus viejos huesos. En cuanto a Sarah, Darcy Hamilton había ido demasiado lejos como para desistir, resistirse y retirarse. Ciertamente, él aún no lo sabía, pero el tiempo se encargaría de castigarlo por haber escapado de la trampa. Sus sagaces ojos azules examinaron el pálido semblante que tenía delante. Aun bajo aquella tenue luz, la tensión de aquellos días pasados era evidente. Afortunadamente, nadie sabía nada de aquel contratiempo.

La pícara de Arabella había elegido un hueso particularmente duro de roer. Aun así, no podía menos que secundar el gusto de la muchacha. Hugo Denbigh era un adonis, de buena familia, con una planta estupenda y maneras afables. Desgraciadamente, era tan fácil de complacer que se contentaba tanto en la compañía de cualquier muchacha sosa como en la de Arabella.

Mientras su mente se ocupaba en tales menesteres, su mirada se posó en la pequeña Lizzie, dulce pero lejos de parecer recatada con aquel vestido de gasa plateada con un toque de color de los bordados lila. Una suave sonrisa embelleció sus labios de perfección clásica. Augusta frunció el ceño preguntándose a qué venía aquella sonrisa. ¿Se habría perdido algo?

Bueno, quien quiera que fuese el causante de ella estaría en la fiesta; tendría que vigilar a la más joven de sus muchachas de cerca. Lizzie era demasiado joven para permitirse las licencias que sus hermanas, más experimentadas, daban por hecho.

Se recostó sobre el respaldo de terciopelo y sonrió. Sin duda, se estaba preocupando por nada. Lizzie tenía el aspecto de una Twinning, pero era demasiado seria e inocente como para atraer a un vividor.

Capítulo 7

A Martin le confundieron las últimas palabras que había pronunciado su hermano sobre las hermanas Twinning, pero hasta que no las vio en la fiesta de lady Montacute no adivinó lo que le había llevado a su hermano a pronunciarlas. Había pasado la tarde visitando a algunos viejos amigos, que habían acabado pidiéndole que les presentase a las hermanas Twinning. Al final, creyó que lo mejor era seguir a las hermanas Twinning aquella noche. Su ordenanza y mayordomo, Jiggins, le había asegurado que Max en persona acompañaba a sus pupilas a los compromisos nocturnos. Martin, a quien le costaba creer aquello, se apostó cerca de una gran planta desde donde tenía una estupenda vista de la entrada y vio a Max llegar rodeado por las Twinning. Cuando por fin se dio cuenta de que la preciosa criatura que iba del brazo de su hermano era la mayor de sus pupilas, de repente lo vio todo claro.

Al adelantarse para reservar un baile con Lizzie, Martin estaba lo suficientemente cerca de su hermano como para ver la expresión en sus ojos al inclinarse a decirle algo al oído a la señorita Twinning.

Arqueó las cejas y apretó los labios en señal de sorpresa. En ese momento, las palabras que su hermano le había dicho aquella mañana resonaron de nuevo en sus oídos y sonrió. ¿Cuánto estaba su hermano dispuesto a jugarse?

El resto de la velada, Martin se la pasó urdiendo y planeando. Utilizó la herida en el hombro como excusa para no bailar y así pudo pasarse todo el tiempo observando a Lizzie Twinning. Cada vez que terminaba un baile, Lizzie volvía a su lado, ya que tras su conversación de la mañana estaba convencida de que necesitaba alguien que lo animara. Con mucha sutileza, fue tanteándola con cada uno de sus esperanzados pretendientes y respiró aliviado al ver que no le atraía ninguno en especial.

Empezó en serio con su plan cuando los músicos empezaron a tocar el baile que él le había pedido.

—Querida Lizzie, siento muchísimo decepcionarla pero es que... —dejó que el tono de voz se volviese más débil.

El dulce semblante de Lizzie se tornó preocupado.

—Oh, ¿se encuentra mal? Quizá pueda pedirle a la señora Alford las sales para usted.

Martin sofocó la respuesta instintiva de reaccionar de manera demasiado contundente. En vez de ello, hizo un gesto con la mano.

—¡No! ¡No! No se preocupe por mí —sonrió con tristeza, dejando que su mirada azul brillante descansara, con efecto calculado, sobre los ojos marrón grisáceos de la muchacha—. Pero tal vez le gustaría bailar con alguno de sus pretendientes. Estoy seguro de que el señor Mallard estaría encantado.

Hizo un movimiento como para llamar a aquel caballero, el más asiduo de sus pretendientes.

—¡Santo cielo, no! —dijo Lizzie agarrándole la mano para prevenirlo—. No haré tal cosa. Si se encuentra mal, me quedaré con usted.

Continuó agarrándole la mano y de su parte Martin no hizo nada para deshacerse de aquella cálida sensación.

Cerró los ojos momentáneamente como si se sintiera algo desmayado.

—La verdad —dijo abriéndolos de nuevo— es que creo que todo este ruido y este calor son los responsables de que me sienta mal. A lo mejor si saliese un rato a la terraza se me despejaría la cabeza.

—¡Qué buena idea! —dijo Lizzie, levantándose.

—Bueno, el caso es que supongo que sería mejor si voy solo —dijo sonriéndole como un hermano—. Cualquiera podría pensar mal si salimos los dos juntos.

—¡Tonterías! —dijo Lizzie—. ¿Por qué iba nadie a pensar mal? Solo estaremos unos minutos y, de todas formas, soy la pupila de tu hermano.

Como no faltaba mucho para la hora de la cena, en la terraza solamente había dos parejas, que pronto volvieron al salón. Martin, con el pensamiento muy lejos de la comida, se dejaba aparentemente llevar por Lizzie. Después de una inspección disimulada de los alrededores, hizo una dramática pausa al llegar al fondo de la terraza.

—Creo que sería mejor que me sentara.

Lizzie miró a su alrededor consternada; no había bancos en la terraza.

—Hay un asiento bajo ese sauce, creo —dijo Martin haciendo un gesto hacia el otro lado del césped.

—Venga, apóyese en mí —dijo Lizzie.

Martin le echó atentamente el brazo por los hombros y al sentir sus

pequeñas manos agarrándolo por la cintura se sintió culpable. Era tan confiada... que le daba pena hacerla cambiar.

Al llegar al sauce, apartaron las lánguidas y suaves ramas para acceder al banco de madera blanco que estaba detrás. Por entre los huecos de las hojas y ramas se filtraban los rayos de luna suficientes para poder verse la cara. Martin se sentó con señales evidentes de debilidad.

Lizzie se sentó a su lado, aún agarrándolo de la mano y poniéndose de frente a él para poder mirarlo a la cara.

La cara de Martin quedaba en la sombra, pero un rayo de luz que le pasaba por el hombro fue a bañar el rostro de Lizzie. Esta no podía ver la expresión que encendía sus ojos azul profundo mientras la devoraba con la mirada, desde el rostro hasta las redondeadas líneas que mostraban un generoso escote. Con mucho cuidado, Martin volvió la mano para que fuese él el que le agarraba la suya y no al contrario.

Tras unos momentos, Lizzie ladeó la cabeza y le preguntó suavemente:
—¿Está bien?

Martin estuvo a punto de contestarle con la verdad; o sea, que no estaba bien. La había llevado allí fuera para seducirla y en ese momento sentía como una especie de fuerza que lo frenaba. ¿Qué le estaba ocurriendo?

—Deme solo un momento —dijo tras aclararse la garganta.

Una ligera brisa removió las ramas de los sauces y la proyección de la luz cambió. Lizzie vio que tenía el entrecejo fruncido, por lo que retiró la mano de la suya y le pasó los dedos suavemente por la frente, como para borrar aquella mueca. Luego, para sorpresa de Martin, se inclinó hacia adelante y, con mucha delicadeza, le rozó los labios con los suyos.

Al retirarse ella, vio que Martin tenía todavía peor cara que antes.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó con dureza.

Incluso bajo la tenue luz logró vislumbrar la confusión en su rostro.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento tanto. Por favor, perdóneme; no debería haberlo hecho.

—Maldita sea, claro que no —rugió Martin, que había dejado caer la mano sobre el banco de madera y la apretaba con fuerza para contenerse y no tomar a aquella mujer entre sus brazos—. Pero, ¿por qué lo hizo?

—Solo es que parecía tan..., bueno, tan preocupado; solamente deseaba ayudarle —dijo con un hilo de voz que se perdió en la noche.

Martin suspiró con frustración.

—Supongo que pensará que soy muy atrevida, pero... —esta vez no fue capaz de terminar la frase.

En realidad, Martin pensaba que era adorable y le dolía por dentro del esfuerzo que estaba haciendo para no lanzarse sobre ella. Se le había puesto un dolor de cabeza que no tenía cuando salieron al jardín.

—Será mejor que volvamos adentro y olvidemos el incidente.

Al ayudarla a levantarse y agarrarla por el brazo, un desagradable pensamiento le asaltó.

—No iré por ahí besando a todos los hombres que tienen mala cara, ¿no?

—¡No! ¡Por supuesto que no! —dijo con genuina sorpresa.

—Bien —dijo Martin preguntándose por qué aquella información le había alegrado tanto—; límitese a dominar esos impulsos, excepto cuando esté conmigo, claro está. Me atrevo a decir que conmigo es totalmente correcto, dadas las circunstancias. Después de todo, es usted pupila de mi hermano.

Lizzie, aún sorprendida por su descarado comportamiento y el repentino impulso que la había llevado a ello, le sonrió confiada.

Caroline sonrió con aquella sonrisa tantas veces ensayada y deseó por centésima vez que Max Rotherbridge no fuera su tutor.

Mientras describía círculos sobre el piso del salón en los respetables brazos del señor Willoughby, quien ella sabía que se acercaba cada vez más a declararse a pesar de sus intentos de desalentarlo, era consciente de que donde deseaba estar era entre los brazos no tan delicados de su tutor. Suspiró y disimuló aquel descuido sonriéndole a los dulces ojos, ligeramente algo más abajo que los de ella. No era que despreciara a los hombres bajos, simplemente que carecían de la habilidad de hacerla sentir vulnerable y delicada, femenina, como su tutor la hacía sentir. En realidad, estaba empezando a preocuparse por lo desvalida que se sentía entre sus brazos.

Mientras bailaba, divisó a Sarah haciendo lo propio con uno de sus pretendientes, intentando, no con demasiado éxito, aparentar que se estaba divirtiendo. Se compadeció de su hermana. La noche anterior no habían salido y Sarah le había contado en secreto los acontecimientos de hacía dos noches. Max, aprovechando que pasó unos minutos por Twyford House, les hizo saber a Sarah y a ella que lord Darcy se había marchado de la ciudad para atender sus fincas.

Como era la mayor de las hermanas, en aquellos últimos años había adoptado el papel de madre suplente; lo malo era que ella no tenía a quién acudir. Si el caballero en cuestión no hubiera sido su tutor, le habría pedido consejo a lady Benborough. Y desde luego, después del episodio en la casa de verano de los Overton, sabía que necesitaba que alguien la aconsejara con urgencia. Con solo tomarla entre sus brazos, ella sentía que se quedaba sin defensas. ¡Y sus besos! Tenían el poderoso efecto de descolocarle la mente y los sentidos. Aún no había logrado imaginar hacia adónde se encaminaba, pero parecía inconcebible que fuera a seducir a su propia pupila. Tal y como estaban las cosas, ella deseaba secretamente no ser su pupila. Tenía veintiséis años y sabía lo que quería. Quería a Max Rotherbridge y, a pesar de conocer su reputación, sentía en cada poro de su piel que aquel era el elegido de su corazón. Era por ello por lo cual bailaba tranquilamente con cada uno de sus ardientes admiradores, con cuidado de no darle a ninguno de ellos la más mínima esperanza, mientras esperaba a que su tutor la reclamara para el baile anterior a la cena. Al llegar al multitudinario salón, le había susurrado con voz sensual al oído que le reservara aquel vals. Miró a los pálidos ojos del señor Willoughby y suspiró.

La verdadera presa de Arabella estaba solo a unos metros de ella, conversando animadamente con una señora y su hija, ambas poco agraciadas. ¿Qué demonios le ocurría? Había intentado todos los trucos que conocía para llevar a aquel zopenco a sus pies, pero, cada vez que lo intentaba, él se alejaba cortésmente. No se había comprometido con nadie para el gran vals de la cena, el más importante de todos, convencida de que le pediría ese baile. Pero la cena estaba a punto de empezar y se veía ante el panorama de no tener pareja. Para desgracia suya, vio cómo los músicos empezaban a prepararse sobre el estrado y en ese momento decidió que solo le quedaba una cosa que hacer. Se deslizó entre la gente, convencida de que habría alguna antecámara donde podría esconderse. Aprovechó el movimiento de un enorme grupo de personas para que nadie la viera salir del salón. Una vez en el vestíbulo, vio a la derecha un pasillo tenuemente alumbrado; no se oía a nadie por allí, por lo que decidió tomar aquel camino. Al final del corredor vislumbró un pequeño despacho en el que crepitaba un alegre fuego. El despacho estaba vacío. Tras unos segundos de duda, Arabella entró, dejando la puerta abierta tras de sí.

Fue a la mesa y se sirvió un vaso de agua, pero mientras hacía esto escuchó voces que se aproximaban por el pasillo. Paseó la mirada por la habitación y se le ocurrió que si cerraba bien las cortinas que había delante del ventanal quedaría por detrás un espacio similar a una pequeña alcoba. Así como lo pensó lo hizo y corrió la pesada cortina para ocultarse totalmente.

En silencio y con el corazón acelerado, escuchó las voces aproximarse y penetrar en la habitación. Esperó un momento, aguantando la respiración, pero nadie se acercó a la ventana. Al darse la vuelta estuvo a punto de tropezar con los pies del hombre que se había sentado con las piernas estiradas en la butaca que había detrás de la cortina.

—Oh —se llevó rápidamente la mano a la boca en un esfuerzo por acallar el grito—. ¿Qué está haciendo aquí? —susurró con furia.

Lentamente, el hombre se volvió hacia ella y sonrió.

—Esperándola, querida.

Arabella cerró los ojos con fuerza, para luego volverlos a abrir y comprobar que seguía allí. Lord Denbigh se levantó todo lo largo que era y se puso delante de ella. A la luz de la luna que se vertía por el alto ventanal, su mirada parda se paseó por la silueta de la muchacha. Le tomó la delicada mano y se la llevó a los labios.

—Sabía que no tardaría mucho.

Arabella intentó librarse de aquella mirada hipnótica.

—¿Cómo sabía que vendría?

—Bueno —respondió razonablemente—, no sé adónde más podía ir sin tener pareja para el vals.

¡Lo sabía! Arabella se sonrojó de furia.

—¡Zopenco! —dijo en un susurro.

Pero él continuó sonriendo y con una facilidad tremenda le tomó la mano, la llevó por detrás de ella y la atrajo hacia sí. Le agarró la otra mano y también la aprisionó junto con la primera.

—¡Lord Denbigh! ¡Déjeme ir! —Arabella le rogaba en voz baja por miedo a que la oyesen los que estaban detrás de la cortina. ¿Qué demonios quería Hugo? Mientras se tranquilizaba por un lado, por el otro le asaltaron un sinfín de sensaciones.

Hugo levantó la mano que le quedaba libre y con un dedo trazó una curva sobre su carnoso labio inferior.

Arabella vislumbró el brillo del deseo en sus ojos a la tenue luz de la luna.

—Hugo, déjeme ir, por favor.

Él le sonrió indolente.

—Dentro de un momento, querida.

Antes de sellar sus labios con los suyos, la miró a los ojos y vio furia en ellos.

¡Maldito fuera! ¡La había engañado! Arabella intentó pensar en lo enfadada que estaba, pero todo lo que sentía era el maravilloso calor de sus labios jugando con los de ella y todas aquellas sensaciones que la recorrían de arriba abajo. Su cuerpo se derretía, en contra de su voluntad, entre sus brazos.

Finalmente, cuando Hugo levantó la cabeza, vio el brillo reflejado en los ojos de ella.

—¿No me irás a decir que esto no ha sido más divertido que un vals?

A Arabella no se le ocurría nada.

—¿No dices nada?

Arabella se sonrojó ligeramente e intentó deshacerse de su abrazo, pero le resultó imposible.

Todavía sonriendo, Hugo movió la cabeza.

—Todavía no; eso ha sido el vals, todavía tenemos la cena —sus labios rozaron levemente los de ella— y te aseguro que tengo un hambre de lobo.

Cuando él unió sus bocas en un apasionado beso, la llevó por aguas por las que nunca había navegado.

Sin embargo, él tenía la suficiente experiencia como para saber dónde estaban los límites. Momentos después, ambos más serios que de costumbre, volvieron por separado al salón.

Max, aunque había conseguido bailar con la mayor de sus pupilas, se resignó a pasar otra velada sin conseguir avanzar con ella. Después de la cena, la acompañó tranquilamente al salón de baile para dejarla a merced de las atenciones de sus pretendientes, no sin antes mirar con recelo a un par de ellos de dudosa reputación que tuvieron la temeridad de unirse al grupo. Había esperado poder persuadir a la señorita Twinning para contemplar la luna desde la terraza, pues sabía de la existencia de un estupendo banco oculto tras un sauce que hubiera resultado muy útil para sus propósitos. Sin embargo, no se hacía ilusiones acerca de su habilidad para hacerle el amor a una mujer que estaba preocupada por la felicidad no de una, sino de dos de sus hermanas.

Por ello, se encaminó hacia el salón donde jugaban a las cartas.

De camino, pasó junto a Arabella, entretenida con uno de sus usuales coqueteos. Sus azules ojos buscaron su mirada y ella, como si hubiera adivinado que la estaban mirando, se volvió. Ella parecía preocupada. Max le sonrió como queriendo animarla y ella le devolvió la sonrisa, pero por un instante él vislumbró un atisbo de confusión en su mirada.

Max siguió su camino pensando que Caroline tenía un tercer problema entre manos. Por casualidad, había visto a Arabella en el momento en que esta salía del salón de baile un rato antes. La había visto entrar de nuevo un buen rato después, seguida a los pocos minutos de lord Denbigh.

Al ir a entrar a la sala de cartas le asaltó de repente un pensamiento. Se volvió de nuevo hacia el salón de baile pero no estaba allí. Se trataba de Lizzie; no la había visto durante la cena. Cuando estaba a punto de cruzar el salón hasta donde estaba su tía Augusta, su mirada captó un movimiento cerca de una de las puertas de la terraza.

Lizzie entraba de la terraza con una tímida sonrisa dibujada en sus labios. Su delicada mano descansaba con seguridad sobre el brazo de su hermano. Mientras los contemplaba vio cómo ella levantaba la cabeza y lo miraba con confianza plena, como si fuera un corderito. Y Martin, zorro como era, le devolvió la sonrisa muy dispuesto.

Bruscamente, Max se dio media vuelta para esta vez sí entrar en el salón de cartas: necesitaba un trago con urgencia.

Capítulo 8

Arabella aplastó de un golpe de periódico a la abeja que le zumbaba alrededor de la cabeza. Estaba tumbada boca abajo sobre la piedra que rodeaba el estanque del jardín de Twyford House, protegida su pálida tez por un sombrero de paja. Cualquiera otra joven dama en similar postura habría parecido infantil, pero Arabella, con aquel aire nostálgico, se las arreglaba para parecer misteriosamente encantadora.

Sus hermanas estaban relajadas de forma similar. Sarah estaba apoyada contra la base de un gran reloj de sol, con un sombrero de pastora ocultándole el rostro y trenzando margaritas. El vestido de batista verde oscuro hacía resaltar la palidez de su semblante, dominado por los enormes ojos marrones, en ese momento velados por un tinte de tristeza. Lizzie estaba sentada junto a la parte de rocas y plantas alpestres, bordando un trozo de tela con visible falta de entusiasmo. Su vestido de muselina malva acentuaba la juventud de su rostro, aunque este efecto se veía disminuido por las curvas de su figura no tan de niña.

Caroline contemplaba a sus hermanas desde su posición privilegiada sobre una hamaca atada entre dos cerezos. Si su tutor la hubiera visto en ese momento, seguramente le habría gustado el sencillo vestido de muselina color ámbar que había elegido para aquel día tan cálido. La tela se ceñía a su formada figura, mientras que el escote dejaba ver la amplitud de los suaves pechos de marfil.

Las cuatro hermanas habían salido al jardín por separado, atraídas por la cálida tarde de primavera y los embriagadores perfumes de las flores que se apiñaban en los parterres.

Sarah suspiró largamente y, dejando a un lado su sombrero, se colocó el collar de margaritas al cuello.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer?

Tres pares de ojos se volvieron a mirarla y al ver que nadie le respondía continuó hablando.

—Bueno, no podemos seguir como hasta ahora, ¿no? Ninguna de nosotras va a ninguna parte.

Arabella se colocó de costado para poder ver mejor a sus hermanas.

—Pero ¿qué podemos hacer? En tu caso, lord Darcy ni siquiera está en Londres.

—Cierto —contestó Sarah—. Pero se me acaba de ocurrir que tendrá amigos aquí en Londres, me refiero a amigos que le escriban, aparte de nuestro tutor.

Caroline sonrió.

—Hagas lo que hagas, cariño, haz el favor de explicármelo antes de provocar un escándalo. No me veo capaz de enfrentarme a nuestro tutor si me pide una explicación y no tengo ninguna.

Sarah se echó a reír.

—¿Te está dando problemas?

Pero Caroline se limitó a sonreír de tal manera que solo Sarah y Arabella se percataron de ello.

—No habrá dicho nada de mí, ¿verdad? —les llegó la voz de Lizzie y, bajo la mirada de sus hermanas, la más pequeña se puso colorada—. Quiero decir, de mí y de Martin —farfulló, mientras mostraba demasiada atención al punto de cruz.

—Afortunada tú. Tal y como están las cosas, tú eres la única que tiene el viento a su favor. Las demás estamos paradas, por una u otra razón.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió Caroline—. ¿Acaso Max te ha dado algún motivo para suponer que no está de acuerdo?

—Bueno —dijo Lizzie tratando de ganar tiempo—, no parece que esté del todo... contento de que nos veamos tanto.

Su relación con Martin Rotherbridge había progresado a pasos agigantados, pues a pesar de los consejos de Max y su propio sentido del peligro, Martin no había sido capaz de resistir la tentación que representaba Lizzie Twinning. Desde aquel inocente beso de la primera noche, la había llevado hasta el punto en el que le había permitido besarla otra vez, en el cenador del jardín de lady Malling. Solo que aquella vez había sido Martin el que había llevado las riendas y Lizzie, toda inocencia, se sorprendió de su propia respuesta a las deliciosas sensaciones que se produjeron entre los dos. Sin saberlo ella, Martin Rotherbridge se había quedado sorprendido también.

Había intentado aplacar sus más ardientes deseos, para averiguar, como ya

le había anticipado su hermano, que aquello era más fácil de imaginar que de llevar a cabo. Finalmente se había dado por vencido, pero pasaba todo el tiempo posible al lado de Lizzie, cuando no a sus pies.

Como bien había dicho Lizzie, Max no estaba de acuerdo con aquella relación, aunque no por los motivos que ella imaginaba. Max, conocedor del carácter de su hermano, sabía que la frustración que le producía el tener que comportarse correctamente ante las múltiples tentaciones se haría insoportable mucho antes de que él estuviera dispuesto a admitir que estaba enamorado de aquella mocosa.

Caroline, segura de los pensamientos de Max al respecto, se dio cuenta de que quizá Lizzie no lo comprendería con facilidad. ¿Y cómo explicarle a la todavía inocente Lizzie las dudas de Max acerca de su hermano? Pero al mirar a su hermana pequeña y ver aquella expresión de preocupación en su rostro, Caroline decidió que había llegado el momento de explicarle a su hermana que en la vida había más que lo que era obvio.

—Cariño, creo que a Max lo que más le preocupa es tu buen nombre, no así la relación.

Lizzie frunció el ceño todavía más.

—Pero, ¿por qué tiene que poner en peligro mi buen nombre el hecho de que esté con su hermano?

Sarah soltó una risotada no muy propia de una dama.

—Ah, Lizzie, cariño. Vas a tener que aprender muy deprisa, querida. Nuestro tutor está preocupado porque sabe cómo es su hermano y que, en general, las damas no están seguras en su compañía.

Aquella declaración tan directa tuvo un efecto tremendo en Lizzie, el brillo de cuyos ojos delataba la defensa a su amor ausente.

—¡Martin no es ni mucho menos así!

—Oh, querida, vas a tener que quitarte esa venda de los ojos —dijo Arabella, entrando en la conversación—. No solo es que sea así, sino que tiene la reputación de haberse especializado en ser de esa manera. Es un vividor, al igual que lo son Hugo y Darcy Hamilton. Y, claro está, el mayor vividor de todos es nuestro querido tutor, el cual ha puesto sus ojos en nuestra Carol. Los libertinos y las Twinning van a la par: ellos se sienten atraídos por nosotras y... bueno, nosotras por ellos. No hay por qué discutir lo que es tan obvio.

Al ver la perturbación reflejada en el rostro de Lizzie, Caroline pensó en

cómo tranquilizarla.

—Eso no quiere decir que el resultado final no pueda ser exactamente el mismo al que se llegaría con un hombre más conservador. Lo único que pasa es que, a este tipo de hombres les cuesta más trabajo llegar a aceptar el matrimonio como algo... deseable. El tiempo, supongo, acabará convenciéndolos; el peligro está en el entretanto.

—Pero Martin no ha intentado nunca... hacerme el amor.

—¿Quieres decir que nunca te ha besado? —preguntó Arabella sin poderlo creer.

Lizzie se sonrojó.

—Sí, lo hizo, pero yo lo besé primero.

—¡Lizzie! —exclamaron las otras tres al unísono, y se echaron a reír sin poder parar—. Oh, querida, creo que eres más Twinning de lo que pensábamos —dijo Arabella cuando por fin se hubo recuperado de la risa.

—Bueno, me gustó, ¿sabéis? —abandonando finalmente su reticencia ante las burlas de sus hermanas—. De cualquier forma, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Evitarlo? La verdad es que la idea no me parece muy divertida; me gusta bastante que me besen.

—Los besos en sí no constituyen el problema —dijo Sarah—, sino lo que viene después. Eso es aún más difícil de detener.

—Muy cierto. Pero si quieres aprender cómo mantener a un calavera a raya no me mires a mí ni tampoco a Sarah; Caroline es la única que lo ha conseguido hasta ahora —Arabella se volvió a mirar a su hermana mayor—. Aunque sospecho que eso se debe a que nuestro querido tutor está jugando a algo más enigmático.

Caroline se ruborizó levemente, para sonreír después de mala gana.

—Desgraciadamente, tengo que darte la razón.

Se hizo un breve silencio, como si las cuatro hermanas sopesasen a los cuatro libertinos que habían elegido.

—Sarah, ¿qué estás planeando?

—Bueno, pues, se me estaba ocurriendo que quizá debería hacer un esfuerzo para llevar las cosas a un punto crítico. Pero, si hiciera lo que se espera y empezase a coquetear con todos los caballeros, Darcy no terminaría de creérselo y yo acabaría teniendo mala reputación. A mí no se me da tan bien como a Bella.

—Sarah tiene razón —dijo Caroline—. Eso no colaría —se volvió a Lizzie

y añadió—: Otro problema, querida, es que los tarambanas conocen todos los trucos posibles, por lo que resulta sumamente difícil engañarlos.

—Tienes toda la razón —comentó Arabella y, volviéndose hacia Sarah, añadió—: Pero, si no haces eso, ¿qué harás?

Sarah sonrió maliciosamente.

—Creo que el papel de dama desamparada podría irme muy bien. Tendrá que ser algo muy sutil. Claro está, seguiría asistiendo a todas las fiestas pero estaría más callada y, poco a poco, dejaría entrever mi desesperación, mi corazón roto.

Sus hermanas consideraron el plan y no les pareció tan malo.

—La verdad, querida, creo que hay poco más que puedas hacer —comentó Caroline.

Sarah se volvió a Arabella.

—¿Y qué vas a hacer con lord Denbigh?

—No tengo ni idea —dijo Arabella, mirándose los dedos de los pies—. No puedo ponerle celoso; como bien dice Carol, se conoce todos los trucos.

Arabella lo había intentado todo para comprometer al esquivo Hugo, pero el fornido caballero parecía contemplar sus tentativas burlón, aprovechándose cada vez que Arabella cometía un error. En tales ocasiones, se manejaba con increíble eficacia, por ello había adoptado una postura vigilante y tenía cuidado de no darle ni una oportunidad de estar a solas con ella.

—Como no puedes convencerlo de que te interesan otros caballeros, yo en tu lugar dejaría de intentarlo. Pero podrías darle a entender que, ya que se niega a proponerte en matrimonio, a ti, como joven virtuosa que eres, te resulta imposible aceptar ninguna otra oferta. Luego le dejas creer que, sintiéndolo mucho, te ves obligada a rechazarlo y a aceptar las atenciones de otro caballero —concluyó Caroline.

Arabella se quedó mirando fijamente a su hermana mayor.

—Oh, Carol, qué plan tan maravilloso.

—No te costará mucho —añadió Sarah—. ¿Cuáles son tus pretendientes más adecuados para el plan?

—Creo que sir Humphrey Bullard —dijo Arabella, pensativa— y el señor Stone. Los dos son muy serios y no hay posibilidad alguna de que se enamoren de mí. Ambos me parecen bastante calculadores a la hora de elegir para el matrimonio: desean una mujer atractiva y con dinero, que no exija que le presten demasiada atención. Creo que me vendrán que ni pintados para mi

farsa.

Caroline asintió.

—Parecen los adecuados.

—¿Y qué hay de ti, Carol? —preguntó Sarah con una sonrisa—. Ya hemos comentado cómo deberíamos seguir adelante, pero ¿qué vas a hacer tú para que nuestro tutor se doblegue?

—Si lo supiera, queridas mías, os lo diría —dijo Caroline con una sonrisa melancólica.

Las últimas semanas habían sido una mera continuación de una relación insatisfecha entre Su Excelencia el duque de Twyford y la mayor de sus pupilas. Sabiendo el poder que tenía sobre ella, Caroline había evitado constantemente sus invitaciones a coquetear a solas con él. Ciertamente, en aquellas últimas semanas Caroline había estado muy ocupada vigilando a sus hermanas. No podía criticarle su ayuda y le agradecía de corazón que en tantas ocasiones dejara al margen sus propias inclinaciones para asistirle con sus hermanas.

—Si queréis que os diga la verdad, el mejor plan que se me ocurre es ayudaros a conseguir vuestros objetivos tan pronto como sea posible. Una vez libre de vosotras tres, a lo mejor nuestro querido tutor sea capaz de concentrarse en mí.

Fue Lizzie la que inició la amistad con las dos hermanas Crowbridge, también presentadas en sociedad aquel año. Las muchachas Crowbridge, Alice y Amanda, eran dos jóvenes y bellas damas, pero todo lo ricas que eran las Twinning, ellas lo tenían de pobres. Consecuentemente, los intentos de encontrar buenos maridos para las Crowbridge no habían aún prosperado.

Como Lizzie tenía un corazón de oro, no pasó mucho tiempo hasta que trabó amistad con las dos muchachas y supo de las dificultades que tenían tanto Amanda como Alice. Faltas de la confianza en sí mismas y las habilidades de las hermanas Twinning, a las dos muchachas les resultaba imposible conversar con los elegantes caballeros, sintiéndose tímidas e incapaces de atraer a los pretendientes deseados.

Pero Lizzie creyó tener la mejor solución para ello. Tanto Arabella como Sarah estuvieron dispuestas a darles algunas lecciones a las chicas Crowbridge. En principio aceptaron más por Lizzie que por ninguna razón

magnánima, pero a medida que avanzaba la semana se concentraron en sus protegidas con tesón. La ayuda de las tres Twinning hizo que la vida social de las Crowbridge diese un giro de ciento ochenta grados. En vez de quedarse sentadas durante las fiestas, empezaron a pasar el rato entre grupos de gente joven y se dieron cuenta de que hablar con los caballeros de la alta sociedad no era algo tan difícil. Bajo el ánimo constante de las tres hermanas, las Crowbridge se fueron abriendo poco a poco.

Caroline y el duque de Twyford observaban la creciente amistad desde lejos y estaban de acuerdo con ella, aunque cada uno por razones diferentes. Caroline estaba contenta porque sus hermanas habían encontrado una distracción a sus dificultades amorosas. Max, por otra parte, pensó que con aquella empresa las tres Twinning se quedarían en los salones de baile y así él tendría más oportunidades para pasar más tiempo a solas con su pupila.

Ciertamente, en aquellos últimos días, su propósito se hizo tan obvio que Caroline se vio obligada a rechazar cualquier intento de separarla del círculo. Sabía que todo el mundo especulaba con su posible relación y estaba muy preocupada por la repercusión que todo aquello pudiera tener en ella, sus hermanas o Max. Pero este, adivinándole el pensamiento con facilidad, no hizo el más mínimo caso a sus protestas.

Al verse una vez más en los brazos de su tutor y totalmente desvalida como de costumbre, Caroline comenzó a quejarse.

—¿Qué diantres pretendes conseguir con todo esto? ¡Soy tu pupila, por Dios bendito!

Él la había contestado con una carcajada.

—Mi dulce Carol, tómate el tiempo conmigo como una experiencia educativa —dijo mientras le acariciaba una ceja con el índice—. ¿Quién mejor que tu tutor para demostrarte los múltiples peligros con los que te puedes topar en los círculos más selectos?

Pero Caroline no consiguió decirle lo que pensaba de sus lecciones. Cuando sus labios se unieron a los de ella, se vio arrastrada por un oleaje de sensaciones que la deleitaban cada vez con mayor intensidad. Al emerger a la superficie minutos después, deliciosamente atontada, se encontró con la mirada azul profundo de Su Excelencia.

—Dime, querida mía, ¿si no fueras mi pupila consentirías en intimar conmigo?

Caroline pestañeó por el esfuerzo que le suponía volver a pensar.

—¡Por supuesto que no! —mintió, intentando sin éxito deshacerse de su apretado abrazo.

De nuevo, otra profunda carcajada de él la hizo estremecer.

—En ese caso, cariño, te quedan aún algunas lecciones que aprender.

Confusa, Caroline habría querido pedirle que le aclarara aquel comentario, pero él evitó su pregunta besándola de nuevo. Irritada por su táctica del gato y el ratón, Caroline intentó retirarse de aquel extraño juego cuyas reglas se le antojaban incomprensibles. Pero pronto averiguó que su tutor no tenía ninguna intención de dejarla en paz. Finalmente, arrastrada por aquella fuerza superior a ella, Caroline se relajó fundiéndose con él en un apasionado abrazo y cediendo cuerpo, mente y alma ante sus experimentadas artes de conquistador.

Sarah ya había logrado que se supiera que había sufrido de un amor no correspondido. Se mantenía valientemente bajo aquella tensión, pero era del dominio público que ella misma no tenía muchas esperanzas de recuperarse. Aquello lo hacía, se entendió, por sus hermanas, pues no deseaba estropearles la temporada recluyéndose, a pesar de ser aquel su más ardiente deseo. Sus grandes y profundos ojos marrones junto con la palidez de su piel se aliaban para ayudarla a proyectar el cambio en su imagen. Bailaba y charlaba, sin embargo la vitalidad que la caracterizó al principio de la temporada había desaparecido. Eso, al menos, era la simple y pura verdad.

Como Hugo Denbigh había tenido más cuidado en sus atenciones hacia Arabella de lo que lo fuera lord Darcy con Sarah, los cotilleos nunca los habían relacionado a los dos. Pero como las hermanas Twinning habían sido todo un éxito, la pregunta de quién escogería Arabella se había convertido en un tema de discusión. Según los rumores más recientes, tanto sir Humphrey Bullard como el señor Stone se presentaban como posibles candidatos.

En medio de este drama, Lizzie Twinning continuaba como siempre, aceptando las respetables atenciones de los serios jóvenes que la buscaban a la vez que reservaba sus sonrisas más maravillosas para Martin Rotherbridge. Este se abstenía muy sabiamente de mostrarse posesivo en público y la mayoría de los observadores asumieron que lo que hacía era simplemente echarle una mano a su hermano en lo que constituía un problema de armas tomar. Martin, que cada vez veía más difícil intentar pervertirla, se veía obligado a vivir con las frustraciones que le producía aquella situación.

A pesar de los esfuerzos de Caroline para limitar las oportunidades de estar con Max, se encontró sentada en el mismo coche que él durante el trayecto de vuelta a Mount Street. Miriam Alford iba sentada al lado de Caroline y Max frente a ellas, pero, como Caroline había sospechado, su acompañante se quedó dormida profundamente antes de que salieran de los límites de Richardson House. Calculó que tenían un viaje de unos cuarenta minutos hasta llegar a su destino. Aguardó pacientemente lo que sabía que no tardaría en producirse, pero a medida que pasaban los minutos se dio cuenta de que, si su tutor hubiera decidido comportarse con propiedad, acabaría sintiéndose más decepcionada que aliviada. Lo miró y él, como si hubiera sentido que lo miraba, volvió la cabeza y sus ojos se reflejaron en los de ella. Por un momento, Caroline pensó que él le había leído el pensamiento y esa idea le horrorizó. Max esbozó una amplia pero maliciosa sonrisa que acabó por inmovilizarla. Él se inclinó hacia adelante y ella esperaba que le tomara la mano y la instara a sentarse a su lado, pero en vez de eso le deslizó la fuerte mano alrededor de la cintura, la levantó y la depositó sobre sus rodillas.

—¡Max! —dijo con una exclamación entrecortada.

—¡Calla! No querrás despertar a la señora Alford; le daría una taquicardia.

Horrorizada, Caroline intentó zafarse de él retorciéndose. Inmediatamente, Max le susurró algo al oído en un tono que nunca le había oído usar hasta entonces.

—Cariño, si no dejas de menear tu delicioso trasero de esa manera tan provocativa, es probable que esta lección vaya más allá de lo que yo había pensado.

Caroline se quedó helada y aguantó la respiración, sin atreverse a mover un músculo.

—Eso está mucho mejor.

Se volvió para mirarlo.

—Max, esto es una locura. ¡Debes dejar de hacer estas cosas!

—¿Por qué? ¿Es que no te gustan? —mientras decía esto le acariciaba la espalda lenta y suavemente.

A Caroline le resultaba difícil ignorar las sensaciones que sus caricias empezaban a despertar en ella, pero hizo un esfuerzo y contestó solo a la primera de sus preguntas.

—Soy tu pupila, ¿lo recuerdas? Sabes que lo soy, tú mismo me lo dijiste.

—Un dato que deberías esforzarte en no olvidar, querida.

Caroline se preguntaba qué querría decir con eso, pero tanto la mente como las manos de Max habían mudado su centro de atención. Cuando le acarició los pechos, Caroline casi dio un salto.

—¡Max!

—¡Sss!

Y eso fue todo lo que le dijo su tutor antes de que pegara sus labios a los de ella.

Capítulo 9

Ocurrió durante la fiesta de lady Richardson que sir Ralph Keighly apareció por primera vez para ensombrecer el horizonte de las Twinning, o más bien de las Crowbridge. Sir Ralph, propietario de una finca considerable en Gloucestershire, había ido a Londres a buscar esposa. Su gusto pareció decantarse por dulces jóvenes del estilo de las Crowbridge, especialmente de Amanda. Desgraciadamente, sir Ralph era un hombre muy engreído, defecto que además se combinaba con una apariencia muy poco agraciada.

El hombre era más astuto de lo que parecía. Como vio que sus atenciones hacia Amanda peligraban por la competencia de un gran número de pretendientes más jóvenes, se retiró de los grupos y se dedicó con fervor a cultivar la simpatía del señor y la señora Crowbridge. Por esta parte consiguió un éxito tal que fue invitado a asistir a la fiesta de lady Richardson acompañando a las Crowbridge. A pesar de las protestas de Amanda y Alice, al cruzar el umbral del salón de baile, Amanda, con expresión de tedio, iba del brazo de sir Ralph.

Bajo las duras instrucciones de sus padres, Amanda se vio obligada a soportar dos valeses con sir Ralph. Como Arabella comentó en tono ácido, si hubiera sido permisible, Amanda tendría que haberse quedado con sir Ralph durante toda la velada. Y así, no se atrevió a unirse a sus amigas durante la cena, sino que tuvo que cenar con sir Ralph y sus padres.

Las tres hermanas Twinning sin excepción se tomaron aquella intromisión en el buen desarrollo social de sus protegidas como una total provocación.

De vuelta en el coche de la casa Twyford, la tía Augusta siguió el mismo ejemplo de la señora Alford y se quedó dormida para alivio de las tres hermanas Twinning.

—Y no es que sir Ralph sea tan buen partido —comentó Sarah.

—Desde luego que no —corroboró Lizzie con una dureza poco característica en ella—. ¡Es bastante mal partido! Y fíjate, el señor Minchbury está a punto de proponerla en matrimonio y sus fincas son mayores, aparte de

ser mucho más atractivo. Y, sobre todo, a Amanda le gusta.

—Sí, pero él no ha estado haciéndole la rosca a la señora Crowbridge. Esa mujer debe estar loca si piensa entregar a su pequeña Amanda a Keighly.

—Bueno —dijo Sarah con decisión—, ¿qué vamos a hacer al respecto?

Las hermanas guardaron silencio durante un buen rato mientras consideraban sus posibilidades.

Arabella habló la primera.

—Dudo que llegemos muy lejos hablando con los Crowbridge.

—Tienes razón —asintió Sarah—. Y hacerlo con Amanda resultaría igual de inútil; es demasiado tímida.

—Con lo cual solo nos queda sir Ralph —concluyó Lizzie—. Sé que no somos precisamente de su agrado pero, ¿crees que podrás hacerlo Bella?

Arabella entrecerró los ojos mientras pensaba en sir Ralph. Gracias a Hugo tenía idea de lo que significaba la atracción entre el hombre y la mujer. Después de todo, sir Ralph era un hombre.

—Bueno —dijo encogiéndose de hombros—, vale la pena intentarlo. La verdad es que no veo qué más podríamos hacer.

Durante el resto del trayecto las hermanas no separaron las cabezas, urdiendo el plan.

Arabella comenzó la campaña de robarle a Amanda a sir Ralph la noche siguiente, para gran alivio de Amanda. Cuando la informaron en un susurro del plan que habían urdido para su liberación, la muchacha había abierto mucho los ojos. De esa manera, consiguió soportar con ánimo los dos vales obligatorios con sir Ralph.

Como sir Ralph no le tenía ningún afecto verdadero a Amanda, a Arabella le costó muy poco con su experto coqueteo hacerle volver los ojos hacia ella con cada vez mayor frecuencia.

Pero, para desgracia de las Twinning, casi inmediatamente surgió una complicación.

A su tutor no le gustó nada ver a sir Ralph cortejando a Arabella y aquel le envió un mensaje para que tuviera cuidado con lo que hacía. Ninguna de las tres le había contado nada a Caroline, sabedoras de que había un límite a su paciencia a pesar del cariño que les tenía.

—¡Pero no podemos darnos por vencidas! —declaró Lizzie en tono mordaz.

—No, no nos daremos por vencidas, pero tendremos que reorganizarnos. Vosotras dos —dijo mirando a sus hermanas e ignorando a las Crowbridge— vais a tener que cubrirme. De esa manera no me verán tanto tiempo al lado de sir Ralph, pero él seguirá pensando en mí. Le diréis que nuestro tutor no está de acuerdo pero que yo, como estoy enamorada de pies a cabeza, estoy dispuesta a continuar viéndolo en contra de los deseos del duque —frunció el ceño, ponderando la escena—. Tendremos que tener cuidado de no pintar a nuestro tutor como alguien demasiado estricto, para dar la impresión de que finalmente acabará cediendo. Max sabe que soy muy coqueta y voluble, y por ello duda de la fuerza de mi afecto. Eso puede resultar fácil de creer.

Y así el plan progresó.

Para Arabella, lo de sir Ralph le venía muy bien para su juego con sir Humphrey y el señor Stone: no deseaba que ninguno de los dos caballeros se tomasen demasiadas confianzas. Y mientras la seria atención mostrada a esos dos pretendientes había sorprendido a lord Darcy, el coqueteo con sir Ralph terminó de proporcionarle un extraño brillo a sus ojos color avellana.

En realidad, Hugo había esperado que Arabella coqueteara como una loca con sus admiradores para darle celos. Él estaba totalmente dispuesto a mantenerse al margen y observarla divertido, esperando el momento oportuno para continuar seduciéndola.

Pero aquella intención aparente de conformarse con un matrimonio sin amor le había desconcertado. Sabiendo lo que sabía de Arabella, no podía dejar de repetirse la pérdida que constituiría aquel matrimonio.

Su repentina persecución de sir Ralph Keighly, sabiendo de más que no se trataba de su estilo habitual, le molestó mucho. El hecho de que continuara alentando a Keighly, a pesar del claro rechazo de su tutor, le puso aún más nervioso.

Arabella, sintiendo su perturbación, continuó paso a paso por el difícil camino que se había trazado, con un ojo en él, otro en Max y a la vez animando a sir Ralph con una mano mientras con la otra le paraba los pies a sir Humphrey y al señor Stone. Como les confesó una mañana a sus hermanas, era un trabajo agotador.

Poco a poco, adelantó terreno con sir Ralph, con quien la relación se veía camuflada gracias a las tretas de sus hermanas.

Cuando sir Ralph y Arabella volvían después de haber bailado durante un buen rato, se les acercó una dama vestida toda de marrón.

Sir Ralph se puso tenso y la desconocida se ruborizó.

—¿Cómo están? —dijo ella, refiriéndose a los dos—. Soy Harriet Jenkins —explicó—. Hola Ralph.

Bajo la inquisitiva mirada de Arabella, sir Ralph se quedó callado.

—Las fincas del señor Jenkins lindan con las mías —dijo por fin sir Ralph.

—Se refiere a mi padre —explicó la dama a Arabella cuando esta se volvió a mirarla.

De pronto, sir Ralph vio a alguien entre la muchedumbre que lo llamaba y las dejó precipitadamente.

—¿Ha llegado a la ciudad hace poco, señorita Jenkins?

Harriet Jenkins apartó la mirada de sir Ralph y se volvió tristemente hacia la belleza que tenía delante.

—Sí, estaba... aburrida en casa. Por eso mi padre me sugirió que viniera a Londres durante unas semanas. Estoy en casa de mi tía, lady Cottesloe.

Arabella, no satisfecha con aquella explicación, le preguntó muy directa.

—Perdone señorita Jenkins pero... ¿están usted y sir Ralph...?

La señorita Jenkins respondió con añoranza.

—No. Tiene razón al pensar que lo quiero, pero Ralph tiene otros planes. Nos conocemos desde niños, ¿me comprende? Me imagino que la confianza trae desdén. Pero, por favor, no crea que albergo la esperanza de compararme a las bellezas de Londres.

—Oh, no se preocupe, querida —dijo Arabella, entendiendo inmediatamente la situación.

A lo mejor sir Ralph se sentía extraño en presencia de mujeres bellas como Amanda o ella misma. Era posible que su aparente arrogancia desapareciera al sentirse menos amenazado, por ejemplo, en presencia de la señorita Jenkins.

—Bueno, no debería engañarme, pero Ralph y yo íbamos de camino hacia algo serio cuando le dio por pensar que debía buscar un poco antes de decidirse irrevocablemente. A veces pienso que lo ha hecho por miedo al compromiso del matrimonio.

—Es posible —dijo Arabella riendo mientras llevaba a Harriet del brazo.

—Mi padre estaba furioso y me dijo que debería darme por vencida. Pero yo lo convencí para que me dejara venir a Londres a ver cómo estaban las cosas. Ahora, supongo que lo mejor será que me vuelva a casa.

—Oh, por nada del mundo debería volver a casa todavía, señorita Jenkins —dijo Arabella con los ojos brillantes—. ¿Puedo llamarte Harriet? Ven

Harriet, quiero que conozcas a mis hermanas.

La llegada de Harriet Jenkins causó un montón de cambios en los planes de las hermanas Twinning con referencia a sir Ralph. Tras la debida consideración, le dieron su confianza a Harriet y ella se unió de buena gana al pequeño círculo de conspiradoras. La verdad era que su aparición le quitaba a Arabella un peso de encima con referencia a cómo abandonar a sir Ralph, toda vez que Amanda había aceptado al señor Minchbury, quien estaba a punto de proponerla en matrimonio gracias a los consejos de Lizzie.

Lo único que le quedaba por hacer era hacerse la dura y lanzar el pisoteado orgullo de sir Ralph a los tiernos brazos de Harriet.

Sin embargo y para su desgracia, la señora Crowbridge no se había dado todavía por vencida. Se enteraron de su último plan mientras las tres hermanas paseaban con Harriet y las muchachas Crowbridge por el césped de Beckenham para ver el ascenso en globo. Las dos hermanas Crowbridge les comunicaron que su madre había invitado a sir Ralph a visitarlos aquella mañana y que lo había dejado a solas con Amanda veinte minutos, durante los cuales ambos habían permanecido totalmente callados.

Así, las cinco decidieron reunirse a la mañana siguiente en Twyford House para detallar el plan. Caroline había dicho que tenía la intención de visitar a su antigua tata, la cual había dejado de estar al servicio de los Twinning cuando murió la madre de Caroline, por lo que las tres hermanas pequeñas no la conocían. Así, en la salita trasera, podrían dar rienda suelta a sus pensamientos sin ser molestadas. Quedaba claro que tenían que librarse de sir Ralph.

Las hermanas Twinning asistieron a la ópera al final de la semana siguiente. Era la primera vez que se encontraban en el interior de la decorada estructura de la Opera House. Al llegar al palco se deleitaron en observar a los demás asistentes a la ópera, sobre todo a los ocupantes de los demás palcos, que iban poco a poco llenándose mientras se acercaba el momento de alzar el telón.

El primer acto consistió en una corta pieza de un italiano poco conocido, como preludeo a la ópera en sí. Caroline estaba sentada al lado aunque ligeramente delante de su tutor. Se sentía feliz: una semana antes le había

comentado a su tutor que le gustaría ir a la ópera y dos días después lo había organizado todo. En ese momento estaba radiante, con un vestido de seda plateada recubierto de encaje color bronce. Se deleitaba con la música, consciente, a pesar de su preocupación, de la cálida mirada del duque de Twyford sobre sus hombros desnudos.

Max la contemplaba con satisfacción. Hacía mucho que había dejado de analizar sus reacciones en lo referente a Caroline Twinning; estaba perdidamente enamorado de ella y lo sabía. Su felicidad se había convertido de alguna manera en la propia y le pareció que nada más le importaba.

A Max le interesaba poco la ópera y se dedicó a observar a sus pupilas. Sarah estaba sentada cerca de Caroline. Max todavía no había adivinado sus propósitos, pero estaba seguro de que no eran tan simples como parecían. No podía creer que ninguna de las Twinning aceptara la soledad de la soltería como solución. Max sonrió para sus adentros: dudaba que Darcy se hubiera enterado de las últimas noticias acerca de Sarah Twinning. Detrás de ella, se encontraban el señor Tulloch y el señor Swanston, invitados por Max para acompañar a Sarah y Arabella. A ninguno de los dos les interesaba la ópera en particular y esperaban pacientemente aburridos a que se levantara el telón para que toda la alta sociedad los viera escoltando a las exquisitas pupilas a través de los pasillos.

En el extremo del palco se encontraba Martin, con Lizzie a su lado. Ella estaba entusiasmada con la representación, pendiente de cada nota que salía de la garganta de la soprano. Martin, que le agarraba la mano, no estaba nada interesado en el espectáculo y se dedicaba únicamente a contemplar a Lizzie. Max suspiró para sus adentros, esperando que su hermano supiera lo que hacía.

Al finalizar el aria, cayó el telón. Max se inclinó hacia adelante y susurró unas palabras al oído de Caroline.

—Ven; demos un paseo —ella se volvió sorprendida y le sonrió—. La ópera se trata de eso, querida, de ver y de ser visto. A pesar de lo que parezca, la representación más importante es la que se desarrolla en los pasillos del Covent Garden, no en su escenario.

—Qué amable por tu parte, querido tutor, al ocuparte con tanta empeño de nuestra formación.

Max la tomó de la mano y se la colocó sobre el brazo. Mientras esperaban a que los otros los precedieran se inclinó ligeramente y le dijo al oído:

—Al contrario, mi dulce Carol. Aunque estoy empeñado en hacer que vuestra formación sea completa, mi interés es totalmente egoísta.

La maliciosa expresión que se reflejó en sus ojos azul profundo hizo que Caroline se ruborizase.

—¡Oh! —dijo intentando parecer inocente—. ¿Acaso no sacaré provecho alguno de mi formación?

Estaban solos en el palco, fuera del alcance de las miradas de otros palcos. Ambos inmóviles y con sus azules ojos fijos en los verde grisáceos de ella, el resto del mundo quedaba muy lejos. Entonces, sin dejar de mirarla, Max le levantó la mano y le besó la punta de los dedos.

—Querida mía, una vez que encuentres la llave sabrás que detrás de esa puerta en especial está el paraíso. Pronto, mi dulce Carol, muy pronto lo verás.

Al salir al pasillo, Caroline sintió el alivio del fresco en sus mejillas. Rápidamente se vieron rodeados por su corte usual y Max, más circunspecto que nunca, la cedió a la multitud. Se detuvo un par de veces a hablar con algún conocido, pero sobre todo aprovechó la oportunidad para estirar las piernas un rato. Sonó el estridente timbre que avisaba a los asistentes del inminente comienzo del segundo acto y Max se encaminó hacia su palco. De pronto una voz le detuvo.

—¡Su Excelencia!

Max cerró los ojos exasperado. Al volverse se encontró de frente a lady Mortland, a quien saludó fríamente con una inclinación de cabeza.

—Emma.

Iba del brazo de un joven al que presentó y al que inmediatamente despidió.

—Creo que a lo mejor tú y yo deberíamos mantener una charla en serio, Su Excelencia.

Max levantó los ojos y vio un pequeño cuarto detrás de ellos.

—Igual tienes razón, querida, pero te sugiero que lo hagamos en otra parte.

La agarró por el brazo y la llevó hasta el cuarto. Emma se sorprendió de la poca delicadeza con la que la agarraba y de la dureza de su voz, pero se había empeñado en hacerle pagar por sus sueños frustrados.

—Bien, Emma, ¿qué es lo que quieres?

De repente, Emma no estaba tan segura de su plan y vaciló al contemplar aquella mirada de desdén.

—En realidad, Su Excelencia, hubiera preferido que me visitaras y que

pudiéramos aclarar el asunto... ¿en privado?

—No te esfuerces, Emma —le dijo—. Sabes perfectamente que no tengo ningún deseo de estar en privado contigo.

Aquella afirmación tan sincera le encendió la sangre.

—¡Sí! —silbó—. ¡Desde que pusiste los ojos en esa pequeña arpía a la que llamas pupila, no me has dedicado ni un minuto de tu tiempo!

—Si estuviera en tu lugar, no se me ocurriría hablar mal de una joven dama a su tutor —dijo Max sin inmutarse.

—¡Ja, su tutor! ¡Más bien su pretendiente!

Max levantó una ceja.

—¿Acaso lo niegas? ¡No, claro que no! Ay, déjame decirte que hay muchos comentarios circulando, pero no son nada comparados a la tormenta que se desencadenará cuando le diga a.... ¡Ay!

Emma se calló y se miró la muñeca que Max había aprisionado con su mano derecha.

—Escúchame bien, Emma, porque solo te lo diré una vez. No calumniarás, de palabra o por escrito, a mi pupila ni a ninguna de mis pupilas, de ninguna manera posible. Si lo haces, ten por seguro que me enteraré. Y si eso ocurriera, me aseguraré de que tu hijastro se entere de cómo honras la memoria de su padre con tu estilo de vida licencioso. Tus ingresos provienen de las fincas de su familia, ¿no es así?

Emma se puso pálida.

—No... no te atreverías.

Max la soltó.

—No, tienes razón, no lo haría a no ser que tú lo hicieras primero. En ese caso, da por hecho que lo haré —la miró comprensivo pero sin compasión—. Déjalo estar, Emma. Lo que Caroline tiene nunca fue tuyo y lo sabes. Te sugiero que busques por otra parte.

Con un breve movimiento de cabeza, Max dejó a lady Mortland y volvió a su palco por los pasillos vacíos.

Caroline se volvió cuando él se acomodaba en el asiento.

—¿Te ocurre algo?

Max contempló su dulce rostro, contento de tener la conciencia tranquila, pero le sonrió y movió la cabeza.

—Un asuntillo sin importancia.

En la oscuridad del palco, estiró el brazo y le tomó la mano, que se llevó a

los labios. Con una sonrisa, Caroline centró de nuevo su atención en el escenario. Cuando Max vio que ella no tenía intención de retirar la mano, no la soltó, imitando a su hermano Martin y sabiendo que, en la oscuridad, nadie vería al duque de Twyford tomándole la mano a la mayor de sus pupilas.

Capítulo 10

La primera parte del plan para rescatar a Amanda y sir Ralph de las maquinaciones de la señora Crowbridge le tocó a Sarah. Un concierto vespertino fue el lugar elegido para llevarla a cabo con éxito.

Ya que sir Ralph no tenía oído musical, no le molestó el hecho de acompañar a la señorita Sarah a dar un paseo a la balconada, aparentemente porque la dama estaba algo mareada. Reconoció que era una de las bellezas más espectaculares que había visto en su vida. Raramente se sentía cómodo entre tales mujeres y su estancia en Londres le había hecho desear más de una vez estar de vuelta en la menos exigente sociedad de Gloucestershire. Incluso después de haber logrado con éxito cortejar a la bella, animada y preciosa Arabella, había veces que la cara de Harriet Jenkins le recordaba lo cómoda que había sido su madura relación. En realidad, y a pesar de intentar ignorarlas, se le presentaban dudas de si conseguiría estar a la altura de las expectativas de Arabella una vez casados.

Se volvió a mirar a la pálida belleza que tenía a su lado y se dio cuenta de que una mueca de preocupación estropeaba su dulce frente. Entonces se relajó: estaba claro que la señorita Sarah no estaba pensando en ningún ilícito devaneo.

Al pensar aquello, sir Ralph no podía haberse equivocado más, pues aquel gesto de Sarah se debía a los intentos de esta para reprimir la oleada de deseo que la había invadido al ver a Darcy Hamilton apoyado en el quicio de la puerta de la sala de conciertos. Sintió que alguien la observaba y, al volverse, sus miradas se habían encontrado. ¡Qué tonta! Le había costado un gran esfuerzo quedarse sentada para no cruzar la habitación corriendo y echarse a sus brazos. Después, Arabella, que no se había enterado de la vuelta de Darcy, le hizo una señal para que saliera con sir Ralph. No le resultó difícil solicitar del caballero que la acompañara a dejar la sala, pero la mirada que le echó Darcy al hacerlo fue suficiente para que se le hiciera un nudo en el estómago.

Haciendo de tripas corazón, centró su atención en el hombre que tenía a su

lado.

—Sir Ralph, espero que no le importe si le hablo de un asunto muy delicado.

Sir Ralph abrió los ojos como platos, muy sorprendido. Pero Sarah ignoró su sorpresa, pues Harriet ya le había advertido sobre cuál podía ser su reacción.

—Me temo que el asunto ha llegado a un punto crítico con Arabella. Sé que no se le nota; ¡es tan reacia a demostrar tales sentimientos! Pero creo que es mi deber el intentar explicárselo. Está tan deprimida que me temo que empeorará si no se hace algo rápidamente.

Sir Ralph estuvo a punto de decir que, en realidad, era Sarah la que tenía pinta de estar deprimida y que sugerir que Arabella, a la que le brillaban tanto los ojos, estaba baja de moral le confundía muchísimo. Sin embargo, el siguiente comentario acabó por convencerlo.

—Usted es el único que puede salvarla —el tono práctico que utilizó Sarah le dio más peso al asunto que si lo hubiera dicho de manera dramática—. Sé que me colgará si se entera de que se lo he dicho, pero se enamoró seriamente de un caballero al comienzo de la temporada, antes de llegar usted. Jugó con sus sentimientos y ella sufrió mucho porque desgraciadamente él no tenía interés en el matrimonio. Afortunadamente, se dio cuenta de sus intenciones antes de que pudiera realizarlas, pero, claro está, su corazón sufrió mucho. Ahora que ha encontrado consuelo en su compañía, mis hermanas y yo esperábamos que no la abandonase.

Sir Ralph farfulló que no tenía la intención de abandonar a la señorita Arabella.

—Pues ya ve, sir Ralph, que es imperativo que alguien la salve. Es muy romántica, usted sabe.

Obedientemente, sir Ralph respondió que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para asegurar la felicidad de Arabella.

Sarah sonrió.

—En ese caso, le diré exactamente lo que debe hacer.

A Sarah le llevó al menos media hora instruir a sir Ralph en su cometido. Felicitándose a sí misma por su éxito volvió al auditorio, pero al cruzar el umbral de la puerta se dio de narices con Darcy Hamilton. Este evitó que se cayera agarrándola por el codo, pero ella retiró el brazo bruscamente. Sir Ralph, que no conocía a lord Darcy, se detuvo confuso, paseando la mirada

del rostro de Sarah a la palidez del de Darcy Hamilton. En ese momento, lord Darcy se dio cuenta de su presencia.

—Acompañaré a la señorita Twinning a su asiento.

Como respuesta a aquel tono imperativo, sir Ralph hizo una inclinación y se marchó.

—¡Cómo te atreves! —dijo Sarah furiosa, mientras se volvía para seguir a sir Ralph.

Pero la mano de Darcy la detuvo.

—¿Qué tiene que ver ese paleta de campo contigo? —el tono insultante hizo que Sarah se enfureciera aún más y que echara chispas por los ojos.

Sin mediar palabra, Darcy la empujó y la sacó de nuevo a la balconada.

Afuera, Sarah se quedó inmóvil, temblando de rabia y de otras emociones más interesantes, directamente atribuibles al hecho de que lord Darcy estaba de pie justo detrás de ella.

—Quizá te gustaría explicarme qué has estado haciendo con ese caballero en el balcón durante más de media hora.

Sarah se fue a volver, pero se detuvo, recordando lo cerca que estaba él.

—No creo que eso sea asunto tuyo, señor.

Darcy frunció el ceño.

—Como amigo de tu tutor...

Entonces Sarah se volvió sin importarle las consecuencias, llena de rabia.

—¡Como amigo de mi tutor has intentado seducirme desde el primer día en que te fijaste en mí!

—Cierto —concedió Darcy con expresión pétrea—. ¿Pero acaso no es eso lo que deseáis las hermanas Twinning? Dime, querida, ¿a cuántos enfermos de amor has tenido a tus pies desde que yo me fui?

Estuvo a punto de decirle que no le habían faltado pretendientes desde que él se había marchado.

—En realidad, creo que los entretenimientos de la alta sociedad empiezan a hacerse muy pesados. Ya que me preguntas, he decidido meterme a un convento. Creo que hay uno muy conveniente, el de Las Ursulinas, que no está lejos de nuestra antigua casa.

Por primera vez en su vida de adulto, Darcy Hamilton se quedó totalmente perplejo. Una variada gama de respuestas indescriptibles se le vino a la boca, pero las reprimió antes de que pudieran salir.

—No te creo tan loca como para hacer eso.

Sarah arqueó las cejas fríamente, lo miró fijamente a los ojos durante un momento y luego se volvió para marcharse.

—¡Sarah! —exclamó Darcy sin pensar.

Al momento siguiente estaba entre sus brazos, su boca contra la de él y la cabeza dándole vueltas.

A medida que el beso se hacía más apasionado, Sarah se concedió un par de minutos para saborear el paraíso que significaba estar de nuevo entre sus brazos.

Después recopiló fuerzas y se deshizo de su abrazo. Por un momento los dos se quedaron quietos, contemplándose sin hablar, la respiración entrecortada, la mirada como fuego. Bruscamente, Sarah se volvió y se dirigió a toda prisa al auditorio de música.

Con un largo y melancólico suspiro, lord Darcy se apoyó sobre la balaustrada, contemplando sin ver el césped cuidadosamente cortado.

El baile de máscaras organizado por lady Penbriht constituía una de las mayores atracciones de la temporada. Lady Penbriht no reparaba en gastos: el salón de baile estaba tapizado con seda blanca y las numerosas terrazas y paseos emparrados de los que estaba dotada Penbriht House se veían iluminados por miles de farolillos. Obligatoriamente, todos los huéspedes tenían que ponerse largas túnicas sobre sus trajes de noche y las señoras una capucha sobre la cabeza para ocultar hasta el último mechón de pelo. Las máscaras que cubrían la mitad superior de la cara eran un requisito.

Max, receloso aún de aquella ocasión por no haber logrado aún averiguar el objetivo secreto de las tres Twinning más pequeñas, se fijó bien en los atuendos de sus pupilas cuando llegó a Twyford House.

A Caroline no tendría problema en detectarla; incluso aunque su túnica en un tono verde agua no fuese única, el efecto que su presencia tenía sobre él sería suficiente para localizarla sin equivocarse. Sarah estaba algo paliducha, pero caminaba con la gracia natural en una Twinning. Se había colocado una túnica verde musgo sobre su vestido de seda, de un tono más pálido del mismo color. Arabella llevaba un buen rato intentando colocarse la capucha de una túnica rosa pálido mientras que Lizzie se había decidido por una de color lavanda.

Al entrar al salón de baile, las tres hermanas se mezclaron con el gentío

pero Caroline se quedó al lado de Max, que la agarraba por el brazo. Para confusión suya, averiguó que uno de los principales propósitos de un baile de máscaras era permitir que aquellas parejas que desearan pasar toda una noche juntos sin organizar un escándalo lo hicieran. Ciertamente, parecía que su tutor no tenía la menor intención de separarse de su lado.

Mientras los músicos afinaban los instrumentos, se le acercó un hombre vestido con túnica gris, bajo la cual no tuvo problema alguno en reconocer la frágil figura del señor Willoughby. El pobre hombre no estaba del todo seguro de su identidad y Caroline no le dio ninguna pista. Le lanzó una mirada furiosa a la robusta figura al lado de Caroline y en su rostro se dibujó una mueca fastidiosa. Entonces, cuando estaba a punto de pedirle el primer vals a la dama de verde agua, Max se le adelantó.

Después de un segundo vals con su tutor, Caroline consintió dar una vuelta por los salones de la casa. El salón principal estaba rodeado de otros laterales, que servían para acoger a los que no cabían en el más grande. Pasaron por una serie de habitaciones conectadas entre sí que acabaron por desorientar a Caroline. Debería haberse mantenido en guardia, pero hacía mucho que sus defensas con él se habían derrumbado. Fue al cruzar la puerta que él mantenía abierta delante de ella para que entrara y descubrir que daba a un dormitorio cuando se dio cuenta de todo. Al volverse a mirarlo, escuchó el clic de la cerradura. Entonces, Max se plantó delante de ella, su mirada encendida con una emoción que no supo definir. A la luz que entraba por la ventana vio esa suave sonrisa suya que por sí misma ya hacía que le temblaran las piernas.

Le puso las manos en los hombros, como para impedirle que se acercara, pero no lo hizo con fuerza y, al abrazarla, acabó rodeándole el cuello con los brazos.

Max supo que había cedido desde aquel primer momento cuando sus labios se unieron, pero no quiso precipitarse. Deseaba saborear el tacto de su cuerpo, su gusto y por eso se demoró, dándole la oportunidad de aprender de cada placer según se iba presentando. La guió lentamente hacia el diván bajo el ventanal, sin dejarla abandonar sus brazos o aquel estado de indefensión en el que se encontraba.

Caroline Twinning era una mujer embriagadora, pero Max recordó que tenía una pregunta que hacerle. Se apartó para contemplarla, apoyada sobre los cojines de colores y con los ojos entrecerrados, y le acarició la suave seda de

sus pechos, tal y como lo había hecho aquella noche cuando Miriam Alford se durmió en el carruaje.

—¿Carol?

—¿Umm? —Caroline hizo un esfuerzo para emitir ese sonido.

—Mi dulce Carol —murmuró con picardía al ver el esfuerzo que le costaba hablar—. Si lo recuerdas, una vez te pregunté si, de no ser tu tutor, consentirías en que estuviéramos solos. ¿Aún piensas, si ese fuera el caso, que opondrías resistencia?

A Caroline la pregunta le pareció tan ridícula que le llegó hasta la parte consciente de su cerebro, sumergida bajo capas y más capas de sensaciones placenteras. Frunció ligeramente el ceño al preguntarse por qué seguía haciéndole tan absurda pregunta.

—Siempre me he resistido —empezó—, lo único es que nunca he conseguido inculcártelo. Aunque no fueras mi tutor, también trataría de oponer resistencia.

Max volvió a acariciarle los pechos y Caroline cerró los ojos para disfrutar más de aquella sensación tan placentera. De pronto volvió a abrirlos como platos cuando Max se inclinó y se metió un rosado pezón en la boca.

—¡Oh! —exclamó ella toda tensa.

Max levantó la mirada hacia ella y le sonrió vorazmente, pero Caroline no era capaz de articular palabra.

Entonces, bajó la cabeza hasta el otro pecho para proceder a acariciarlo del mismo modo. Poco a poco ella se fue relajando, haciéndose a aquella sensación. Lentamente, él fue más allá de lo previsto, sabiendo que ella no se resistiría. Caroline respondió libremente, tanto que tenía que apartarse de vez en cuando para controlarse él mismo. A pesar de la experiencia que tenía, Caroline Twinning era algo diferente a lo que había conocido antes.

Pronto llegaron al punto más allá del cual no habría vuelta atrás. Los pros estaban claros, pero las desventajas eran mayores. Entre ellas, sabía que tendrían que volver a la fiesta aquella noche, cosa que normalmente constituía una bendición si uno solo estaba interesado en acostarse con una mujer. Pero, si le dieran a elegir, hubiera preferido pasar veinticuatro horas en la cama con Caroline. Además, estaba el problema de sus hermanas: aparte de lo que tenía en mente en ese momento, no pudo evitar pensar en lo que estarían haciendo mientras su amor y él pasaban juntos el rato. Pero, claro estaba, hubiera preferido dedicar todo su tiempo a la cautivadora dama que tenía entre sus

brazos. Suspiró profundamente. Antes de cambiar de opinión, la atrajo hacia sí y se inclinó a susurrarle al oído:

—¿Carol? Cariño, a pesar de que me encantaría completar tu formación aquí y ahora, tengo el terrible presentimiento de que tus hermanas puedan estar tramando un escándalo en nuestra ausencia.

Sabía que era la mejor excusa que podía ofrecerle.

—Es verdad —suspiró claramente desilusionada—. Supongo que estás en lo cierto.

—Lo sé —dijo poniéndola derecha—. Ven, vamos a ponerte de nuevo visible.

Tan pronto como se vio lo suficientemente camuflada por la muchedumbre de bellísimos colores, Lizzie Twinning se acercó al ventanal del salón más alejado de la puerta. Aquel era el lugar que Sarah le había indicado a sir Ralph para recibir más instrucciones. Allí estaba él, vestido con una saya verde oscuro y una máscara negra.

Lizzie le dio la mano y notó que la de él temblaba.

—Bueno, ¿no irá ahora a abandonar a Arabella?

Para alivio suyo, sir Ralph tragó saliva y movió la cabeza.

—No, por supuesto que no. Tengo mi coche esperando, tal y como la señorita Sarah sugirió. No se me ocurriría dejar a la señorita Arabella en la estacada.

A pesar de la debilidad de su voz, Lizzie se sintió satisfecha.

—Tranquilo —le aseguró—. Arabella lleva puesta una túnica rosa pálido. Se la traeremos como dijimos. No se preocupe —dijo dándole un apretón en la mano—. Todo saldrá bien, ya lo verá.

Y dicho esto se marchó. Mientras recorría el salón divisó a Caroline bailando con un hombre de túnica negra que solo podía tratarse de su tutor. Sonrió para sus adentros y en ese momento se fue a chocar con una enorme figura vestida con túnica azul marino.

—¡Ay! —se tambaleó ligeramente y se llevó la mano a la máscara, que se le había resbalado.

—Lizzie —dijo el de la túnica azul—, ¿qué hacías hablando con el señor Keighly?

—¡Martin! Qué susto me has dado; casi se me cae la máscara. ¿A qué... te

refieres con eso?

—Quiero decir, señorita Inocente —dijo Martin, tomándola del brazo y llevándola a la terraza—, que te vi entrar en el salón de baile e ir directamente a donde estaba Keighly, en cuanto has visto que Max estaba distraído. ¡Venga, cuéntamelo! ¡Qué está pasando!

Lizzie se quedó de momento perpleja. ¿Qué iba a hacer? Ni por un momento imaginó que Martin pudiera estropearles el plan y, aunque no se le daba bien mentir, tendría que intentarlo. Afortunadamente, la máscara le ocultaba la mayor parte de la cara, con lo cual él no percibió la expresión de sorpresa de Lizzie.

—Pero no sé a qué te refieres Martin. Sé que hablé con sir Ralph, pero lo hice porque fue al único al que reconocí.

La explicación parecía tan razonable que Martin sintió que su repentina sospecha era tan ridícula como le había parecido desde un principio. Se sintió como un idiota.

—Pero ya que estás aquí —dijo Lizzie, tomándolo del brazo—, de paso puedo hablar contigo.

—Me parece buena idea. ¿Y por qué no vamos a dar una vuelta mientras charlamos?

Últimamente, Lizzie había rechazado tales invitaciones pero aquella noche le agradecería cualquier sugerencia que distrajeran a Martin de su empresa. Así pasaron de la terraza al camino de grava y siguieron un sendero que se adentraba por los arbustos. El sendero serpenteaba hasta que llegaron a un punto donde la casa no era más que unos puntos de luz y el ruido de la música llegaba apenas perceptible. Encontraron un riachuelo artificial y lo continuaron hasta llegar a un pequeño lago. En medio del lago había una pequeña isleta con una caseta de verano en el centro, a la que se llegaba por un puente rústico. Lo cruzaron; la puerta de la casa de verano estaba abierta.

—¿No es maravillosa? —dijo Lizzie encantada por la belleza de los alrededores. El único sonido que les llegaba allí era el suave bamboleo del agua al rozar los juncos de la orilla.

—Ay, creo que sí, que es maravilloso —murmuró Martin, encantado por una razón diferente.

Le levantó la cara para que lo mirase y le sonrió.

—Lizzie, mi dulce Lizzie. ¿Tienes idea de lo bella que eres?

Lizzie abrió mucho los ojos y, en ese momento, Martin la rodeó con sus

brazos, con suavidad pero a la vez con firmeza. Al mirarle a los ojos vio que el extraño brillo de estos estaba haciendo que se marease.

Sabía que esa era una de las ocasiones en las que había que utilizar la cabeza, pero notó que no era capaz de articular palabra y que lo único que le salía era mover la cabeza.

—Ah —dijo Martin sonriendo de oreja a oreja—. Bueno, pues eres tan bella, cariño, que me temo que no me puedo aguantar. Voy a besarte otra vez, Lizzie, y a los dos nos va a gustar mucho —y sin más explicaciones inclinó la cabeza y la besó muy despacio.

Poco a poco, bañados por la luz de la luna, Martin hizo que su beso fuera más apasionado y así la estrechó más contra su pecho. Ella se dejó llevar de buen grado y, de pronto, Martin no supo si estaba haciendo lo correcto. No quería asustarla, inocente como era, aun así deseaba llevar aquellos escarceos lejos, mucho más lejos. Suavemente aumentó la presión de sus labios sobre los de ella hasta que esta dejó que se abrieran.

Lizzie vio que podía con los besos, además resultaba una delicia sentirse segura entre los brazos de Martin, pero cuando notó que su mano le rodeaba uno de los pechos lanzó una exclamación entrecortada y se apartó. La realidad de sus sentimientos la golpeó y se echó a llorar.

—¿Lizzie? —Martin la abrazó mientras se maldecía a sí mismo por haber sido tan estúpido—. Perdóname Lizzie, he ido demasiado deprisa; lo sé. ¿Lizzie, cariño?

Lizzie tragó saliva, intentando ahogar sus sollozos.

—¿Es verdad! —dijo con la voz entrecortada—. ¡Dijeron que eras un calavera y que querías llevarme a la cama, pero yo no las creí y al final es verdad!

Martin, incapaz de negar aquellas acusaciones, se agarró a algo que no le había quedado claro.

—¿Quiénes dijeron eso?

—Sarah, Bella y Carol. Dicen que sois todos una pandilla de vividores: Max, lord Darcy, lord Denbigh y tú.

Martin no encontró nada en aquella declaración que deseara discutir, por lo que no dijo nada al respecto. Continuaba abrazado a Lizzie, con la cara medio hundida entre sus cabellos.

—¿Y qué te sugirieron que hicieras?

—Esperar —contestó para confusión de Martin.

Esperar. No hizo falta que Martin preguntase por qué, pues lo sabía.

Más avanzada la velada, Max los vio en el salón de baile. Al principio, había juzgado injustamente a la menor de las Twinning. En ese momento se daba cuenta de que había atrapado a Martin entre sus redes, aunque no sabía cómo. Miró a su hermano y se lo notó a pesar de la máscara que le cubría el rostro. Bueno, al menos él le había avisado.

El papel de Arabella en el plan era coquetear tan descaradamente que todo el mundo se diera cuenta de quién se escondía bajo la túnica rosa pálido. Después de media hora, había convencido a la mitad de los que allí estaban de su identidad. Dejó un grupo de juerguistas que reían alegremente y comenzó a pasearse por la habitación cuando se topó de frente con una imponente figura toda vestida de negro. El susto que se dio la informó inmediatamente de la identidad del caballero.

—¡Oh, señor! ¡Me abruma!

—¿Entre una multitud tal, querida? Supongo que bromea.

—¿Se atrevería a llevarle la contraria a una dama, señor? Entonces no es un auténtico caballero.

—En verdad tiene toda la razón, dulce dama. Los caballeros llevan vidas tan aburridas...

El tono claramente seductor la puso alerta. Él no podría saber quién era ella ¿no? Y como respuesta a su silenciosa pregunta, él dijo:

—¿Y quién podría ser, preciosa mía?

Arabella levantó el mentón y le respondió.

—No creo que sea de su incumbencia, señor. Mi reputación puede quedar en entredicho solo por hablar con un caballero tan poco convencional como usted.

Para su desgracia, Hugo respondió con una profunda risotada. Su juego de bromas continuó y Arabella le respondió, a veces agradecida por poder tener la máscara cubriéndole las mejillas. Coqueteó con él todo el tiempo y odió cada minuto. Aunque no sabía quién era ella, estaba preparado para convencerla para concertar una cita con ella más tarde. Se vio tentada a hacerlo para luego confrontarle con su identidad, pero su corazón le jugó una mala pasada. Cuando ya no pudo soportarlo más, le dio una vaga excusa y se escabulló entre la multitud.

Habían cronometrado cuidadosamente el plan para que todo fuera sobre ruedas. A la una estaba previsto que los invitados se quitaran la máscara. A las doce y media en punto, Sarah y sir Ralph abandonaron el salón y pasearon tranquilamente por un apartado sendero que llevaba a un pequeño cenador. Después del cenador, el sendero continuaba hasta las verjas que daban acceso al camino de carruajes. Al ver el cenador, Sarah se detuvo.

—Arabella está dentro; yo esperaré aquí y me aseguraré de que nadie os interrumpa.

Sir Ralph tragó saliva, asintió con la cabeza y se separó de ella. Salvó un par de escalones y entró en el cenador. En la oscuridad contempló la figura vestida con la túnica rosa y la máscara sobre la cara, que esperaba impaciente su llegada. Reverentemente se acercó y luego se reclinó sobre una rodilla.

Sarah, que lo contemplaba desde las sombras del jardín, sonrió encantada. Las tenues figuras intercambiaron unas palabras, entonces sir Ralph se levantó y besó a la dama. Sarah contuvo la respiración, pero todo pareció ir bien. De la mano, la figura de rosa y su acompañante descendieron por las escaleras opuestas del cenador y se encaminaron hacia la verja. Para asegurarse totalmente de su éxito, Sarah entró al cenador y se quedó allí de pie, viendo cómo la pareja desaparecía tras la verja. Esperó en silencio, luego llegó hasta ella el ruido de los cascos de los caballos. Con una sonrisa se dio media vuelta. Lo que vio delante de ella la dejó helada.

Justo delante de ella se erguía una alta figura vestida de negro, apoyada descuidadamente contra el marco en un gesto tan característico que Sarah le hubiera reconocido en cualquier lugar.

—¿Estás, acaso, esperando a un hombre, querida mía?

Sarah intentó controlar sus repentinamente desatados nervios, pero él se le adelantó.

—No huyas, una persecución entre los arbustos sería poco digna de ti y acabaría atrapándote.

—¿Correr? —dijo mientras se quitaba la máscara que le molestaba—. ¿Por qué tendría que correr? —dijo, para alivio suyo, con voz tranquila.

Darcy no le contestó. En vez de ello, se apartó de la puerta y se acercó a ella. Alzó la mano y se quitó también la máscara; entonces, la miró fijamente a los ojos.

—¿Sigues pensando en huir a un convento?

—En efecto —dijo sin dejar de mirarlo.

Una triste sonrisa torció sus labios.

—Eso no es solución, tú lo sabes. No estás hecha para casarte con Dios.

—Mejor casarme con Dios que ser la amante de cualquier hombre.

—¿Tú crees? —vio cómo la mandíbula se le ponía tensa.

A pesar de haberse preparado para aquel momento, sus defensas se derrumbaron nada más acercarse a ella y se vio arrastrada al abandono, libre de cualquier atadura, sabiendo adónde llevaba aquel camino pero sin ya importarle.

Darcy la alzó en sus brazos y la llevó hasta los asientos acolchados a un lado del cenador.

—¡Darcy, no! —dijo moviendo la cabeza con fuerza—. Por favor, Darcy, déjame ir.

Sus lágrimas le hicieron volver en sí como nada en el mundo podría haberlo hecho. Lentamente la dejó en el suelo. Sarah lloraba a lágrima viva, como si el corazón fuera a rompersele.

—¿Sarah? —Darcy le acarició el suave pelo castaño.

Sarah se limpiaba los llorosos ojos con un pañuelo y mantenía la cabeza agachada para que él no le viera la cara.

—Por favor, vete, Darcy.

Darcy se quedó de piedra. Por primera vez en su vida deseaba tomar a una mujer entre sus brazos solo para consolarla. Toda inclinación para hacerle el amor había desaparecido nada más ver su desconsuelo. Pero sintió una desesperación tras sus palabras difícil de describir y decidió que lo más adecuado era hacer lo que le pedía. Suspiró largamente y con una inclinación de cabeza se marchó de allí.

Sarah oyó cómo sus pasos se alejaban y se quedó en el cenador hasta que había derramado todas las lágrimas que tenía dentro. Entonces, agradecida por tener la máscara con que cubrirse la cara, volvió al salón de baile para contarles a sus hermanas el éxito del plan.

Hugo paseó la mirada por todo el salón, buscando a Arabella entre el mar de cabezas; pero la túnica rosa no se veía por ninguna parte. Estaba más contrariado de lo que recordaba haber estado hacía mucho. Arabella había estado coqueteando sin cesar con él, pero para ella había sido un desconocido, y eso le molestaba. ¿Y para eso se había estado preocupando porque ella se

viera atrapada en un matrimonio sin amor? En el fondo no era más que una coqueta sin corazón. ¿Dónde demonios estaba?

Sintió que alguien le tocaba el hombro y pegó un respingo. Contrariamente a lo que pensó, no era Arabella, sino una dama vestida con túnica marrón y máscara del mismo color cubriéndole el rostro.

—Hola, amable caballero; parece usted muy solo.

Hugo pestañeó. Aquella mujer parecía tener un fuerte acento de Centroeuropa y un tono de voz ronco y sensual.

—Estoy sola —suspiró la dama de marrón—. Y como usted también parece solo, pensé que a lo mejor podríamos animarnos el uno al otro.

Hugo contempló a aquella dama de arriba a abajo. Su tono de voz sugería una experiencia que la tersura de su joven piel traicionaba. La pesada máscara que llevaba puesta le cubría la mayor parte de la cara, aunque pudo adivinar que tenía los labios carnosos.

La túnica, como era natural, le ocultaba la figura. Exasperado, Hugo miró de nuevo alrededor del salón en vano. Luego bajó la vista y le sonrió a la dama a los ojos color avellana.

—¿Qué idea tan interesante, querida mía! ¿Le parece que busquemos un lugar más apropiado para poder conocernos?

Rodeó a la dama por la cintura y comprobó que la tenía muy bien formada. Por un momento pareció ponerse tensa, pero enseguida se relajó. ¡Maldita Arabella! Le había vuelto loco; se olvidaría de su existencia y dejaría que aquella encantadora dama le ayudase a recuperar la salud mental.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba, querida?

La dama le dedicó una pícaro sonrisa.

—Maria Pavlovska —le dijo mientras él la conducía fuera del salón.

Encontraron sin dificultad una habitación vacía y nada más entrar Hugo estrechó a Maria entre sus brazos. Ella le permitió besarla y para sorpresa suya no protestó cuando el beso se volvió más apasionado. Hugo dejó que sus manos vagaran por su cuerpo, pero ella se limitó a reír suavemente. Vio un sillón que convenía a sus propósitos, la sentó sobre sus rodillas y la dejó que le volviese loco. Era la mujer más receptiva que había conocido jamás. Confundido por su buena suerte, sonrió comprensivamente cuando ella le susurró al oído que iba a dejarlo un momento.

Suspiró de alegría anticipada y estiró las largas piernas mientras se cerraba la puerta.

Como habían pasado ya veinte minutos y Maria Pavlovska no volvía, Hugo Denbigh entró en razón. ¿Dónde demonios estaba aquella mujer? Lo había dejado plantado, tal y como lo hiciera Arabella. De pronto, aquel pensamiento lo golpeó con fuerza. ¿Tal y como lo hiciera Arabella? No, no podía ser, estaba dejando que su imaginación corriera demasiado. Ciertamente, Maria Pavlovska le había excitado de una forma que solo Arabella había logrado provocar. ¡Maldita fuera! Incluso le había parecido Arabella, pero su túnica era rosa y la de Maria Pavlovska marrón. Aunque, pensándolo bien, se había fijado que le quedaba algo corta y que por debajo había visto unos zapatos rosa y el bajo de su vestido rosa. Aquel era el color favorito de Arabella, pero también era un color muy de moda entre las jóvenes. ¡Diantres! ¿Dónde estaba? ¿Dónde se habían metido todas? Con un largo suspiro, Hugo se levantó maldiciendo a todas las mujeres.

Capítulo 11

A su vuelta con Caroline al salón de baile, Max no se encontraba con ánimo para quedarse en la fiesta; además, le dolía la cabeza. A pesar de sus miedos, parecía que sus pupilas se estaban comportando normalmente, con lo que no tenía mucho sentido permanecer en Penbriht House. Pero aún era temprano y, después de los devaneos con Caroline, le parecía poco probable que lograra conciliar el sueño. Así, se despidió de su tía y de la mayor de sus pupilas y se fue en busca de otra clase de entretenimiento.

No se había molestado en sustituir a Carmelita, aunque pensándolo bien tampoco tenía ya mucho sentido. Dudó que le fueran a interesar aquel tipo de mujeres en el futuro, pero justo en ese momento, se arrepintió de no tener una sustituta a mano. Lo intentaría en los clubes que solía frecuentar; quizá un poco de riesgo lograra distraerlo.

Casi a punto de llegar a Delmere House ordenó a su cochero que le llevase a un discreto establecimiento en Bolsover Street. Envió el carruaje de vuelta a Penbriht House y entró en una de las casas de juego más de moda de todo Londres. Le gustaba aquel lugar por lo entretenido de los juegos y porque la bebida era de muy buena calidad. Max vio a varias mujeres que lo miraron interesadas, pero fue lo bastante astuto como para no mostrar un interés que en realidad no sentía. Entre los que llenaban el lugar, vio a algunas personas que habían estado en Penbriht House, entre ellas el mismo Darcy Hamilton.

Darcy, apoyado contra una pared, observaba el transcurso del juego en una de las mesas. Al ver a Max acercarse, frunció el ceño.

—Me di cuenta que tanto tú como la mayor de tus pupilas estuvisteis ausentes esta noche durante bastante tiempo. ¿Le estabas enseñando tu colección de sellos, quizá?

—Ya que lo dices, sí que estábamos arriba, pero no le estaba enseñando mis sellos.

Darcy le contestó con una carcajada.

—¡Maldito seas, Max! Entonces lo has logrado, ¿no?

—Casi —dijo encogiéndose de hombros—. Lo único es que decidí que la fiesta no era el lugar más adecuado —aquel comentario sorprendió a Darcy pero Max continuó antes de que pudiera abrir la boca—. Sus hermanas parecían estar tramando algo; aunque la verdad es que cuando salí de allí todo parecía estar en orden —Max miró a su amigo a la cara—. Y tú, ¿qué estás haciendo aquí?

—Intentando no pensar —dijo sucintamente.

—Ah, bueno, entonces ven a jugar una mano de piquet conmigo.

Siendo los dos excelentes jugadores y viejos adversarios, pronto se vieron rodeados de un corro de curiosos.

Tanto Max como Darcy disfrutaron de la batalla que estaban librando y, fuera cual fuera el resultado, ambos estaban dispuestos a continuar jugando hasta que durase su interés. En realidad, los dos consideraron aquel juego como una vía de escape a sus frustraciones de aquellas semanas.

El juego estaba ya bastante avanzado cuando lord McCubbin, un escocés ya mayor pero muy rico, entró en la sala con Emma Mortland del brazo. Esta le susurró algo al oído.

—Oh, sí, sí —dijo el caballero, que seguidamente se dirigió a los ocupantes de la mesa—. ¡Twyford! ¡Ah, ahí estás! Creo que esta noche has perdido algo más que el dinero ¿eh?

Max, a punto de robar una carta, se detuvo y levantó la mirada para encontrarse con la cara de lord McCubbin. Frunció el ceño pues tenía la terrible premonición de que aquel comentario traía malas noticias.

—¿A qué se refiere exactamente con lo que ha dicho, señor? —dijo con tono preciso pero muy serio.

Pero lord McCubbin pareció no darse cuenta.

—Pero, querido muchacho, esta noche has perdido a una de tus pupilas. Me refiero a la frívola de la túnica rosa. La he visto, claramente, metiéndose en un coche con el tipo ese, Keighly, a la puerta de Penbright House. Bueno, si no lo sabías supongo que ya es demasiado tarde, ¿no?

Max miró a Emma Mortland y vio en su rostro una expresión de malicioso triunfo; pero no tenía tiempo para perderlo con ella.

—¿Hacia adónde fueron? —preguntó volviéndose hacia lord McCubbin.

—Esto... no lo vi; yo volví a la fiesta.

Martin Rotherbridge contempló el reloj de su dormitorio. Eran más de las siete de la mañana. Se había pasado toda la noche despierto desde que regresara de la fiesta, con la botella de coñac de su hermano haciéndole compañía, pensando en su relación con Lizzie Twinning. Aun así, no había logrado encontrar más que una solución a todo ello. Meneó la cabeza y abrió la puerta. Al hacerlo, escuchó unos ruidos provenientes del vestíbulo. Oyó la voz de su hermano dándole una serie de órdenes a sus mayordomos. Era la primera vez que oía a Max emplear aquel tono de voz.

En la biblioteca, Max paseaba agitadamente junto a la chimenea. Darcy Hamilton permanecía en silencio junto a la ventana. De pronto, Max se dio cuenta de algo. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¿Por qué no había ido su tía a avisarle de la desaparición de Anabella? Eso solo podía significar que Arabella había logrado ocultar su ausencia. Solo imaginarse a su tía histérica, por no mencionar a Miriam Alford, le daba que pensar. Su propia carrera de escándalos palidecería al lado de aquel episodio. Cuando agarrase a Arabella, le iba a retorcer el pescuezo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Martin.

—¡Es Arabella! —contestó Max hecho una furia—. La estúpida mocosa se ha largado con Keighly.

—¿Se ha fugado?

—Bueno, me imagino que querrá casarse con ella y, teniendo en cuenta todo lo que las demás han insistido en ello, no creo que vaya a cambiar de opinión tan repentinamente. Claro que si yo tengo algo que decir al respecto, no se casará con Keighly. ¡La meteré en un convento hasta que entre en razón!

—Creo que hay uno muy bueno cerca de donde vivían antes —dijo Darcy.

En ese momento la puerta de entrada se abrió y volvió a cerrarse y apareció el eficiente Wilson, el servidor en el que Max confiaba más.

—Pensé que le gustaría saber, Su Excelencia, que no se ha visto tal vehículo de camino al norte, al nordeste o al sur. El hombre que cubre la carretera de Dover tiene aún que informarme, al igual que el que traiga noticias de la carretera del suroeste.

Max asintió.

—Gracias Wilson, mantenme informado según te vayan llegando noticias.

Max puso aún peor cara.

—¿Dónde estarán? ¿En Gretna Green? ¿En Dover? Sé que Keighly tiene fincas en algún sitio, pero nunca he sabido dónde —y volviéndose a su

hermano preguntó—: ¿Te lo ha dicho Lizzie alguna vez?

Martin meneó la cabeza.

—No, pero la vi hablando con Keighly nada más llegar a la fiesta. Después le pregunté de qué se trataba, pero negó que fuera algo importante —le había cambiado la cara—. Seguro que ya lo sabía.

—Creo que Sarah también —dijo Darcy con monotonía—. La vi salir con Keighly, luego, la encontré sola en el cenador, no lejos de la verja de carruajes.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Max—. Es imposible que todas se hayan vuelto locas a la vez. Lo que no entiendo es por qué Keighly les resulta tan atractivo.

Se oyó alguien llamar a la puerta y seguidamente Hillshaw se presentó ante su amo.

—Lord Denbigh desea hablar con Su Excelencia.

Max se puso pálido pero seguidamente habló.

—Hazle pasar; tarde o temprano tendrá que enterarse.

Después se enteraron de que ya lo sabía. Hugo entró en la biblioteca hecho una furia. Le estrechó a todos la mano brevemente antes de preguntar:

—¿Sabéis qué camino han tomado?

Max pestañeó y le indicó que se sentara.

—¿Cómo te has enterado?

—No se habla de otra cosa —dijo Hugo acomodándose en la silla—. Yo estaba en White's cuando lo oí. ¡Cuando atrape a Arabella, le voy a retorcer el cuello!

Al oír aquello Max sonrió cansado.

—Creo que tendrás que hacer cola para eso.

Wilson entró en la habitación sin hacer ruido y carraspeó para aclararse la garganta.

—Un coche que transportaba a un caballero y una dama vestida con una túnica rosa se detuvo en la Corona de Acton a las dos de la madrugada.

—Las dos —repitió Max mirando el reloj—; y son más de las ocho. Deben de estar ya pasado Uxbridge, a no ser que hicieran una parada larga.

Wilson meneó la cabeza.

—No, Su Excelencia. Solo se pararon el tiempo suficiente para cambiar de caballos —dijo Wilson con emoción—. Parece ser que la joven dama estaba ansiosa por alejarse lo antes posible.

—Más le vale —dijo Max, brillándole los ojos—. Prepárame el coche, Wilson y... buen trabajo.

—Gracias, Su Excelencia —Wilson hizo una reverencia y se marchó. Max se bebió de un trago el coñac que le quedaba y se levantó.

—Iré contigo —dijo Hugo, depositando también su copa sobre una mesa. Max asintió.

—Muy bien, quizá vosotros dos queráis informar de lo ocurrido a las damas de Twyford House.

Martin estuvo de acuerdo.

Momentos después, escucharon a Hillshaw hablar y tras él, una inconfundible voz femenina.

Maldiciendo, Max se encaminó hacia el vestíbulo.

Caroline contemplaba a Hillshaw con una mirada que no dejaba rastro de duda.

—Deseo ver a Su Excelencia inmediatamente, Hillshaw.

Aceptando la derrota, Hillshaw se volvió para acompañarla a la sala cuando le detuvo la voz de su amo.

—¡Carol! ¿Qué estás haciendo aquí?

Desde la puerta de la biblioteca, Max se dirigió a la mano que Caroline le tendía. Esta abrió los ojos como platos al ver la pistola que Max tenía en la mano, para llevarla consigo.

—Gracias a Dios que llego a tiempo —dijo.

—Todo está bajo control, hemos averiguado la carretera que tomaron. Denbigh y yo estábamos a punto de ir a buscarlos. No te preocupes, la traeremos de vuelta...

Pero Caroline lo agarró del brazo y pareció ponerse más nerviosa.

—¡No! ¡No lo entiendes!

—Pasa a la biblioteca —dijo Max, frunciendo el ceño.

Al entrar allí y ver a los demás ocupantes se ruborizó ligeramente.

—Oh, no sabía... —dijo.

Max hizo un gesto con la mano.

—No pasa nada; ya lo saben —y le instó a que se sentara en la butaca que Hugo había dejado vacía—. Carol, ¿sabes dónde tiene Keighly las fincas?

Caroline luchaba por entender lo que acababa de oír. ¿Que ya lo sabían? ¿Y cómo se habían enterado?

—En Gloucestershire, creo —al ver a Max con las pistolas se le hizo un

nudo en el estómago—. Max, ¿qué vas a hacer con eso?

Fue Hugo quien le contestó.

—Son para asegurarnos que Keighly entra en razón, señora —dijo suavemente—. Además de recalcarle que mantenga la boca cerrada con todo esto.

Caroline lo miró sin entender nada.

—Pero, ¿por qué? Quiero decir, ¿qué podría comentar él? Todo esto me parece ridículo.

—¿Ridículo? —repitió Max con sorna.

—Me temo que no acabo de comprenderla, señorita Twinning —dijo Darcy—. Toda la ciudad está ya enterada de la historia. Pero, si Max consigue traerla de vuelta y Keighly cierra la boca, entonces quizá sería posible que todo quedara en agua de borrajas, ¿entiende?

—Pero... ¿Por qué tiene Max que intervenir?

Aquella pregunta fue recibida con sorpresa.

—¡Pero por todos los demonios! Él es su tutor.

Durante un instante, Caroline se quedó estupefacta.

—¿Ah, sí? —susurró débilmente.

Aquello era demasiado para Max.

—Sabes de sobra que lo soy —creyó que Carol había perdido la cabeza de la impresión—. Hugo y yo estamos listos para marchar a buscar a Arabella.

—¡No! —dijo Caroline casi gritando mientras se ponía en pie—. ¡No lo entiendes! Y no me dejas explicártelo.

Caroline abrió mucho los ojos al ver a Max dar la vuelta a la mesa y avanzar hacia ella.

—Arabella no se marchó con sir Ralph.

Max se paró en seco, luego entrecerró los ojos.

—La vieron subir a su carruaje en la salida de coches de Penbright House.

Caroline meneaba la cabeza mientras intentaba aclarar sus propias ideas.

—¿Vieron a una mujer vestida con una túnica rosa subiendo al coche de sir Ralph?

Ante su mirada inquisitiva, Max recordó las palabras de lord McCubbin.

—¿Y estás segura de que no era Arabella?

—Al salir de Twyford House la he dejado desayunando.

—¿Entonces quién...?

—¿Sarah? —dijo Darcy con un hilo de voz.

Caroline parecía confundida.

—No, ella también está en casa.

—¿Lizzie? —la expresión horrorizada de Martin asustó a Caroline.

—¡Por supuesto que no! Lizzie está en Twyford House.

—Entonces, ¿quién se marchó con sir Ralph? —Max creyó vislumbrar un rayito de entendimiento por primera vez en muchas horas.

—La señorita Harriet Jenkins.

—¿Quién? —preguntaron todos al unísono.

Caroline se recostó en su butaca y les indicó que se sentaran.

—Siéntense y se lo explicaré todo.

Y así lo hizo, siendo interrumpida en numerosas ocasiones para hacer alguna aclaración.

—A las doce y veinte, Arabella se cambió la túnica con Harriet Jenkins y esta se dirigió al cenador junto a la parada de carruajes.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Hugo Denbigh, poniéndose pálido—. ¿De qué color era la otra túnica?

Caroline se lo quedó mirando fijamente.

—Marrón.

—¡Oh, no! Debería haberme dado cuenta, pero su acento...

Entonces, Caroline se echó a reír.

—Ah, ¿conociste a Maria Pavlovska?

—¡Claro que sí! Permítame decirle, señorita Twinning, que su hermana es una descarada.

—Lo sé —y al ver la cara interrogante que tenía Max, Caroline procedió a explicarle—. Maria Pavlovska es un personaje que Arabella representó en una obra de teatro en el barco: una condesa polaca de...

—De escasa virtud —añadió Hugo.

Caroline retomó el hilo de su narración hasta el final.

—Supongo que le propuso matrimonio a Harriet antes de ponerse en camino y, como la familia de la señorita Jenkins estaba de acuerdo con ello, me imagino que se encaminaron de vuelta a Gloucestershire. Creo que no hay nada por qué preocuparse. Ah, y el señor Minchbury pidió ayer la mano de Amanda y los Crowbridge han aceptado, con lo que todo ha terminado bien y todo el mundo está contento.

—Excepto nosotros cuatro, que hemos envejecido mucho en solo una noche. Hugo los interrumpió.

—Pero nos olvidamos de algo: todo la ciudad piensa que Arabella se ha fugado con Keighly.

—Oh, no. Eso no es posible. Todo el que estuviera anoche en Penbright House cuando la gente se quitó las máscaras vio a Arabella. Alguien sugirió que se hiciera un concurso y que el ganador sería aquel que tardara más en ser identificado. Y como nadie adivinó quién era en realidad Maria Pavlovská, Arabella ganó.

Max se levantó y los demás hicieron lo propio. Hugo, todavía con expresión de incredulidad, se marchó, seguido casi inmediatamente de Darcy. Martin se retiró para descansar y Caroline se quedó de nuevo a solas con su tutor.

Max se acercó a ella, la levantó de la butaca y la tomó en sus brazos. Ella reposó la cabeza sobre su hombro y él se echó a reír.

—Cariño, si pensase que tus hermanas van a ser mis pupilas durante mucho más tiempo, llamaría a Whitney para que rompiera la cláusula de tutelaje.

—Lo siento —farfulló Caroline, enderezándole el pañuelo del cuello—. Vine en cuanto me enteré.

—Lo sé —contestó Max—. Y te lo agradezco mucho, de hecho, ¿te imaginas a Hugo y a mí con las pistolas intentando adelantar al coche de Keighly? No quiero ni pensarlo —la abrazó—. Ahora, será mejor que vuelvas a casa. Yo voy a dormir un poco.

—Un momento —dijo sin dejar de mirar el pañuelo—. ¿Recuerdas cuando te dije que te informaría si pensábamos considerar seriamente a algún caballero para que tú pudieras darle permiso para cortejarnos?

Max asintió.

—Sí, lo recuerdo.

¿No se le ocurriría mencionar a Willoughby? ¿Habría pasado algo la noche anterior después de marcharse? De repente notó un sudor frío.

—Bueno, quiero decir, si lord Darcy te lo pidiera, eso ya lo sabes ¿no?

—Sí —contestó algo más aliviado—. Creo que Darcy sería un buen marido para Sarah. Además, tienes razón, estoy esperando a que me lo pida de un momento a otro. Con lo que tenemos lo de Sarah resuelto.

—Y había pensado que lord Denbigh le va bien a Arabella, aunque después de lo de Maria Pavlovská...

—Creo que al final se le pasará. Y, como supongo que la tía Augusta os habrá contado ya, es totalmente aceptable si se consigue que la proponga en matrimonio.

—Y —dijo Caroline bajando la vista— no estoy totalmente segura pero...

—Crees que Martin pueda pedirme la mano de Lizzie —añadió Max, empezando a sentir el cansancio—. No veo qué problema puede haber. Martin tiene más dinero del que le conviene y creo que Lizzie hará que se mantenga alerta —intentó mirar a Caroline a los ojos, pero esta los tenía fijos en la corbata—. Estoy emocionado porque te guste tanto mi pañuelo, cariño, pero ¿hay algo más? Estoy muerto de cansancio —le dijo con una sonrisa.

Caroline levantó la mirada.

—¡Claro que estarás muy cansado! No. No hay nada más.

Max percibió un extraño deje de nostalgia en su voz y adivinó su causa. Sonrió ampliamente.

—Una vez que haya descansado y me haya recuperado de las proezas de tus hermanas, te iré a buscar, digamos ¿a las tres? Te llevaré a dar un paseo; hay un par de cosas de las que quiero hablar contigo —la condujo hasta el vestíbulo y al ver la mirada inquisitiva de Caroline, añadió—: Acerca de vuestra fiesta.

—Oh, ya casi lo había olvidado —dijo mientras Max la ayudaba a ponerse el abrigo.

Habían organizado una fiesta en honor de las Twinning en Twyford House la semana siguiente.

—Lo hablaremos esta tarde, a las tres —dijo Max mientras le besaba la mano y la acompañaba hasta el coche.

Capítulo 12

Cuando Caroline volvió de Delmere House una media hora más tarde, sus hermanas no se habían movido de la habitación, tal y como ella les había ordenado. Tomó asiento y aceptó una taza de café de Arabella antes de explicarles lo cerca que habían estado de crear un tremendo embrollo. No se les había ocurrido pensar que alguien pudiera ver a Harriet salir y, sacando las conclusiones más lógicas, informar a Max de ello.

—De todas maneras, no creo que debamos hacer nada más. Arabella, menos mal que pasearte por ahí como Maria Pavlovska hizo que todo el mundo supiera que no te fugaste de la fiesta —tras un momento de silencio, Caroline añadió—: Creo que Max espera que nos comportemos como si nada hubiera pasado. Supongo que tendrás que admitir que te cambiaste la túnica con Harriet Jenkins, pero puedes decir que solo fue un juego. Y recuerda mostrarte sorprendida cuando te cuente la historia de que Harriet salió de la fiesta con sir Ralph —de pronto la asaltó una terrible duda—. ¿Pensáis que las muchachas Crowbridge serán discretas?

Se apresuraron a asegurarle a su hermana que en aquello no había problema.

—Al fin y al cabo, lo hemos hecho por Amanda —apuntó Lizzie.

—¿Está Max muy enfadado con nosotras?

Caroline consideró la pregunta mientras las demás esperaban nerviosas su respuesta.

—Creo que se ha resignado a hacer la vista gorda, ahora que todo ha pasado y no ha ocurrido nada malo. A pesar de todo, si yo estuviera en vuestro lugar no me dejaría ver durante unos días.

Una vez aseguradas de que su tutor no iba a castigarlas por todo ello, Lizzie y Arabella salieron de la habitación, después de abrazar a su hermana y darle las gracias por lo que había hecho por ellas. Sarah sospechó que se irían a algún rincón para intentar buscar una explicación a aquella presión que sentían en sus corazones.

Sarah, cosa rara, ya no sentía la necesidad de imitarlas. Durante las largas

noches en vela había finalmente llegado a la conclusión de que no podía vivir sin Darcy Hamilton. La noche anterior en el cenador había estado a punto de rogarle que la llevara a algún lugar solitario para poder continuar sus hazañas amorosas con más privacidad. Sabía que, de haber pronunciado las palabras, él lo habría dispuesto todo en un instante; su deseo por ella era tan grande como el de ella por él. Solo su participación en el plan de sir Ralph y la consternación que hubiera causado su repentina desaparición ganaron la batalla. Su deseo de casarse y formar una familia y un hogar eran tan fuertes como siempre. Pero, si él se negaba a considerar tal arreglo, estaría preparada a tener en cuenta cualquier alternativa que Darcy pudiera ofrecerla.

Caroline terminó por dejar la tostada que no le apetecía. Se levantó y se sacudió las faldas nerviosamente. De pronto, Sarah se preguntó si su hermana mayor estaba en un estado similar al resto de ellas. Después de todo, todas eran Twinning y, aunque superficialmente sus problemas eran diferentes, en el fondo no eran más que variaciones de una misma cosa.

Todas estaban enamoradas de tipos vividores, los cuales parecían todos resistirse al matrimonio. En su caso, el calavera había casi triunfado pero ¿y en el caso de Caroline? Esperaba que al menos Max no se saliera con la suya. Caroline era la más lista de todas ellas, entonces ¿por qué parecía tan preocupada?

Ciertamente a Caroline la atormentaban los pensamientos más negros. Dejó a Sarah con sus pensamientos y sin rumbo fijo fue paseando por la casa hasta llegar al pequeño patio trasero. Finalmente se encontró delante de la hamaca entre los cerezos, protegida del sol de la mañana por el frondoso follaje de los árboles. Se encaramó a ella y, descansando la cabeza sobre los cojines con alivio, se dispuso a dejar que todas las emociones conflictivas que llevaba dentro se lanzaran a la batalla.

No era una estúpida y no iba a pretender no conocer las intenciones de Max cuando oyó el clic de la cerradura la noche anterior en Penbright House. Tampoco podía decirse a sí misma que la situación se le había escapado de las manos, al menos no en ese momento. Si hubiera hecho un esfuerzo real para impedir aquel encuentro ilícito, Max hubiera estado de acuerdo inmediatamente; la verdad era que no la había forzado a quedarse. Pero fue la otra Caroline la que le había recibido en sus brazos y había consentido en disfrutar las delicias que la esperaban entre los de él.

Nunca había logrado introducir el tema del matrimonio en su relación y

sabía de sobra que lo que Max deseaba era vivir un romance ilícito. Lo que hasta ese momento había sobrestimado fue su propio interés en procedimiento tan escandaloso. Pero no podía negar el placer que había experimentado entre sus brazos, ni tampoco la desilusión que sintió cuando él interrumpió su encuentro. Sabía que podía confiar en él para que la próxima vez no hubiera impedimento alguno a la consecución de su formación completa. Entonces, se echaría a sus brazos sin resistirse y sin arrepentimientos. Pero para la otra Caroline Twinning aquello era en verdad un pensamiento reprobable.

Martin Rotherbridge llevaba veinte minutos paseando con la esperanza de que se le pasara el nerviosismo por lo que estaba a punto de hacer. Hubiera preferido cualquier cosa a aquello, pero no había otra elección: los acontecimientos de aquella mañana habían terminado de convencerlo. No deseaba tener que volver a pasar un momento similar al de aquella mañana, en el que, durante unos segundos, pensó que Lizzie se había fugado con Keighly y la única forma de asegurarse era casándose con aquella mocosa.

Desde luego que aquella no había sido su intención y sabía que Max se reiría de él, pero ya lo había decidido. Además, Lizzie necesitaba un marido que la guiara lejos de los peligros a los que la llevarían su inocencia y su belleza. Aparte de todo, deseaba a aquella muchacha desesperadamente y, ya que así era, pensó que sería mejor si lo hiciese oficialmente.

Bueno, no tenía sentido alargar todo aquello; sería mejor ir a hablar con Max.

Volvió sus pasos en dirección a Delmere House. Al dar la vuelta a una esquina, a unas manzanas de donde iba, vio la impresionante figura de lord Denbigh caminando por el otro lado de la calle, pero en la misma dirección que él. Sin pensarlo, Martin cruzó la calle.

—¡Hugo!

Lord Denbigh se detuvo para ver quién le había llamado. Aunque se llevaban unos años, Martin y él tenían intereses en común y hacía tiempo que se conocían. Hugo sonrió.

—Hola, Martin, ¿vas para casa?

Martin asintió y se puso a caminar a su lado. Al ver a Hugo, sintió curiosidad por lo de Maria Pavlovska.

—¡Vaya con las hermanas Twinning!

—Y que lo digas —dijo Hugo con tono seco.

—Nos vuelven locos. ¿Qué ocurrió exactamente cuando Arabella se hizo pasar por la condesa polaca?

Cuál no sería su sorpresa cuando vio que Hugo se ruborizó ligeramente.

—Oh, no pasó nada —dijo, pero al ver la mirada de Martin continuó—: Si quieres saberlo, te diré que se comportó de una forma un tanto... bueno, que en realidad no sé quién estaba seduciendo a quién.

Martin se echó a reír, pero se calló inmediatamente al ver la cara que puso Hugo.

—Bueno, supongo que será mejor que te lo diga, ya que pronto se va a enterar todo el mundo. Voy a pedirle permiso a Max para hacerle la corte a Lizzie Twinning.

Hugo abrió los ojos como platos ante la noticia.

—No sabía que quisieras dejarte atrapar tan pronto.

Martin se encogió de hombros.

—No hay nada más que pueda hacer. Aparte de facilitar muchas cosas, también evitaré que se meta en más líos siendo su marido.

—Muy cierto —asintió Hugo lentamente.

Caminaron durante un rato en silencio y, cuando Martin vio que se acercaban a Delmere House, se volvió a Hugo.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

Por segunda vez en una tarde, Hugo se puso colorado. De pronto se detuvo, por lo que Martin lo hizo también.

—Creo que también debo confesarte que yo también voy a ver a Max.

Martin se echó a reír y esta vez no hizo nada para evitarlo. Cuando se hubo calmado, le dio a Hugo una palmadita en la espalda.

—¡Bienvenido a la familia! ¡Y vaya familia que vamos a tener, Dios mío! Vaya, si no me equivoco ese es el coche de Darcy Hamilton —dijo al llegar a la puerta de Delmere House.

Hugo levantó la vista y vio cómo el mismo Hamilton, elegantemente ataviado, descendía del landó y cruzaba unas palabras con su lacayo. Antes de subir las escaleras de la entrada, se le unieron Martin y Hugo.

—¿También has venido a ver a Max? —dijo Martin muy sonriente.

—Pues, la verdad es que sí —y al ver a Martin y Hugo allí añadió—: ¿Queréis decirme que hay cola?

—Eso me temo —confirmó Hugo, sonriendo. —Un momento —le

interrumpió Martin antes de que el otro pudiera continuar—. Ese es el landó de Max. ¿Creéis que irá a alguna parte?

Darcy Hamilton, a quien le había dirigido la pregunta, meneó la cabeza.

—A mí no me ha dicho nada.

De pronto se abrió la puerta de Delmere House. Masterton bajó corriendo las escaleras y subió al carruaje. Nada más cerrar la portezuela el cochero puso en marcha el vehículo. Inmediatamente, el espacio vacío fue ocupado por el coche de Max.

Martin arqueó las cejas.

—Masterton con maletas —dijo—. ¿Por qué será?

—Sea cual sea la razón, creo que será mejor que veamos a tu hermano antes de que nos deje aquí frustrados durante una semana más.

—¡Por supuesto!

Sin más discusión se volvieron hacia la puerta, pero en ese momento esta se abrió y apareció su presa.

Max, contemplándolos mientras se ponía los guantes de conducir, esbozó una sonrisa.

—Max, tenemos que hablarte.

—¿Adónde vas?

—No puedes irte ahora.

Riendo, Max levantó la mano para tranquilizarlos.

—Estoy tan contento de veros a todos, pero... dejad que os diga que no tengo ni tiempo ni ganas de hablar del asunto. Mis respuestas son sí, sí y sí. ¿De acuerdo?

Darcy Hamilton se echó a reír también.

—A mí me parece estupendo.

Hugo asintió divertido.

—¿Te vas? —preguntó Martin.

Max asintió.

—Necesito descansar, irme a algún sitio tranquilo.

—¿Con o sin compañía? —dijo Martin con una sonrisa muy pícaro.

—No te preocupes por mí, querido hermano. Límitate a reservar tu energía para mantener a Lizzie alejada de todos los embrollos en los que vaya a meterse —se volvió a mirar los carruajes que había a la puerta—. En realidad, creo que os voy a hacer un favor. Os sugiero que vayamos a Twyford House. Yo me ocupo de llevarme a la señorita Twinning; la tía Augusta y

Miriam Alford descansan durante toda la tarde y la casa es muy grande. Si no conseguís que las Twinning acepten vuestras propuestas bajo tales circunstancias, yo me lavo las manos con vosotros.

Todos estuvieron de acuerdo y juntos partieron enseguida. Martin y Max en su coche; lord Darcy y Hugo en el del primero.

El sonido de voces masculinas anunció a Caroline la llegada de su tutor. Se puso el sombrero e hizo un gesto con la mano despidiéndose de sus tres hermanas. Todas parecían algo trastornadas y la verdad era que la misma Caroline se sentía también así. Cansada por los acontecimientos de la mañana, se había quedado dormida en la hamaca bajo los cerezos. Sus hermanas la despertaron para que comiera algo antes de que fuera Max a buscarla.

Mientras caminaba por el pasillo experimentó la misma emoción que la invadía cuando iba a ver a Max Rotherbridge, aunque fuera a estar con él en el asiento de un coche, paseando por Londres y en plena luz del día. Entonces, notó que la otra Caroline Twinning empezaba a despertar en ella. Al llegar al vestíbulo se quedó perpleja al ver a cuatro caballeros elegantemente vestidos, en vez de a uno como ella esperaba.

Max, como siempre, se adelantó a saludarla.

—Me alegro de verte, querida, pero ¿dónde están tus hermanas?

Caroline pestañeó.

—Están en la sala —contestó, volviéndose para saludar a Darcy Hamilton.

Max se volvió a uno de sus criados.

—Millwade, acompaña a estos caballeros a la sala del jardín.

Caroline se quedó de piedra al oír aquello, pero, antes de que pudiera abrir la boca, notó que alguien le colocaba la capa sobre los hombros y la empujaba hacia la puerta.

Se vio obligada a callarse hasta que Max se sentó a su lado en el coche.

—¿Se supone que eres nuestro tutor! ¿No te parece poco convencional dejar a tus pupilas a solas con tres caballeros?

—No creo que ninguna de las tres necesite de nadie en estos momentos, al menos cuando van a intentar proponerlas en matrimonio.

—¡Oh! ¿Quieres decir con eso que ya te lo han pedido?

Max asintió, luego bajó la vista.

—Imagino que los pretendientes te parecen bien.

—¡Oh, sí! Solo que, bueno, los demás no tenían muchas esperanzas —tras una pausa añadió—: ¿No te ha sorprendido?

—A Darcy llevaba esperándolo desde hace semanas ya. Después de lo de esta mañana, sabía que Hugo vendría y Martin lleva unas semanas más callado de lo que lo he visto en mi vida. Espero que tus hermanas hayan sufrido tanto como sus pretendientes, es lo más justo.

Caroline no pudo evitar sonreír y, al hacerlo, le salió el hoyuelo en la mejilla. Rieron y discutieron, a veces muy seriamente y acabaron por hablar de la fiesta en Twyford House.

Se había fijado aquel acontecimiento para el martes siguiente. Acudirían más de cuatrocientos invitados pero, afortunadamente, el salón de baile era enorme y la casa podía albergar aquel número fácilmente.

Bajo los consejos de lady Benborough, las hermanas Twinning se habían encargado de todos los preparativos. Mientras Caroline iba contestando todas las preguntas de Max, no se fijó en los alrededores.

—¿No te parece —empezó, dispuesta a contarle algo que ella y sus hermanas habían discutido— que, como no será una presentación en toda regla, puesto que ninguna somos en realidad debutantes, la fiesta pueda fracasar?

Max sonrió.

—Creo que puedo asegurarte que no fracasará; al contrario —dijo como si se le acabara de ocurrir algo—, pienso que será una de las mejores de la temporada.

Cuando estaba con su tutor el tiempo se le pasaba volando. Hasta que no sintió un poco de frío Caroline no miró a su alrededor. El coche marchaba por una carretera bordeada a ambos lados por setos bajos, tras los cuales se extendían las verdes campiñas. Por la dirección del sol adivinó que viajaban hacia el sur, en dirección opuesta a la ciudad.

—¿No crees que deberíamos dar la vuelta?

Max la miró, con una sonrisa pícaro en su rostro.

—No vamos a volver.

La mente de Caroline se negó a aceptar lo que implicaban aquellas palabras.

—¿Dónde estamos? —preguntó tras una pausa.

—Un poco más allá de Twickenham.

Si estaban ya tan lejos de la ciudad, no podrían regresar aquella noche

aunque estuviera bromeando. Porque imaginaba que así era.

El coche deceleró el paso y Max arreó a los caballos para que penetrasen en un camino bordeado de hayas. Al cruzar unas impresionantes cancelas, Caroline vio el escudo de armas de Delmere House grabado sobre el hierro. Miró a su alrededor con interés, negándose a creer la sospecha que iba en aumento. El camino se adentraba en el hayedo para luego abrirse a lo largo de la cresta de la loma, rodeada de tierras despejadas. De un lado, había pastos que descendían hasta un río distante. El hayedo se quedaba atrás mientras el coche continuaba hacia una pendiente. Desde arriba, la carretera descendía para terminar en un patio de grava delante de una casa de piedra. Descansaba en el caprichoso meandro de un riachuelo, probablemente afluente de un río mayor, que no podía ser otro que el Támesis.

El tejado de la casa estaba lleno de chimeneas que se elevaban sobre las tejas. En la luz del ocaso, la casa parecía bañada por una bola de fuego, cálida y acogedora. Caroline pensó que era una de las casas más agradables que había visto en su vida.

Los estaban esperando; eso le quedó claro desde el principio. Un lacayo se acercó apresuradamente al escuchar el chirrido de las ruedas sobre la grava. Max la ayudó a salir y entraron en la casa. Caroline se vio en un pequeño vestíbulo con paneles de roble recubriendo las paredes y una pequeña mesa en medio de un suelo embaldosado. Max, que la tenía agarrada por el codo, la condujo por un pasillo que terminaba en una puerta de roble ricamente tallada.

—¿Dónde están los criados?

—Oh, están por aquí; solo es que están muy bien entrenados y no se dejan ver.

A Caroline no le quedaba ya ninguna duda de lo que iba a ocurrir. Entraron en una espaciosa habitación, amueblada de una forma que nunca había visto.

El suelo estaba cubierto de gruesas alfombras de seda de las más bellas y diferentes tonalidades. Había mesas bajas aquí y allá, colocadas entre montones de cojines de seda y raso de todos los colores imaginables.

Unas altas puertas de madera y cristal se abrían a un patio enlosado. Al cruzar la habitación para asomarse, se fijó en las ornamentales lámparas de bronce que colgaban del techo. El patio estaba cercado completamente por una valla de madera, en la que una pequeña puerta daba al riachuelo. Al volverse hacia la habitación, Caroline pensó que todo aquello tenía un efecto relajante sobre sus sentidos. En ese momento, su mirada se detuvo en una tarima

cubierta de seda y, al verla, abrió mucho los ojos con sorpresa. Desde donde estaba ella, se veía claramente que se trataba de una cama, aunque artísticamente disimulada con multitud de almohadones de colores. Confirmadas sus sospechas, miró a su tutor.

Al hacerlo, se le hizo un nudo en el estómago.

—Max... —empezó a decir con incertidumbre.

Pero entonces él se puso delante de ella, con un brillo de deseo en la mirada y le sonrió de aquella forma que hacía él, causando estragos en sus buenas intenciones.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —consiguió articular, el pulso latiéndole con fuerza, la respiración entrecortada y con los nervios de punta por la emoción.

—Terminar con tu formación —dijo con voz ronca.

¿Y bien? ¿Qué se había imaginado?

Max se agachó a besarla y ella abrió la boca para acogerlo de buen grado. Max apretó el abrazo hasta que la tenía contra su pecho, pero a Caroline no le importó.

Cuando finalmente Max levantó la cabeza, tenía los ojos brillantes y su respiración era tan entrecortada como la de ella.

—Me he dado cuenta de que has dejado de recordarme que soy tu tutor.

Caroline le acarició los negros cabellos.

—Me he dado por vencida —dijo resignada—. De todas maneras nunca me haces caso.

Max se echó a reír y la besó de nuevo; después le dio la vuelta.

—Aunque fuera tu tutor, te habría seducido, cariño.

Caroline se quedó quieta mientras Max le desataba los lazos del vestido. Entonces sus palabras calaron en ella y levantó la cabeza bruscamente.

—¿Has dicho aunque? Max... —intentó darse la vuelta pero la mano de él se lo impidió—. Eres mi tutor, tú mismo me lo dijiste...

—Sí, sé que te lo dije —asintió Max, atareado con los lazos del vestido.

—¿Qué quieres decir? ¿Me has mentado? ¿Y por qué?

Max dejó los lazos y centró su atención en los diminutos botones de su camisola.

—Nunca fuiste mi pupila; dejaste de ser pupila del duque de Twyford al cumplir los veinticinco años. Pero te hice creer que aún lo era porque pensé

que si sabías la verdad nunca me hubieras dejado acercarme a ti —le sonrió con picardía mientras la camisola caía al suelo, junto al resto de la ropa—. Claro que entonces no sabía que... las Twinning sentían debilidad por los libertinos.

Caroline cerró los ojos y dejó caer hacia atrás la cabeza, mientras sus manos le rodeaban los pechos. Max volvió a unir sus labios con los de ella y entonces la mente se le quedó irremediabilmente en blanco, dando rienda suelta a sus sentidos. Los huesos se le volvieron de gelatina y las rodillas le fallaron; entonces Max la levantó del suelo y momentos después sintió que la depositaba entre la suavidad de los sedosos almohadones de la cama.

Sintió la excitación en cada poro de su piel y se estiró en un movimiento sensual, sonriéndole a la luz que vio brillar en los ojos de Max al contemplarla mientras se desnudaba.

Max se acercó a ella y los dos cuerpos se fundieron en uno solo. Caroline suspiró satisfecha, concentrándose en cuerpo y alma en aquella última lección.

Capítulo 13

—¿Sarah? —Darcy intentó mirar desde arriba el rostro que se escondía bajo el vello de su pecho.

—Umm —dijo Sarah adormilada, acurrucándose cómodamente contra él.

Darcy sonrió. Junto a Martin y Hugo había llegado a la sala donde estaban las tres hermanas. Como Sarah se quedase inmóvil junto a la ventana, Darcy le había hecho una señal y, a petición de él, habían abandonado la habitación. Al murmurarle al oído que deseaba verla en privado, ella le había conducido hasta el gabinete. Allí, tuvo la intención de hablar con ella, pero Sarah se quedó tan callada que, antes de que se diera cuenta, estaba besándola. Después de cinco minutos, Darcy fue a cerrar la puerta con cerrojo, tras lo cual ninguno de los dos había pensado en nada más que en apagar sus embravecidos deseos.

Mucho rato después, cuando ya se habían recuperado, Darcy le pidió que se casara con él. Ella había reaccionado con sorpresa y solo entonces Darcy se dio cuenta de que no había esperado su proposición. Su respuesta, aunque sin palabras, había sido clara y no le dejó dudas acerca de su deseo de ser su esposa. Aquella idea le hizo reír; ¿lograría sobrevivir a todo ello?

Acostumbrado a aprovecharse del aburrimiento de las mujeres casadas, resolvió que su Sarah nunca estuviera al alcance de ningún sinvergüenza. Lo mejor sería convertirla en su esposa lo antes posible; instalarla en Hamilton House, llevarla a conocer sus residencias campestres y darle un hijo o dos sería suficiente para mantenerla entretenida. Al menos, lo suficiente para que no deseara a otro hombre que no fuera él.

Se estaba yendo la luz; Darcy atisbó por la ventana para darse cuenta de que la tarde estaba ya muy avanzada.

—Me temo, cariño, que vas a tener que levantarte. Se está haciendo tarde y seguro que alguien vendrá a buscarnos. Creo que deberíamos vestirnos por si acaso.

Mientras Sarah se incorporaba, Darcy la contemplaba.

—Por cierto, ¿cuándo nos vamos a casar? Estoy seguro de que a Max no le

importará lo que decidamos.

Sarah, que le acariciaba la clavícula, frunció el ceño concentrándose.

—Creo que mejor que sea pronto.

—Una sabia decisión. ¿Quieres una boda por todo lo alto? ¿O le dejamos eso a Max y a Caroline?

—Buena idea —Sarah sonrió—. ¿Cuándo es lo más pronto que podríamos casarnos?

Darcy se quedó un momento pensativo.

—Bueno, en teoría, sería posible que nos casáramos mañana.

—¿En serio? Entonces, hagámoslo —replicó la futura novia.

Lo primero que se le ocurrió a Arabella al ver entrar a Hugo Denbigh fue pensar lo mucho que se habría enfadado al enterarse de su decisión. No vio a Sarah salir de la habitación, ni a Martin llevar a Lizzie al jardín, por lo que se sintió algo perturbada al encontrarse a solas con lord Denbigh.

Pero este se acercó a ella y se limitó a besarla en la boca. Al principio, Arabella estaba demasiado perpleja para protestar, pero luego se dio cuenta de que ya no deseaba hacerlo. Al contrario, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó con toda la pasión que tenía dentro.

Sin saberlo ella, Hugo se dio cuenta de pronto de que estaba perdiendo el control y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para recuperarlo.

No siendo un tarambana tan experimentado como Max o Darcy, se apartó de ella y la sentó sobre sus rodillas.

—Bueno, bruja, ¿quieres casarte conmigo?

—¿Casarme contigo? ¿Yo? —tartamudeó Arabella.

Hugo se echó a reír, encantado de haberla reducido a aquel tímido balbuceo.

—¿Y por qué quieres casarte conmigo?

Hugo suspiró y cerró los ojos. Él mismo se había hecho esa misma pregunta y conocía perfectamente bien la respuesta. Abrió los ojos y miró con una sonrisa a su desatento amor.

—Voy a casarme contigo porque la idea de que coquetees con todo bicho viviente me vuelve loco. Y, si lo haces, les arrancaré el pellejo y tú serás la causante de tantos crímenes —a Arabella le dio la risa—. No irás por ahí besando a los hombres así todo el tiempo ¿no?

Arabella no tenía idea de lo que quería decir con así, ya que nunca había besado a otro hombre, excepto de una manera totalmente casta.

—¡No, por supuesto que no! ¡Solo fue contigo!

Riendo, Hugo volvió a abrazarla.

—¿Cuándo nos casaremos?

Arabella pensó un momento, luego contestó.

—¿Tenemos que esperar mucho tiempo?

—Solo lo que tú desees —dijo con prontitud.

—Bueno, dudo que podamos casarnos mañana.

—¿Y por qué no? —preguntó Hugo, ilusionado.

—¿Es posible? Pensé que todas esas cosas llevaban mucho tiempo.

—Solo si quieres hacer una boda grande. Si así es, te advierto que nos llevará meses; mi familia es muy grande y está por todo el país. Solo el ponerme en contacto con ellos me llevará bastante tiempo.

La idea de tener que esperar unos meses no le gustó mucho a Arabella.

—Si puede hacerse ¿podríamos casarnos mañana?

Hugo sonrió.

—Para ser una bruja, a veces tienes muy buenas ideas.

Martin Rotherbridge adivinó la expresión de confusión en el rostro de Lizzie al llevarla al jardín. El sol brillaba con fuerza y la mañana era cálida; todo era paz y tranquilidad.

Durante toda la mañana, Lizzie había estado pensando que, al ayudar a Amanda Crowbridge, Martin se había enfadado con ella.

Se sentaron en un banco y Martin le tomó la mano, acariciándole los delicados dedos.

—Lizzie, este plan vuestro, querida, ha sido de lo menos acertado —dijo con la vista fija en la mano de la muchacha—. Supongo que Caroline os ha dicho que estuvisteis a punto de organizar una tragedia.

Un ahogado sollozo hizo que Martin levantara la vista, pero Lizzie había vuelto la cara.

—¿Lizzie? —Martin dejó la dureza de sus palabras y la tomó entre sus brazos—. Oh, cariño, no llores. No quería disgustarte. Bueno, sí, un poco; tú me has dado un gran disgusto esta mañana cuando pensé que eras tú la que te habías escapado con Keighly.

Lizzie levantó la cabeza.

—Que tú pensaste... ¿Pero cómo se te pudo ocurrir algo tan estúpido?

Martin se ruborizó ligeramente.

—Bien, sí, es verdad; sé que fue una sandez, pero así fue como salió todo. Lizzie, quiero que me prometas que no volverás a meterte en esos líos y, si se te ocurre algo, que vendrás a contármelo inmediatamente. ¿Prometido?

—Sí, eso será lo mejor —dijo sonriendo—. Pero a lo mejor no estás; ahora que la herida se te está curando, saldrás más y... conocerás a muchas mujeres y todo eso.

—¿Y todo eso?

—Sí, verás, puede ser que te cases y no creo que a tu mujer le gustara si yo estuviera dándote la lata —por fin había dicho lo que tanto le pesaba dentro.

Martin, lejos de asegurarla de lo contrario, la abrazó por la cintura y la besó durante largo rato. Al separarse de ella, vio que Lizzie tenía los ojos brillantes y lo miraba embobada.

Martin se echó a reír.

—Oh, Lizzie, mi dulce Lizzie. Por Dios, dime que te casarás conmigo y sácame de esta tristeza.

Lizzie abrió mucho los ojos.

—¿Casarme contigo?

—Pensé que no sería mala idea —dijo sonriendo aún más—. Además de asegurarnos que siempre estaré a tu lado para discutir tus alocados planes, también podría enseñarte todas las cosas que los hombres y las mujeres hacen juntos.

Lizzie asintió, sin poder hablar, pero enseguida le salió la voz.

—Oh, sí —le echó los brazos al cuello y lo besó con ganas.

—Oh, Lizzie, ¡eres un encanto!

—¿Cuándo nos casaremos? —preguntó ella.

Martin pensó que, después de todo lo que había pasado, no podría esperar ni un día más. Al preguntar a Lizzie, esta mostró su desinterés en una boda con banquete y muchos invitados.

—La verdad, me preguntaba si sería posible casarnos muy pronto; por ejemplo mañana.

Martin se la quedó mirando fijamente.

—Sí, pero con tanto lío de bodas, supongo que estaremos al final de la lista.

—Pero —empezó Lizzie— si nos casamos mañana sin que se entere nadie,

entonces podremos hacerlo y no hará falta esperar.

—Cariño, tu argumento es muy convincente. Entonces, casémonos mañana y ya está. Ahora ven aquí, mi niña, y déjame que te muestre lo que te quiero.

Lizzie se echó a reír muy feliz y se entregó sin reservas a lo que su futuro esposo le sugería.

El tintineo de la vajilla despertó a Caroline, quien se estiró lánguidamente entre los suaves almohadones. El sensual movimiento de las sábanas de seda le trajo claramente a la memoria las sensaciones que había experimentado en las pasadas horas. Estaba sola en la cama pero, al asomarse por las telas que formaban el dosel, espío a Max, vestido elegantemente con una bata de raso, mientras él observaba a un atildado sirviente colocando platos sobre unas mesitas al otro lado de la habitación.

Se recostó sobre los lujosos cojines considerando su situación. Su última lección se había dividido en dos partes. La primera concluyó rápidamente, poco después de que Max se metiera en la cama con ella; la segunda había resultado un asunto mucho más extenso y había ocupado las horas de la tarde. Entre medias de las dos partes, Max le había pedido que se casara con él. Ella se rindió ante él, diciéndole que, de todas formas, no tenía elección ya que su corazón estaba comprometido con él.

Oyó que se cerraba la puerta y los pasos de Max acercándose. Descorrió la cortina y su mirada se encontró con el pálido cuerpo de Caroline, apenas cubierto por finas sedas, y la miró de abajo a arriba. Sonriendo, le tendió la mano.

—Ven a comer; tengo un hambre canina.

La cena estaba deliciosa y muy bien preparada. Cuando terminaron de comer, Caroline se recostó, relajada y contenta, contra su pecho, rodeada de cojines y tomándose una copa de excelente vino bien fresco.

Max, igualmente feliz, le rodeó los hombros con un brazo y empezó a hablar del tema del que todavía había cosas que concretar.

—¿Cuándo nos vamos a casar?

Caroline arqueó las cejas.

—No lo he pensado todavía.

—Pues te sugiero que lo hagas. Dado que he dejado a mi hermano, Darcy Hamilton y Hugo Denbigh a punto de proponer el matrimonio a tus hermanas,

sospecho que será mejor que regresemos a Londres mañana por la tarde. Luego, si tú quieres una boda a lo grande, tengo que advertirte que la familia Rotherbridge es enorme y, siendo yo el jefe, esperarán que invite a todos.

Caroline meneó la cabeza.

—No creo que una boda así sea muy buena idea, pero... ¿lo aceptará tu familia si no lo hacemos así?

—Están muy acostumbrados a mis locuras, aunque creo que estarán bastante contentos con mi casamiento, y más cuando sepan que es con alguien como tú, amor mío.

De repente, Caroline se incorporó de un salto.

—¡Max! Acabo de acordarme... ¿qué hora es? Estarán todas preocupadas porque no he vuelto.

Pero Max volvió a recostarla sobre su pecho.

—Calla, ya me he encargado yo de eso. Le dejé una nota a la tía Augusta; sabe que estás conmigo y que no volveremos hasta mañana. Bueno, volvamos al tema de la boda. Todavía nos queda fijar la fecha.

Caroline se puso a pensar. Una vez de vuelta a Londres, seguramente acabaría atrapada en los planes de boda de sus hermanas, aunque suponía que la suya tendría que ser la primera.

—¿Con qué rapidez nos podemos casar?

—Si quieres, mañana mismo —y al volverse a mirarlo Max continuó—: Podríamos hacerlo en esta casa. Tengo una licencia especial y nuestro vecino resulta ser un obispo retirado, antiguo amigo de mi padre, que estará encantado de officiar la ceremonia de mi boda. Si lo deseas en serio, puedo ir a verlo mañana por la mañana y estaremos casados antes de la comida. Después, será mejor que volvamos a Londres. ¿Te parece bien el programa?

—Oh sí —dijo acariciándolo—. Me parece maravilloso. ¿Y te parece bien a ti, mi señor?

—Definitivamente, sí —dijo arrastrando la voz.

El duque de Twyford volvió a Londres la tarde siguiente acompañado por su duquesa. Fueron directamente a Twyford House y encontraron un gran embrollo allí. Lady Benborough estaba en la salita sentada en una de las butacas, con cara de plena satisfacción.

—¡Aquí estáis! Ya era hora ¿no? —los miró leyendo la felicidad en los ojos

de Caroline y viendo la cara de contento que traía su sobrino—. ¿Qué habéis estado haciendo?

Max sonrió pícaro mientras se inclinaba a besarla en la mejilla.

—Como te habrás muy bien imaginado, he estado asegurándome a mi duquesa.

—¿Ya os habéis casado? —preguntó incrédula.

Caroline asintió.

—Nos pareció lo más apropiado; así nuestra boda no retrasaría las demás.

—¡Vaya! —exclamó Augusta, que miró a Max enfurecida.

—Qué raro, tía, pensé que te gustaría vernos casados.

—Bueno, claro que sí —empezó—. Pero sabes que hubiera dado mi mejor peluca por haber visto la ceremonia.

—Te aseguro que estamos casados de verdad. ¿Pero dónde están mis hermanas?

Augusta iba a empezar a hablar, pero antes de que pudiera hacerlo se abrió la puerta y apareció Sarah seguida de Darcy Hamilton. Por la cara que traían, se los veía felices; Sarah estaba radiante y Darcy tenía cara de estar perdidamente enamorado.

Las hermanas se saludaron cariñosamente, luego Sarah se apartó un poco y examinó el pesado anillo de oro que Caroline llevaba en la mano izquierda.

—¿Ya os habéis casado?

—Lo hicimos para haceros el favor de quitaros nuestra boda de en medio lo antes posible —dijo Max, que le estrechaba la mano a Darcy—. Ahora ya no hay impedimentos para celebrar vuestras nupcias.

Darcy y Sarah se miraron, luego se echaron a reír.

—Me temo querido muchachito que nosotros también nos hemos adelantado a los acontecimientos —anunció Darcy.

Sarah alzó la mano izquierda, en la cual brillaba una fina alianza. Mientras que los duques de Twyford intercambiaban felicitaciones con lord y lady Hamilton, lady Benborough los miraba disgustada.

—Lo que me gustaría saber es si podré ir todavía a alguna boda.

—Oh, todavía quedan dos Twinning; yo no me daría por vencida —le contestó su sobrino—. A propósito, ¿alguien ha visto a las otras dos?

Nadie lo había hecho. Al preguntar al mayordomo por ellas, les dijo que lord Denbigh había ido a buscar a Arabella justo antes de las dos y que Martin había pasado a por la señorita Lizzie cerca de las tres.

—¿Dónde podrán estar?

Como por arte de magia, Arabella entraba en ese momento en el salón con expresión de felicidad total. Se abrazó a sus dos hermanas y luego se volvió hacia los demás.

—¡Adivinad qué!

Todos se quedaron callados, sospechando lo mismo. Casi sin querer, Max habló.

—¿Estáis ya casados?

Arabella se desilusionó un poco.

—¿Cómo lo sabíais? —preguntó.

—¡No! —gimió Augusta—. ¿Max, ves lo que pasa cuando te vas de la ciudad?

Pero sus palabras no fueron tomadas en cuenta. Demasiado felices como para hacer reproches, el duque y la duquesa de Twyford se dispusieron a felicitar a lord y lady Denbigh. Y luego, por supuesto, estos últimos se enteraron de las noticias de los otros, con lo cual los siguientes diez minutos pasaron entre felicitaciones y buenos deseos.

Habiendo Hugo y Arabella asegurado a Max que Martin había pedido en matrimonio a Lizzie y que ella lo había aceptado, procedieron a discutir los arreglos de alojamiento de las parejas. Sarah por supuesto se instalaría en Hamilton House, mientras que Arabella lo haría en Denbigh House. Caroline, por supuesto, lo haría en Delmere House. Aliviadas de que su tutor no se hubiera opuesto a nada, Sarah y Arabella estaban a punto de marcharse a hacer su equipaje cuando la puerta de la sala se abrió.

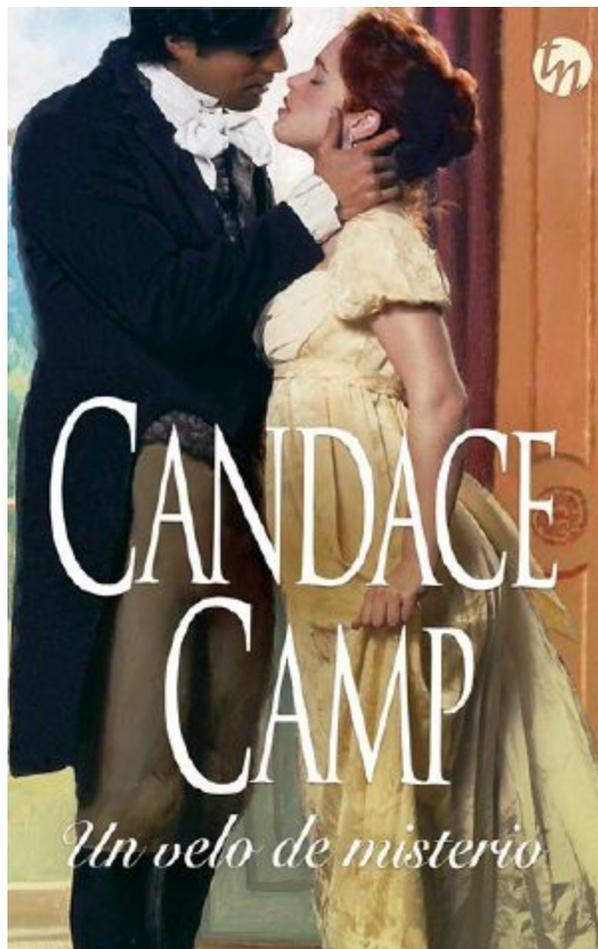
Martin y Lizzie entraron.

Fue Max al verlos el que adivinó la fuente de su felicidad inmediatamente.

—¡No me digáis más! —dijo con tono melodramático—. Os habéis casado también.

No hace falta decir que la fiesta de Twyford House que se celebró cuatro días después tuvo un éxito tremendo. En verdad, con cuatro bellísimas novias vigiladas de cerca por sus cuatro apuestos maridos, fue, tal y como Max había previsto, uno de los puntos álgidos de la temporada.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com